

BiCentenario

el ayer y hoy de México



Los hijos de Sánchez
desnuda la pobreza

Una entrevista con
Álvaro Obregón

El **espionaje** durante la
intervención francesa

59

MUJERES EN EL PORFIRIATO

Las huelgas de las cigarreras



Libros electrónicos

acceso abierto



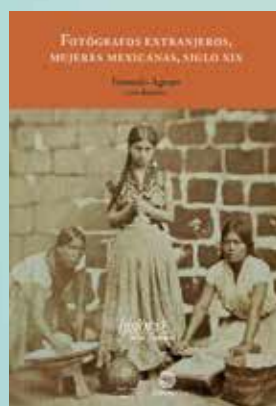
Prolegómenos a la nacionalización petrolera

Héctor L. Zarauz López



Campañas, agitación y clubes electorales

Fausta Gantús
Alicia Salmerón
(Coords.)



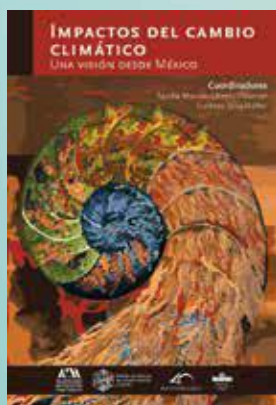
Fotógrafos extranjeros, mujeres mexicanas, siglo XIX

Fernando Aguayo
(Coord.)



Fiestas cívicas históricas en la ciudad de México, 1765-1823

María José Garrido Asperó



Impactos del cambio climático

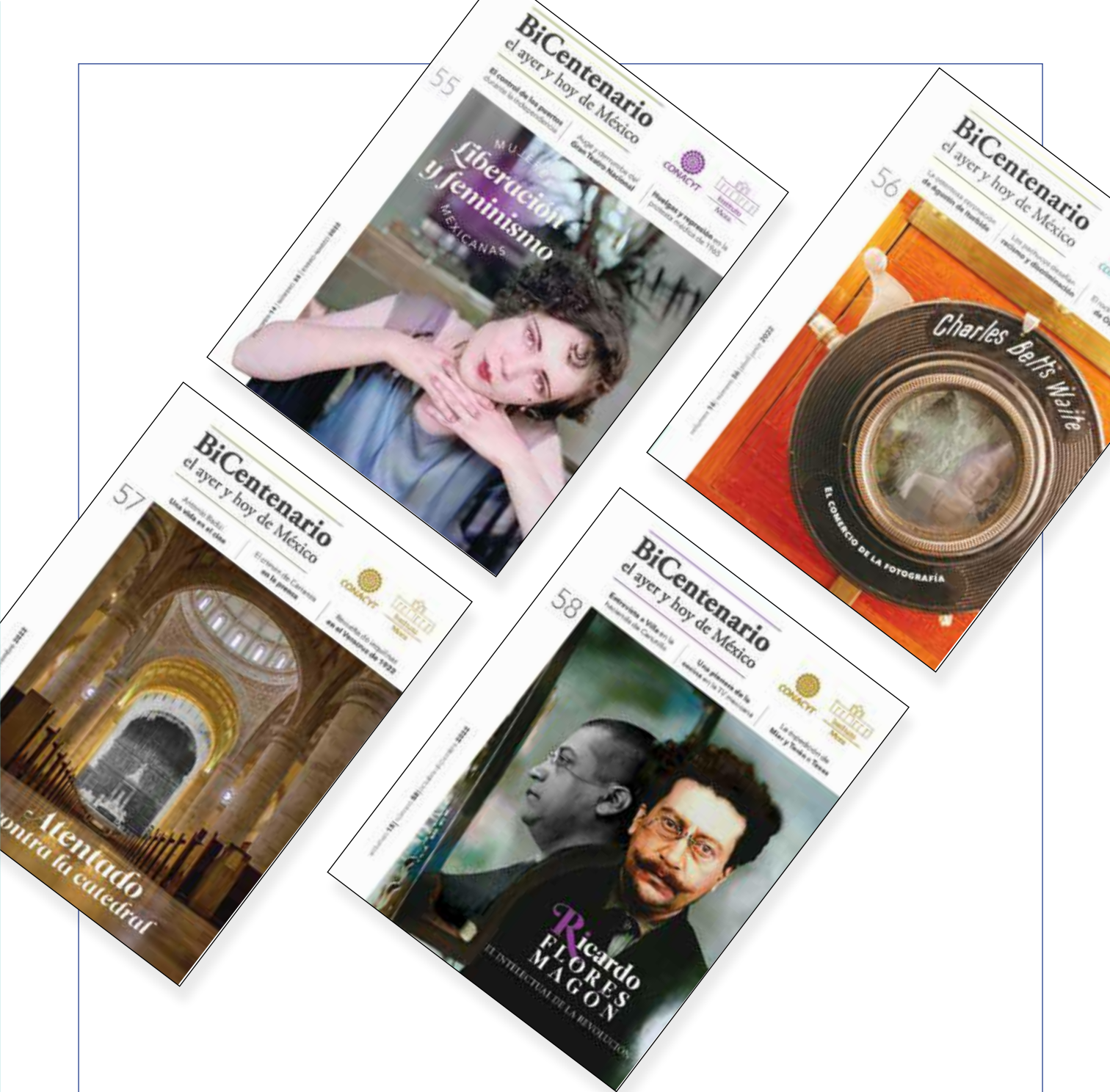
Sazcha Marcelo Olivera Villarroel
Gustavo Sosa Núñez
(Coords.)



Confrontación de imaginarios

Kristina Pirker
Julieta Rostica
(Coords.)





VISITE NUESTRA PÁGINA Y REDES SOCIALES:

 @RevistaBiCentenario •
  @BiCentenarioMora

PARA CONSULTA Y COMPRA DE NÚMEROS ANTERIORES EN:

BICENTENARIO@MORA.EDU.MX

WWW.REVISTABICENTENARIO.COM.MX



ÍNDICE

ARTÍCULOS 06–El espionaje durante la intervención francesa. **ARAM ALEJANDRO MENA ÁLVAREZ** | **14**–Cómo se hacía deportes en el siglo XIX. **LAURA SUÁREZ DE LA TORRE** | **22**–Obreras del tabaco contra la explotación. **NANCY LIZBETH LÓPEZ SALAIS** | **32**–La rebelión argumediista en Yucatán. **MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ** | **42**–La visita de André Breton a México. **ARTURO GARMENDIA** | **48**–Un insulto a México: *Los hijos de Sánchez*. **MARÍA DEL CARMEN COLLADO** ¶ **DESDE HOY 56**–Privilegio y exclusión: el abastecimiento de agua en Toluca. **ÁNGELA LEÓN GARDUÑO** ¶ **TESTIMONIO 66**–Honosres fúnebres a Benito Juárez en Toluca. **GUADALUPE VILLA G.** ¶ **ARTE 72**–Arangoiti, el arquitecto olvidado. **RICARDO ROMÁN HERNÁNDEZ VARGAS** ¶ **CUENTO 80**–Apuntes de familia. **SILVIA L. CUESY** ¶ **ENTREVISTA 86**–Álvaro Obregón tranquiliza a los estadounidenses. **MARÍA DEL CARMEN COLLADO** ¶ **SEPIA 96**–Orden en el paraíso. **DARÍO FRITZ** ✦

BiCENTENARIO. EL AYER Y HOY DE MÉXICO
vol. 16, núm. 59, octubre-diciembre de 2022, es una publicación trimesral editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C. P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 5598 3777/1152 y 1193

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y SUSCRIPCIONES

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, alcaldía Benito Juárez, C.P. 03730, Ciudad de México.
Tels. 5598 3777/1152

CONSEJO EDITORIAL

Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Héctor Luis Zarauz López
Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón
Asistente editorial: Norberto Nava Bonilla
Edición: Darío Fritz
Diseño editorial: Elisa Orozco

www.mora.edu.mx
www.revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx

EDITORIAL

Cuando se habla de mujeres y derechos, se suele pensar en una fecha específica, casi fundacional, el 3 de julio de 1955, en la cual conquistaron el derecho político a votar. Aquí lo hemos contado. Como también hemos dado cuenta de esos ejemplos de tenacidad individual para lograr un lugar social que nadie les quería entregar, mucho menos regalar: las mujeres que desde el anonimato contribuyeron a la independencia; Estela Gracia García, la odontóloga y primera teniente coronel del ejército mexicano; Alba Herrera y Ogazón, precursora de la musicología en México; las dos primeras aeronautas mexicanas o aquellas que cargaban los bebés sobre sus pechos mientras elaboraban prendas por valores irrisorios para las tiendas departamentales. Hubo quienes también se organizaron para obtener mejoras sociales de los empresarios de la época del porfiriato –acostumbrados a que el régimen los defendiera– y acabaron en la cárcel. Fueron las obreras de las tabacaleras de la ciudad de México quienes, en las últimas dos décadas del siglo XIX, recurrieron a huelgas, paros, reclamos, y hasta apedrearon las instalaciones donde trabajaban para hacer ver su rechazo a los abusos patronales, reflejados en horarios de más de 16 horas y sin descanso, vejaciones, salarios inferiores a los de los hombres y discriminación. Allí también estaba la prensa para relegarlas y apoyar al poder político y económico.

Fue muy difícil para ellas obtener respuestas positivas de los patrones, como nos relata en este número Nancy López Salas. En un país donde el presidente y las clases altas presumían el desarrollo y la prosperidad, mientras campesinos y obreros estaban sometidos a vivir en la precariedad, hacinados, sin servicios como drenaje, agua corriente o sanitarios, ellas llevaban a cuestras también el rechazo social, incluso de sus pares de género, sobre un comportamiento que no se consideraba “adecuado” para la época. A tal punto llegó su aislamiento que, si eran detenidas y llevadas a prisión, se les negaba el acceso a cualquier trabajo después de que obtenían la liberación. Mejor borradas de la vida pública que visibles. Las suyas fueron demandas laborales, a las cuales luego le siguieron por educación y apertura de escuelas para ellas. Dejaron su huella como ejemplo para la lucha de muchas otras mujeres en décadas posteriores.

Las mujeres que reclamaban no eran bien vistas entonces –hasta en la actualidad generan reticencias–. La pobreza y desigualdad subyacen en el intento de ocultarlas, y esto se ha trasladado a lo largo del tiempo. Y no sólo en su caso. Unos 80 años posteriores a la protesta de las obreras de la industria del tabaco, la clase política y parte de los intelectuales que suscribían al gobierno autoritario de Gustavo Díaz Ordaz alentaban la proscripción de un libro, *Los hijos de Sánchez*, que evidenciaba las paupérrimas condiciones de vida en amplios sectores de la capital del país. Realizado por un extranjero, el estadounidense Oscar

Lewis, y publicado en el Fondo de Cultura Económica, a cargo de otro extranjero, Arnaldo Orfila Reynal, el rechazo alimentaba de paso la xenofobia, dice María del Carmen Collado, al describir en su texto las exaltadas reacciones de una derecha intolerante inserta en el gobierno. Lewis ya había publicado otros dos libros sobre las raíces de la pobreza, pero este enfoque interdisciplinario, contado a partir de la vida de una familia, el cual utilizaba el análisis etnográfico, psicológico y sociológico para comprender los aspectos culturales asociados a la pobreza, sacudió las entrañas de un régimen que creía vivir en un “milagro económico” y estar próximo a igualarse con los países desarrollados.

De otros temas que integran esta edición de *BiCentenario*, te contamos cómo fue que los franceses durante la intervención se allegaban de información para sostener el imperio. Apostaban al fisgoneo de los indígenas, principalmente, pero no faltaban guías para los caminos, exploradores o encargados del correo que les servían de espías. Se hacían pasar por carboneros, arrieros, vendedores ambulantes o rancheros. En técnicas también utilizadas por los republicanos –los métodos de la actualidad son el perfeccionamiento de aquellos– se usaban postas de jinetes a caballo para enviar la información o usar las chaparreras y cinturones de cuero para esconder papeles o monedas.

En una revisión de los años posrevolucionarios, te contamos cómo estuvo la breve revuelta yucateca del coronel Abel Ortiz Argumedo, quien intenta aprovecharse del rechazo local al gobernador enviado por Venustiano Carranza, Toribio de los Santos, para lo cual se alía a los poderosos hacendados locales henequeneros para reemplazarlo. Juega a mantener los pies dentro del régimen, sin manifestarse contra el poder central, pero no le resulta suficiente. Ni contaba con fuerza política ni militar para hacer frente al general Salvador Alvarado, quien en un mes se hace de la gubernatura. Ortiz Argumedo huye a Cuba y luego a Canadá, sin olvidar las alforjas llenas que en su huida retira del Banco Peninsular.

Cinco años después de la insurrección yucateca, Carranza ya ha sido asesinado, y tras el breve reemplazo de Adolfo de la Huerta, asume el poder Álvaro Obregón. Estados Unidos presiona por sus inversiones en el país y quiere reaseguros. Una entrevista en el *New York Tribune*, que envía a una mujer, la periodista y escritora Sophie Treadwell, le sirve a Obregón para ofrecer un mensaje de tranquilidad. México necesita de ellos para salir de la pobreza, dice, durante dos conversaciones que aquí reproducimos y donde aborda otros temas.

También tenemos una historia de André Bretón a su paso por México, otra del arquitecto que construyera la catedral de Toluca, y una más sobre cómo se hacía deporte en el siglo XIX. Mucho que leer en esta edición. Hasta la próxima.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

Dr. José María Luis Mora

Directora General

Dra. Gabriela Sánchez

Secretario General

Mtro. Alejandro López Mercado

Directora Académica

Dra. Lucrecia Infante Vargas

Directora de Apoyo Académico

Dra. María José Garrido Asperó

Director de Administración y Finanzas

Mtro. Domingo López Hernández

Editora responsable:

Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2013-061212050700-203, ISSN 2007-2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresión de tiraje en Impresora y Encuadernadora Progreso S. A. de C. V. (IEPSA). Calzada San Lorenzo 244, Col. Paraje de San Juan, Alcaldía Iztapalapa, C. P. 09830, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en abril de 2022. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Cualquier reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y artísticos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley y su Reglamento por lo que deberán tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial de la revista.

Tipografías utilizadas en la edición.

Leitura Di lay / Dino dos Santos.

Minion Pro / Robert Slimbach.

Avenir Next / Adrian Frutiger-Akira Kobayashi.

Comentario en el muro de facebook

Me pareció muy interesante el artículo titulado “El entierro de la pierna de Santa Anna” (*BiCentenario*, núm. 58), sobre todo el episodio en el que el populacho, indignado contra el dictador, destruyó en el panteón de Santa Paula el monumento que contenía la pierna, exhumándola y arrastrándola. ¿Qué opinó al respecto Santa Anna?

CURIOSO E IMPERTINENTE

Tiempo después, Santa Anna dijo a sus tropas: “Compañeros de armas; con orgullo soportaba la falta de un miembro importante de mi cuerpo, perdido con gloria en servicio de la patria, como presenciaron algunos de vosotros, mas aquel orgullo se ha convertido en dolor, en tristeza, y desesperación.”



Reloj de arena

3 de enero de 1823

La Junta Nacional Instituyente aprueba la Ley de Colonización, por la cual Stephen Austin ratifica su contrato para colonizar Texas, e insiste en que las 300 familias que lleve sean católicas y se establezcan en el interior de la provincia, cerca de las antiguas poblaciones.



Marzo de 1873

Thomas H. Nelson, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos, comunica a José María Lafragua, el secretario de Relaciones Exteriores mexicano, que Francia desea reanudar las relaciones con su gobierno. México rechaza la propuesta de suscribir un acuerdo en Washington. Argumenta que debe hacerse aquí, como norma el protocolo, y porque no va a ceder ante Francia.



i General D. Antonio López de Santa-Anna, *president of the republic of Mexico*, litografía, ca. 1847. Library of Congress, Estados Unidos. | ii Stephen F. Austin, óleo sobre tela, ca. 1840. National Portrait Gallery, Smithsonian Institution. Wikimedia Commons. | iii Thomas H. Nelson, fotografía en *Art souvenir of representative men, public buildings, private residences, business houses, and points of interest*, Estados Unidos, Kelly Brothers, 1894. Allen County Public Library Genealogy Center.

Por amor a la historia



Eduardo Matos Moctezuma recibió el premio Princesa de Asturias. El connotado arqueólogo –con 60 años dedicados a su profesión– destacó en la ceremonia que no se puede pretender manipular la historia porque esta es implacable en sus juicios y tampoco es posible anclarse en el pasado y guardar rencores, sino mirar hacia adelante.

¿Sabías que...?



Se encontró en Vallecito, una pequeña población del estado de Nuevo León, el segundo fósil del llamado tiburón águila, con aproximadamente 93 000 000 de años, 1.6 metros de largo y 1.9 metros de ancho. Se sabe que, pese a su aspecto terrorífico, no era depredador, sino que se alimentaba de plancton.

5 de febrero de 1923

Basados en una falsa idea del curso que debía tomar el gobierno de Álvaro Obregón en cuanto a varios artículos de la Constitución de 1917 que les parecían atentatorios de la libertad religiosa y los derechos de la Iglesia, los obispos declaran que el proyecto del régimen amenaza el orden social católico.



15 de marzo de 1973

Se funda la Liga Comunista 23 de Septiembre en Guadalupe, Jalisco. Se propone liberar al proletariado, destruir a la burguesía y establecer un gobierno socialista, mediante la lucha armada y la guerra de guerrillas.



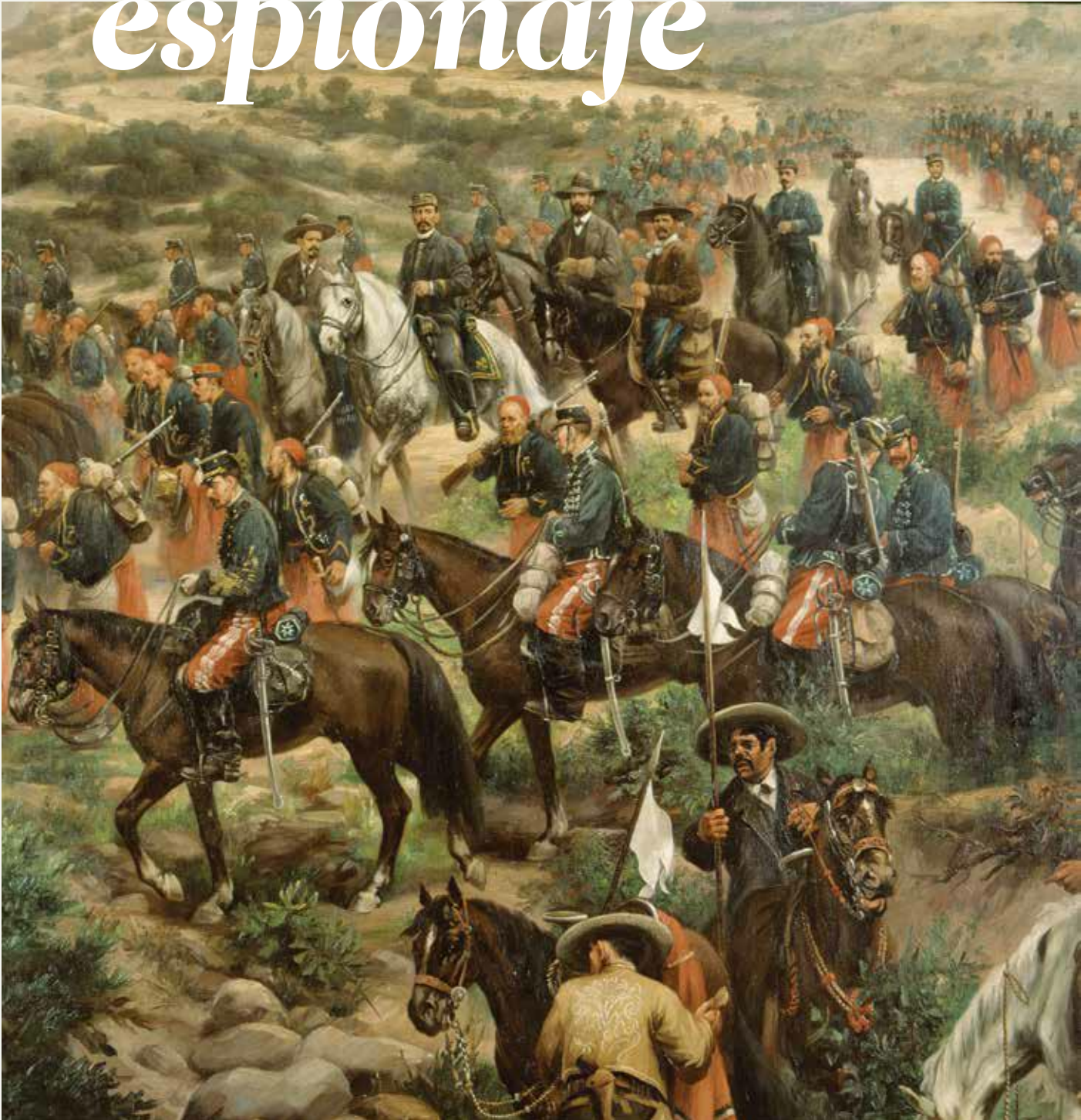
Fe de erratas

En el texto “Manuel Mier y Terán y la expedición de Texas”, escrito por Fátima Estefanía Olivares Cortés y publicado en *BiCentenario* 58, tiene antepuestas las páginas 8, 9 y 12. El error está corregido en su versión digital. Nos disculpamos con la autora.

ARAM ALEJANDRO MENA ÁLVAREZ
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

6

Es . . . durante espionaje



la intervención francesa

Exploradores, guías de caminos, encargados del correo y, especialmente, indígenas, fueron empleados como habituales informantes entre los combatientes mexicanos e invasores europeos. Espiar era una actividad arriesgada que, si bien se pagaba, el castigo daba cuenta de su peligrosidad: fusilamiento o ahorcamiento.

El origen étnico o nacionalidad de los espías de mediados del siglo XIX, las actividades u oficios que desempeñaban de manera paralela a sus cometidos o los cargos que ocupaban, fueron tan variopintos como la misma sociedad mexicana de entonces. Debido a la naturaleza secreta de sus tareas, la mayoría de las fuentes señalan genéricamente que fueron oficiales o soldados rasos del ejército invasor o mexicano, capellanes militares, chinacos, soldaderas, agentes del imperio, abogados, comerciantes o, simplemente, “muchachos” y “mujeres”. Además, en numerosas ocasiones se amalgamaban las figuras de los espías con las de los exploradores, guías de caminos y encargados del correo.

Sus misiones consistían en la atenta observación de los entornos y actores para obtener datos y noticias sobre las posiciones del enemigo, el número de efectivos con los que

contaba, el volumen y calidad de su armamento o las tensiones y desacuerdos que existían entre sus integrantes. Asimismo, fue indispensable el traslado de la información recolectada para que pudiera ser interpretada por los tomadores de decisiones; afanosa actividad si consideramos los peligros que supuso el propio estado de guerra, los caminos mexicanos en malas condiciones o el bandidaje que persistía desde décadas atrás.

En cualquier caso, los encargados de llevar a cabo dichas labores se consideraban personas de relativa confianza y conocedoras de la accidentada geografía mexicana por la que sabían orientarse con facilidad. Especialmente, varios oficiales extranjeros –como Lussan, Rivière y Khevenhüller– refieren que solían emplear a integrantes de las comunidades indígenas del país como espías, guías y correos.

i

Germán Gedovius, *Prisioneros de guerra de los franceses, 1865*, óleo sobre tela, 1906. Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



Varias Compañías q^{as} usaron de Gabanes azul y encarnado con Lanzas y algunas con fusiles, Trabucos y Espadas.



Irregulair Mexikanische Truppen.
1846

Dicha determinación pudo haberse tomado por el desconocimiento galo del país a causa de la diferencia lingüística, la carencia de mapas que indicaran con precisión las rutas que podían transitar y al escaso número de las fuerzas extranjeras que no alcanzaba para cubrir el vastísimo territorio del país. Sin embargo, con toda probabilidad, se trató también de lo que hoy podríamos considerar como un abuso, pues ciertos militares europeos –como el coronel Bourdeau– consideraban a los indígenas, de acuerdo con el discurso civilizatorio paternalista e imperialista de la época, como individuos “inofensivos”, de “suerte miserable” y sumidos en la ignorancia y la pobreza.

A pesar de tales circunstancias, los franceses recurrieron a ellos, conociendo y reconociendo que las “considerables sumas” que solicitaban a cambio “representaban una fortuna”, que significaba parte del sustento para sus familias ante la carestía provocada por la fracturada economía del país, como consecuencia de las constantes guerras en las que se había visto inmerso. Empero, pareciera que a sus “empleadores” no les importaba que, en la ejecución de tales faenas, los indígenas pusieran en riesgo su vida, ya fuera durante un accidente en el trayecto, por ser descubiertos o ante la probabilidad de caer en manos de los asaltantes de caminos.

ii

Varias compañías que usaron gabanes azul y encarnado, con lanzas y algunas con fusiles, trabucos y espadas, acuarela, ca. 1910. The New York Public Library, Vinkhuijzen Collection of Military Uniforms.

iii

Irregulair mexikanische Truppen, 1846, litografía, ca. 1910. The New York Public Library, Vinkhuijzen Collection of Military Uniforms.

iv

O. Laballéz, Al acecho, acuarela, ca. 1850, Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

Oficiales extranjeros –como Lussan, Rivière y Khevenhüller– refieren que solían emplear a integrantes de las comunidades indígenas del país como espías, guías y correos.



De todas formas, y ante la inexistencia de lo que hoy llamaríamos preparación en “servicios de inteligencia”, las distintas habilidades con las que contaron los espías y correos debieron permitirles llevar a cabo sus misiones en espacios y contextos igualmente variados, como los cuarteles, garitas, prisiones y mercados de las ciudades y pueblos, además de los derroteros interceptados que ya se mencionaban. Así, entre ellas puede nombrarse el conocimiento de veredas y escondrijos para cortar camino y llegar más rápido a sus destinos, contar con ágiles pies para recorrer las rutas o saber montar a caballo para recorrer varias decenas de leguas en pocas horas (muchas veces sin descanso), la pericia para pasar desapercibidos y burlar la vigilancia, la capacidad de socialización para crear redes en distintos lugares y entablar conversaciones que les facilitaran extraer la información que requerían y, por supuesto, tener agudos ojos y oídos que les posibilitaran inspeccionar y tomar nota mental de los datos que se les encomendaban.

Quizá uno de los ejemplos que reúne todas estas destrezas lo encontramos en el personaje de Francisco Maqueda, pues, tal y como lo relata Eduardo Ruiz en su *Historia de la guerra de Intervención en Michoacán*, el liberal había fungi-

do como correo desde la revolución de Ayutla y, durante la intervención, continuó sirviendo con “valor, inteligencia, lealtad y patriotismo. Si no era de absoluta necesidad, no se le daban oficios ni cartas; llevaba en su memoria los asuntos que había de tratar y de la misma manera comunicaba la respuesta.” También estuvo “relacionado con infinidad de personas de todo el país, conociendo a palmo los caminos de toda la República” y, si se encontraba en su trayecto con algún correo, conversando con él aclaraba si se trataba de un aliado o enemigo “y era seguro que los pliegos caían en su poder”. Incluso, habiendo aprendido a “mascullar el francés”, “se hacía el encontradizo con una columna de invasores y se iba platicando con ellos hasta informarse del objeto de su expedición”.

El autor igualmente nos cuenta acerca de Petrita Hinojosa, adinerada y caritativa mujer michoacana quien, con su “carácter prudente y moderadísimas maneras”, inspiraba “respeto y cariño” a los combatientes de ambos bandos, estableciendo relaciones que le permitían obtener información que, posteriormente, transmitía a los soldados liberales para evitar que cayeran “en el peligro”.

En este sentido, además de la inseguridad que persistía en las carreteras, tanto en las garitas



Si requerían transportar dinero de un modo relativamente seguro, se podían valer de coser las monedas dentro de las calzoneras.



placé au prix. Le général Krantz annonce que...
Le 19, le matin, j'ai vu le général Krantz...
Le 20, le matin, j'ai vu le général Krantz...
Le 21, le matin, j'ai vu le général Krantz...

las cargas que llevaban, nuestros protagonistas también so-
lían ocultarse tras rocas prominentes, entre el bosque o tre-
par a los árboles y esconderse en medio de las frondas que
crecen a orillas de los caminos. Una vez reunida la informa-
ción, podían recurrir a las "cordilleras" (un sistema de rele-
vos) para hacerla llegar lo antes posible, especialmente si el
receptor se encontraba a una distancia considerable del
mensajero.

Por otra parte, la interceptación de mensajes se consi-
deró indispensable, pues algunas de las tácticas de uno y
otro bando -aprovechando la extensión del territorio-
fueron mantener al enemigo en la incomunicación más
completa posible, anticiparse a sus movimientos y, llegado
el caso, retirarse o mantener las posiciones críticas. Para lo-
grar su cometido, se apoyaron de cortar las líneas telegrá-
ficas y de recoger, luego de las batallas o escaramuzas, tanto
los mosquetes, lanzas, machetes y caballos del enemigo,
como su correspondencia. Una vez en sus manos, fue usual
que ocultaran los pliegos entre los vaquerillos de las sillas de
montar a fin de transportarlos.

Para reducir al máximo el volumen de las cartas, pro-
pias o retenidas, les ponían una sobrecubierta o las intro-
ducían en sobres dobles en los que se consignaba que iban
dirigidas para alguna persona de confianza, quien poste-
riormente las haría llegar a su verdadero destinatario. Tam-
bién fue usual que se dictara o hiciera copiar el contenido de
las misivas para que la caligrafía no fuera identificada, así
como hacerlas cubrir el pecho los vendajes que se ceñían desde
el vientre y hasta el pecho de los mensajeros de a caballo
encargados de trasladarlas.

De su lado, títulos de la prensa republicana nacio-
nal como La Chinaca, publicaron cartas completas o frag-
mentos de ellas que, a decir de los periódicos, habían sido
confiscadas a los invasores y se ponían a la vista del público
para evidenciar la connivencia de ciertos grupos conser-
vadores locales con las bayonetas extranjeras y la subesti-
mación con la que veían a los mexicanos.

Particularmente, algunos oficiales franceses consi-
deraron muy ingeniosa la estrategia de transportar mensa-
jes que utilizaban los indígenas que contrataron a su ser-
vicio: los "papelitos". Se trataba de correspondencia que se
hacía escribir en tiras de papel muy finas que se enrollaban
en forma de cigarrillos y podían recubrirse con lacre o cera

Louis-Paul-Pierre Dumont, Bulletin sur le Mexique, impreso, 1863. Museo Carnavalet-Historia de Paris



para asegurar que el contenido no fuera leído por personas no autorizadas. Disimulados de esa manera, los mensajes podían ocultarse entre las costuras de la ropa, el cabello, las herraduras de los animales, los atados con los que se sujetaban las mercancías o dentro del bastón que solían portar los indígenas durante sus trayectos.

Sin embargo, al haber sido tan socorrida por todas las facciones, la artimaña perdió su carácter furtivo y, desde las primeras etapas de la guerra, se comenzó a detener personas e interceptar y desvalijar las diligencias del correo, pese a que, por ejemplo, el ejército intervencionista las hiciera escoltar por elementos armados. El problema fue que, al servirse de dicha manobra, no sólo podían hacerse perdidos los despachos sobre los movimientos de las tropas enemigas, los reportes oficiales y diplomáticos o las boletas de contribuciones para sufragar los costos de la guerra, sino también las cartas privadas en las que los soldados intercambiaban noticias

e información con sus familiares y amigos sobre su paradero, estado de ánimo y salud o sus percepciones íntimas sobre su día a día durante la guerra. Por ello, es común encontrar entre sus epístolas párrafos completos en los que se percibe la angustia e incertidumbre de remitentes y destinatarios ante la intermitencia de las comunicaciones, las cartas que tardaban mucho en llegar o frente a las que no llegaron nunca.

De ese modo, si para algunos franceses los mexicanos que retenían los correos y mensajes no eran sino “liberales”, “juaristas” “bandidos” o “guerrilleros”, del lado nacional se adjetivó como “imperialistas”, “vendidos” o “degradados” a los aliados de sus adversarios que desempeñaban tareas similares. Como vemos, aparte de las alusiones a la ilegalidad y la traición que se hacían con ese tipo de calificativos despectivos, el espionaje también se vinculó con los distintos proyectos de nación –y sus líderes– para desacreditarlos.

Pese a las precauciones, los peligros eran inminentes y, además, lo que arriesgaban estas personas era su propia vida. En muchas ocasiones, aunque las comunicaciones se encargaran a personas de confianza y conocedoras del terreno, los mensajes no eran recibidos y los enviados no regresaban. De encontrarse algún indicio de sospecha en las garitas, la Corte Marcial intervencionista daba cuenta del misterioso portador fusilándolo; lo mismo podía suceder en los caminos o en las inmediaciones de los campamentos, si, tras el interrogatorio, la persona descubierta no podía explicar su presencia en dichos espacios o era confundida con un adversario. Prácticas similares adoptaron los “puros” y “mochos”, es decir, los conservadores mexicanos.

A su vez, J. F. Elton –militar inglés que acompañó a los franceses en la última etapa de la guerra en México– dejó por escrito que los liberales ahorcaban en los árboles a los indígenas que

vi Champ, *Au Mexique* [soldados franceses de la intervención observan un dibujo de Moctezuma en México]. Litografía, 1862. Biblioteca Municipal de Bordeaux, Francia. | vii Charles Vernier, *Au Mexique* [soldados franceses de la intervención comparan un dibujo de los habitantes de México]. Litografía, 1865. Biblioteca Municipal de Bordeaux, Francia. | viii Charles Vernier, *Au Mexique* [soldados franceses de la intervención encienden el cigarrillo de una dama mexicana]. Litografía, 1865. Biblioteca Municipal de Bordeaux, Francia. | ix Charles Vernier, *Au Mexique* [soldados franceses de la intervención platican sobre una dama mexicana]. Litografía, 1865. Biblioteca Municipal de Bordeaux, Francia.

prestaban esos servicios a los extranjeros para que sirvieran de ejemplo, o que los marcaban en alguna sección visible del cuerpo con las letras “T. A. M.” (“Traidores A México”), para que no cupiera duda sobre su identidad en caso de ser atrapados nuevamente. Asimismo, José Luis Blasio –se-

admitir y reconocer y que se consideraron adecuadas en la época para ser publicadas, ya fuera en forma de memorias y epistolarios, o de piezas literarias. En este sentido, aunque su narrativa fue construida para exaltar el valor, arrojo, inteligencia y compromiso de los espías con las diversas

13

Los liberales ahorcaban en los árboles a los indígenas que prestaban esos servicios a los extranjeros para que sirvieran de ejemplo.

cretario particular de Maximiliano– indicó que los correos con los mensajes que se enviaban desde Querétaro por parte del archiduque, “aparecían al día siguiente en la trinchera enemiga, colgados de un palo alto y con un enorme letrero en el que se leían en muy gruesos caracteres ‘CORREO DEL EMPERADOR’”.

Para concluir, es importante reflexionar que lo que aquí se ha expuesto es tan sólo un fragmento de las estrategias que los combatientes de uno y otro bando quisieron

causas de la guerra, también nos permite ponderar las apreciaciones y castigos a los que se enfrentaron y entrever aspectos políticos presentes en procesos históricos bélicos. Finalmente, esas historias y anécdotas formaron parte de los relatos con los que se dio a conocer al público lector ciertas herramientas que se utilizaron para favorecer las victorias, así como algunas decisiones que la gente de a pie tomó –por más peligrosas que fueran– para sobrevivir en semejante contexto de precariedades, incertidumbre y hostilidades.



PARA SABER MÁS

BASCH, SAMUEL, *Recuerdos de México, memorias del médico ordinario de Maximiliano (1866-1867)*, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez a cargo de J. Moreno, 1870, en <<https://cutt.ly/FNS8pxe>>.

PENETTE, MARCEL y CASTAINGT, JEAN, “La legión extranjera en la intervención francesa”, *Historia Mexicana*, 1962, pp. 229-273, en <<https://cutt.ly/1NS34UV>>.

RUIZ, EDUARDO, *Historia de la guerra de Intervención en Michoacán*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1896, en <<https://cutt.ly/1NS3ArS>>.

Exposición virtual en Memórica, *Los chinacos: guerrilleros del siglo XIX*, en <<https://cutt.ly/7NS3hSE>>.

LAURA SUÁREZ DE LA TORRE

Instituto Mora

14



Cómo se hacía deportes en el siglo XIX

Hacia 1850 la gimnasia se convirtió en el mayor atractivo entre los deportes en instituciones educativas para trabajar y fortificar el cuerpo. También lo fue la esgrima, aunque como práctica privada y afianzada en el ejército, a la par del interés por la natación. Luego vendrían el fútbol –introducido en Hidalgo por los mineros ingleses–, así como el ciclismo, el tenis y el cricket.



En la actualidad hacer deporte constituye una parte sustancial de nuestra vida, aunque no de todos, pero sí está presente como una tarea pendiente. Se le relaciona con una existencia saludable, con un cuerpo ¿estético?, sano, con la pérdida de peso; también a él se debe el diseño de una serie de espacios dedicados expofeso para su práctica (canchas, estadios, gimnasios, pistas, etc.). Requiere de artículos propios para su desarrollo como uniformes o ropa deportiva, bicicletas, pesas, ligas, balones, raquetas, pelotas, patines, vallas, espadas, arcos y un largo etcétera. Asimismo, demanda la formación de profesionales que indiquen las reglas, los ejercicios, las habilidades, los ritmos, las rutinas... En fin, cada vez son más las exigencias para poder ejercitarlo.

Sin embargo, su desarrollo fue paulatino con el transcurso del tiempo. Las distintas expresiones del deporte se fueron organizando como disciplinas diferenciadas, los practicantes se fueron profesionalizando, con clubes específicos, reglamentos, entrenamientos propios y espacios para llevarlos a cabo, así como las competencias, la pertenencia a asociaciones y hasta el punto de llegar a hacer del deporte todo un espectáculo.

Distintas figuras en diferentes países de Europa se convirtieron en sus promotores ya que consideraban que aportaba grandes beneficios a la población. Los nombres de Friedrich Ludwig Jahn, Henrik Ling Francisco Amoros, Thomas Arnold, Francisco Aguilera, conde de Villalobos, se relacionan con la promoción de la gimnasia, la equitación o el rugby, por ejemplo. En el siglo XIX devino importante hacia mediados de la centuria, en tanto se relacionaba con la teoría higienista y con el tiempo libre y el ocio del que pudieron gozar los hombres adinerados y unos cuantos trabajadores.

En México, su desarrollo fue pausado y se debió a intereses particulares o institucionales, sin dejar de mencionar que la llegada de inmigrantes europeos favoreció el desarrollo de diversas prácticas deportivas como el fútbol.

La gimnasia tuvo repercusión en tanto medio para vigorizar el cuerpo. Y no era extraño que así fuera, puesto que este arte gozaba para entonces de una gran atracción, en tanto actividad que podía llevarse a cabo en cualquier espacio al aire libre, dado que el cuerpo sería el objeto para trabajar y el objetivo a fortificar.

Para los años 1850 el gobierno quiso emprender una edición de *La Gimnástica*, bajo la supervisión del reputado impresor Vicente García Torres, en la que se gastarían 7 000 pesos. Se escribía en *El Universal* del 25 de enero de 1850 que representaba un despilfarro escandaloso “cuando no hay fondos suficientes con qué cubrir el presupuesto del día, ni aun para atender a las necesidades más urgentes del servicio público”. Allí mismo se señalaba que “la gimnasia es excelente, no lo dudamos; la edición será abundante y bellísima, concedido, pero ahora necesitamos el dinero para otras cosas más urgentes; y el gobierno desatendiendo lo más importante e indispensable de la nación por escasez de recursos, malgasta los pocos que tiene en tamañas puerilidades”. A esta crítica *El Monitor Republicano*, de García Torres, contestaba a *El Universal* que la queja se debía más bien a que el gobierno no había contratado los servicios con la imprenta de este último periódico.

El 31 de diciembre de ese año se publicó el *Reglamento de la Gimnástica* en el *Semanario Judicial*. Las prácticas para ser soldado o bombero incorporaban los ejercicios gimnásticos, entrenamiento que les permitía llegar a ser militares eficaces; unos aplaudían su enseñanza y otros reprochaban, diatribas que provenían nuevamente de *El Universal*. Su contrincante, *El Monitor Republicano*, las rescató con sorna en su “Gacetilla de la Capital”, al señalar: “¿Qué necesidad tiene un soldado de ser ágil, robusto, fuerte, proporcionado?... con nuestros indios polleros nos la hemos pasa-

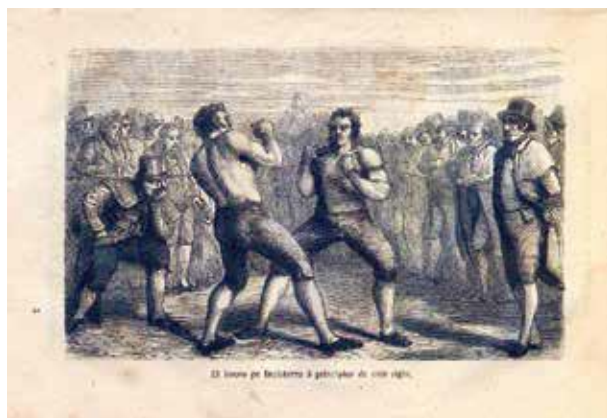


do bien por espacio de 30 años, y al fin para nuestros pronunciamientos de torre no se necesita otra cosa... Vale más el numeroso ejército que mantuvo antes la nación que cuatro regimientos de esos a la moderna que por poco no aprenden hasta teología.”

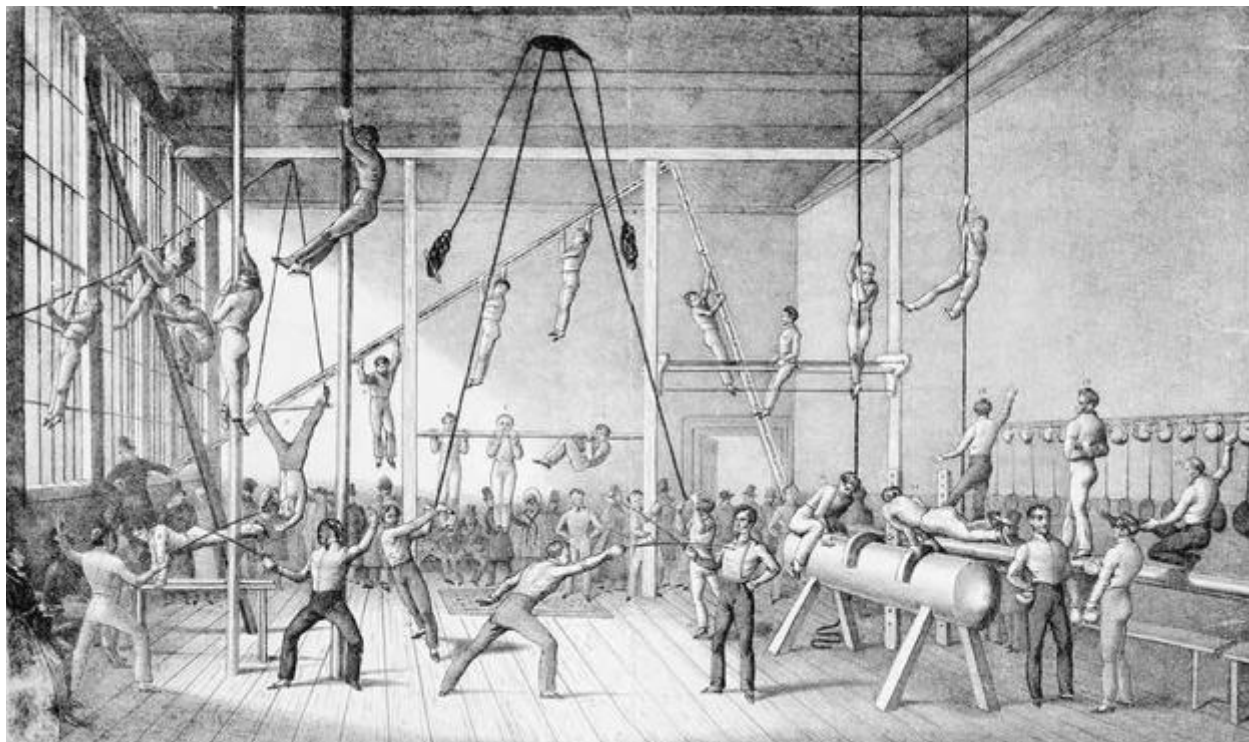
Pese a ello, poco a poco la gimnasia ganaba adeptos, en tanto “medio de agilizar las fuerzas y agilizar los músculos”. Dos años más tarde, distintos establecimientos educativos informaban de su oferta en la *Guía de forasteros de México y repertorio de conocimientos útiles* de Juan N. Almonte, en 1852; mencionaban a la gimnasia como parte de la enseñanza. El Liceo Franco Mexicano, por

ejemplo, que se reputaba como la mejor institución de educación secundaria, instalada en la magnífica casa conocida como de Mascarones en el rumbo de San Cosme, la impartía como una materia de la curricula. Asimismo, el Colegio de San Vicente, ubicado en la antigua Aduana, sita en la Plazuela de Santo Domingo, la incluía también. Dos instituciones de carácter diferente se interesaban en ella, en beneficio de sus alumnos. Por su parte, el Colegio Francés de la calle de Cadena 11, ofrecía además de la gimnasia, esgrima, pero se aclaraba que “se pagan aparte y se dan diariamente”.

Tiempo atrás, el 30 de septiembre de 1825, se anunció en el periódico *El Sol* la venta en la librería de Galván del Portal de Agustinos, la obra *Gimnástica del bello sexo o Ensayo sobre la educación física de las jóvenes* con diez estampas, obra que seguramente llamó la atención del público



Las prácticas para ser soldado o bombero incorporaban los ejercicios gimnásticos, entrenamiento que les permitía llegar a ser militares eficaces.



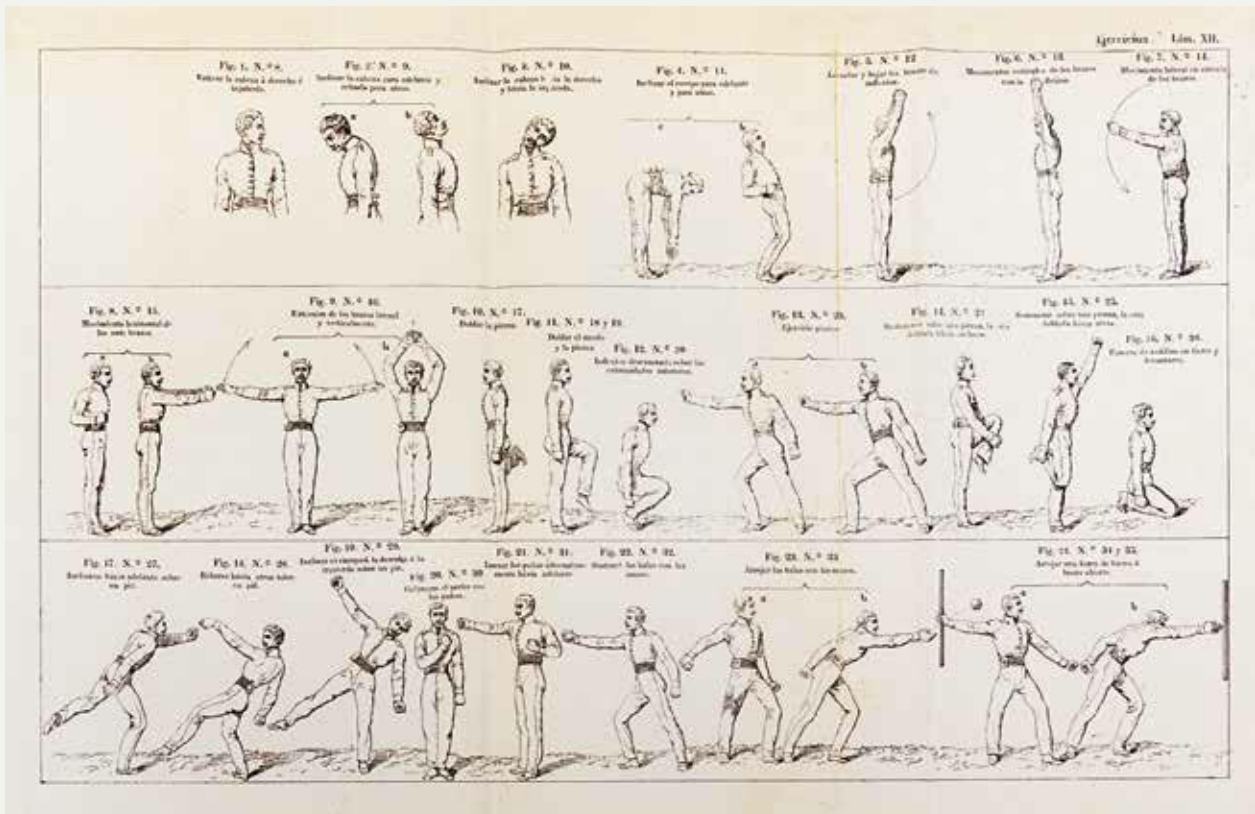
iii *Los trabajos de Hércules en Venecia*, litografía en Honoré Benoist, *Biblioteca científica recreativa: la fuerza y destreza del hombre*, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1890. Colección particular.

iv *El boxeo en Inglaterra a principios de este siglo*, litografía en Honoré Benoist, *Biblioteca científica recreativa: la fuerza y destreza del hombre*, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1890. Colección particular.

v Edward Williams Clay, *Roper's Gymnasium*, litografía, ca. 1831. Library of Congress, Estados Unidos.

lector por el tema que trataba. Señalaba la necesidad de que niñas y jóvenes disfrutaran del aire libre, recomendaba para ellas el columpio, la balanza o subibaja, el volante, el diablo y el solitario, la carrera, el canto, la gallina ciega, los juegos de prendas, el baile y el paseo como medios para desarrollar y fortalecer el cuerpo. Años más tarde, el colegio para niñas, Institución francesa, en la calle de Monterilla núm. 3, a cargo de Adelaida SOLLIER ofrecía, además de la más completa enseñanza y la religión, el aprendizaje de música vocal y el piano, y dibujo, baile, gimnasia, y toda clase de labores de aguja, con sus respectivos profesores especiales.

La gimnasia se continuó ofreciendo en los distintos colegios de la capital. En 1875, *La Voz de México* del 30 de julio se refiere a la fundación de una escuela católica por las Conferencias de San Vicente de Paul que impartía lectura, caligrafía, aritmética, gramática, historia, geografía, gimnasia, religión y doctrina cristiana, entre otras materias. Y al finalizar el siglo en el Colegio para niñas de la calle de Balvanera 18, “con adelantos y nuevos procedimientos que se emplean en Europa para la enseñanza moderna, cuanto por la buena higiene y salubridad de las educandas”, a cargo de las directoras María Enriqueta y María Ernestina Larraínzar, enseñaban aritmética, lenguaje na-



cional, religión cosmografía, historia sagrada, dibujo, economía doméstica, gimnasia, idiomas, música, como se leía en las páginas del periódico del 27 de diciembre de 1897. A las materias tradicionales se añadían nuevas, pero la gimnasia, ejercicio físico y metódico, se mantenía dentro de la oferta educativa para los distintos estratos sociales.

Para los primeros años del siglo xx, D. S. Spaulding, en la calle de Cadena 25, era la única

jugar la espada pueden pasar a la 1ª. calle de Plateros número 4 adentro en el patio se dan lecciones todos los días” (*El Siglo Diez y Nueve*, 8 de julio de 1845) o “El ciudadano Manuel González Plata profesor de esgrima y de dibujo ofrece dar lecciones de ambas artes en las casas particulares, por seis pesos mensuales por cada ramo. Las personas que se dignaren ocuparlo, podrán ocurrir a la calle de San Ildefonso num. 4, a donde se servirán dejar razón de la casa y hora a que de-

Con la intención de mejorar al ejército, se contempló la esgrima para la organización de la artillería como estudio accesorio, junto con el francés y la equitación.

casa que vendía aparatos para gimnasia y artículos “para toda clase de sport”.

A diferencia de la gimnasia, que hizo su presencia en el siglo xix y que se vinculó a las instituciones educativas, el arte de la esgrima se relacionaba con un aprendizaje particular, como lo deja ver la prensa. Hacia mediados del siglo se anunciaba que “Los sres. que gusten aprender a

bía ocurrir a dar lección” (*El Monitor Constitucional*, 26 de diciembre de 1845).

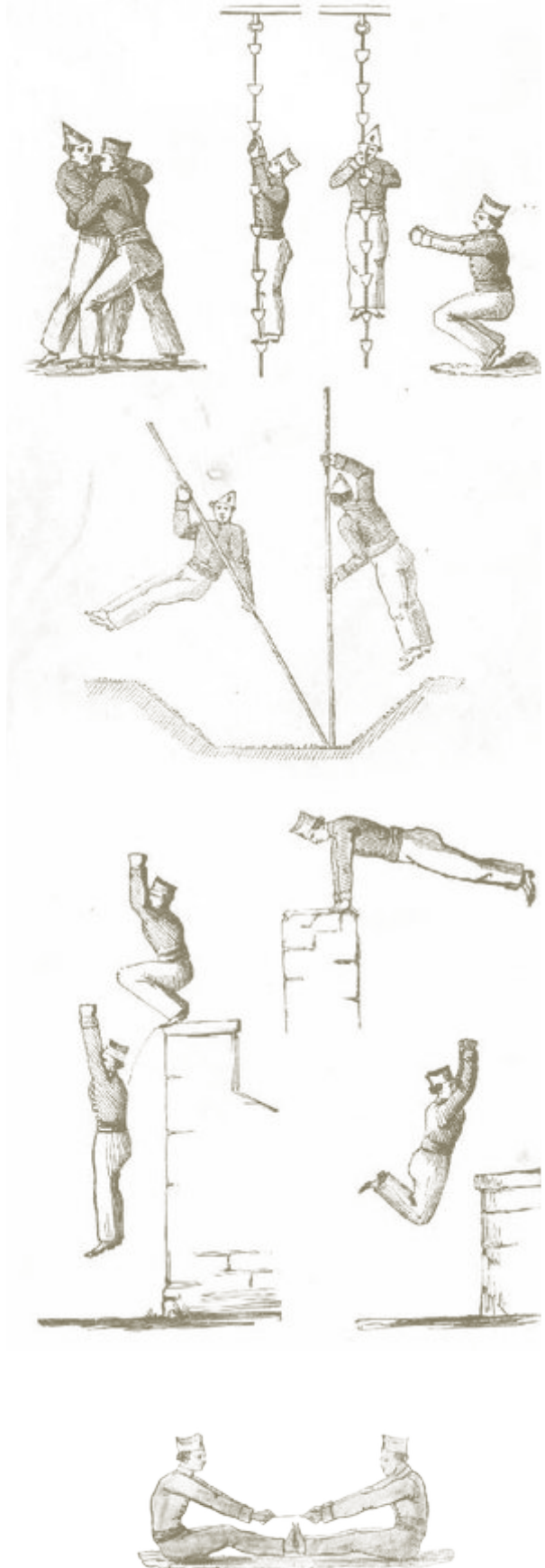
En paralelo, con la intención de mejorar al ejército, se contempló la esgrima para la organización de la artillería como estudio accesorio, junto con el francés y la equitación (*El Monitor Constitucional* del 20 de abril de 1845). Y bajo el imperio de Maximiliano “Con el objeto de for-

mar individuos instruidos, capaces de desempeñar debidamente los diversos empleos del ejército y las diferentes funciones civiles del Imperio, contempló el establecimiento de una Escuela Imperial de Servicios Públicos destinada a formar oficiales de Infantería, Artillería, Estado Mayor e Ingenieros”. Se consideraba el ejercicio físico como parte de la formación de los estudiantes, mediante la práctica de natación, equitación, esgrima, gimnasia y ejercicios militares prácticos, como se anuncia en el periódico *La Sociedad* del 18 de septiembre de 1865.

El deporte no sólo era una cuestión educativa, sino que, para finales del siglo, constituía un espectáculo del que podía gozar la población. En las fiestas en Mixcoac, en las que se hablaba del día del árbol y por el que se plantarían 1 000 árboles, truenos y fresnos, en las calles de Porfirio Díaz, avenida de la Independencia, Nicolás Bravo, Miguel Negrete, calzada de Atipan, entre otras, también se mencionaba que “se verificará en terrenos de la población un *match* de *Basse Ball* entre los clubs ‘México’ y ‘Mixcoac’, habiéndose levantado unas cómodas tribunas para los invitados. Por la tarde, y en el edificio que accidentalmente ocupa el Ayuntamiento se verificará una sesión de gimnasia y de asaltos de esgrima en la que tomarán parte los jóvenes que forman el Club Atlético de Mixcoac” (*La Voz de México*, 17 de agosto de 1895).

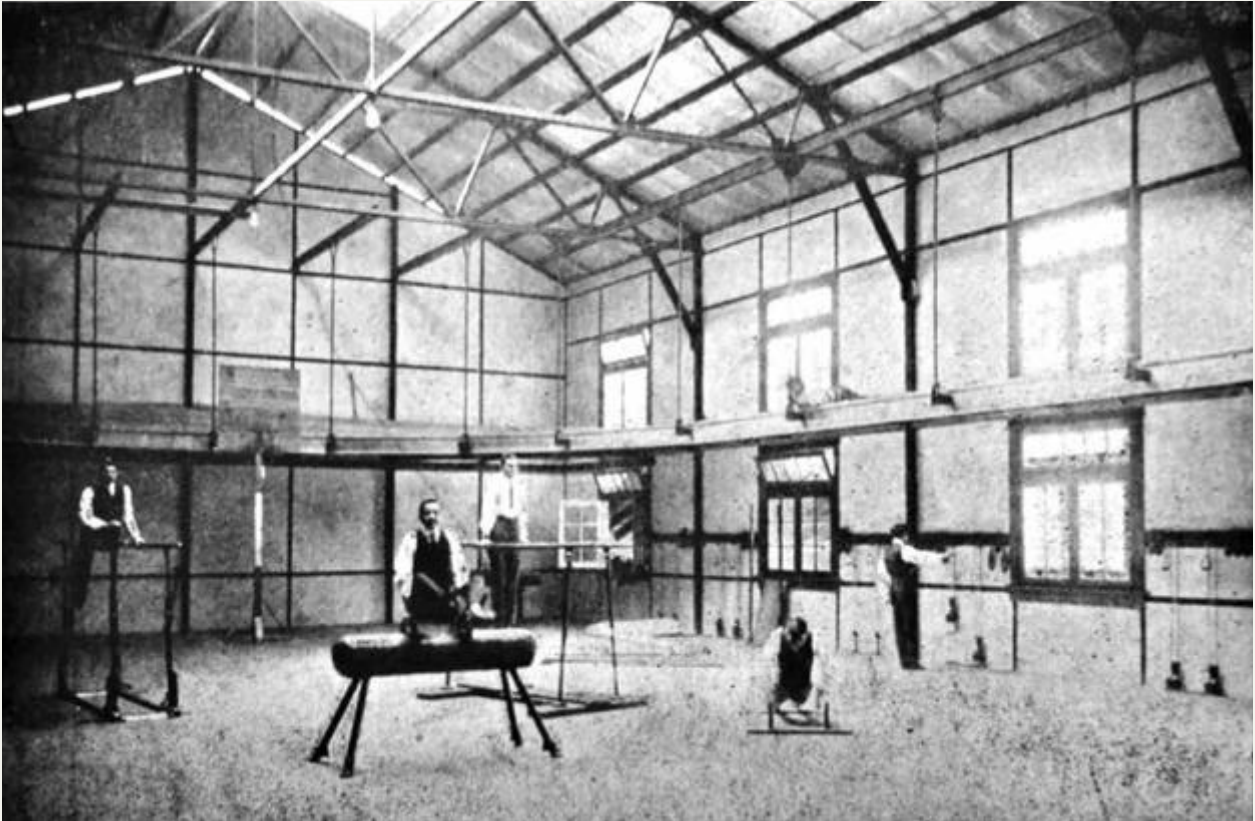
La natación se inició, al igual que la gimnasia, vinculado a la educación como lo anunciaba el Colegio Desfontaines de la calle Cadena 11, aunque con el tiempo devendría en una actividad para hombres y mujeres que, además del ejercicio, disfrutarían de los espectáculos relacionados con ese deporte de agua.

El tiempo libre y el ocio permitían al público tanto formar parte de asociaciones como presenciar distintas expresiones deportivas, en tanto divertimento. Así se leía en un anuncio de *La Sociedad* del 14 de marzo de 1864 que



vi
Lámina XII, litografía en Ministerio de la Guerra y Marina, *Decreto e instrucción para la enseñanza de la gimnástica en los cuerpos del Ejército y Guardia Nacional, México*, Imprenta de Vicente G. Torres, 1850. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.

Ejercicios, en Estevez, *Apuntes para la historia de la gimnástica*, París, Garnier Hermanos [s. f.]. Colección particular.



hablaba de los diversos espectáculos para los señores que se darían en la alberca pública Pane, la mejor y más famosa, al disfrutar de:

vii

Champ, *Au Mexique* [soldados franceses de la intervención observan un dibujo de Moctezuma en México]. Litografía, 1862. Biblioteca Municipal de Bordeaux, Francia. | Charles Vernier, *Au Mexique* [soldados franceses de la intervención comparan un dibujo de los habitantes de México]. Litografía, 1865. Biblioteca Municipal de Bordeaux, Francia.

vii

Charles Vernier, *Au Mexique* [soldados franceses de la intervención encienden el cigarrillo de una dama mexicana]. Litografía, 1865. Biblioteca Municipal de Bordeaux, Francia. | Charles Vernier, *Au Mexique* [soldados franceses de la intervención platican sobre una dama mexicana]. Litografía, 1865. Biblioteca Municipal de Bordeaux, Francia.

Jinetes en el agua sobre botes mexicanos y extranjeros. La mesa andando en donde un marinero trinchará a un pato. Todos los nadadores que se puedan mantener en el agua, almorzarán con él. A las once se echarán patos vivos y todos los nadadores que puedan agarrarlos por las piernas, tendrán derecho a ellos [...] Un perro de Terranova luchará en el agua con el de los maestros [...] La caza de un cochino en el agua, agarrándolo con las manos por la cola. Esta función será mucho más divertida que la anterior del domingo pasado por haber de concurrir los mejores nadadores que hay en México, mexicanos y extranjeros, entre ellos Tomás Jiménez, Eulogio y Jesús, el primero de estos almorzará debajo del agua, y los demás harán distintas evoluciones desconocidas, para lo cual ya han sido convidados muchos competidores.

Años más tarde, un anuncio publicado en *El Siglo Diez y Nueve* de 1876, hablaba de la nueva alberca Pane, en la esquina de Paseo de la Reforma y Bucareli: “En este establecimiento hay un magnífico tanque, cuyas dimensiones dejarán conten-

Los libros, manuales y ensayos los había para esgrima y equitación, para el manejo del sable a caballo; especiales para la gimnasia del bello sexo o civil y militar.

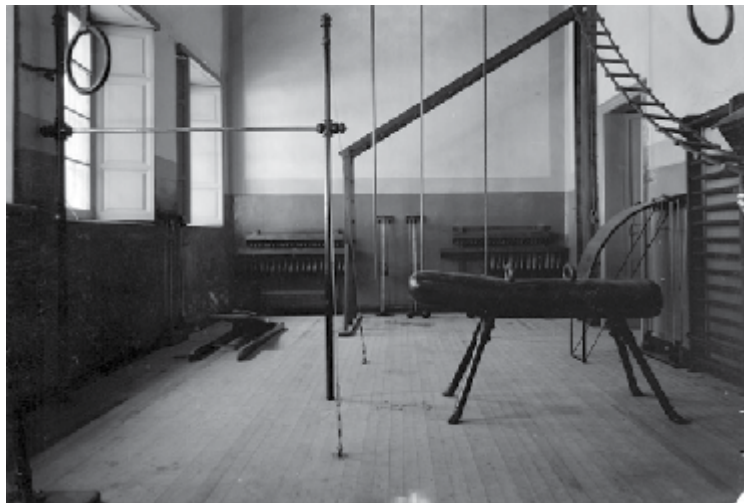
21

tos a los nadadores. Hay cuartos con tanques pequeños para señoras.” Este ejercicio deportivo se practicaba en un espacio público por hombres y mujeres, aunque separados. Sabemos que las clases de natación para las señoras las impartían profesoras.

Pero el deporte no sólo había que practicarlo, sino que había que conocer las reglas y procedimientos para su correcta ejecución. Una literatura relacionada con las distintas expresiones deportivas surgió a lo largo de esa centuria con el fin de mostrar el cómo, el para qué del deporte. Los libros, manuales y ensayos los había para esgrima y equitación, para el manejo del sable a caballo; especiales para la gimnasia del bello sexo o civil y militar. Se referían a la “cinesie ou art du mouvement curatif dans ses rapports avec les mouvements naturels de l’organisme humain”. Sus autores eran extranjeros y mexicanos (Joaquín Larralde, Mariano Arista, Simón de Frías, José Sánchez y González de Sámano, M. N. Dally, A. Collinea, William Day, José Joaquín de

Mora). Estaban publicados en distintos idiomas, como español o francés; ilustrados con láminas litográficas o imágenes intercaladas en el texto, a color o en blanco y negro.

A los tradicionales deportes se fueron sumando otros, gracias a la presencia de extranjeros afincados en el país. El fútbol, como se señaló, es el más representativo: se inició con la presencia de ingleses –ingenieros, técnicos y trabajadores–, en los yacimientos minerales de Hidalgo y logró insertarse en el gusto de los mexicanos como un juego en equipo. El jai-alai tenía como a sus introductores en México a los españoles, y así podemos poner más ejemplos. Para finales de siglo otros deportes estaban presentes como el ciclismo, el tenis y el cricket, y la idea de practicarlo crecía día con día, aunque estaba restringido a ciertos sectores sociales. Las referencias a ellos comienzan a ser más habituales. Las teorías higienistas abonaron a su favor y el interés de los ciudadanos por practicar un deporte fue creciendo con el paso de los años.



PARA SABER MÁS

BEEZLEY, WILLIAM, “El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo”, 1983, en <https://cutt.ly/IND7gjQ>

GARCÍA VÉLEZ, ALEJANDRA, “Pedalear en el siglo XIX”, *BiCentenario. El Ayer y Hoy de México*, núm. 26, 2014, en <https://cutt.ly/WND7yIU>

GARRIDO, MARÍA JOSÉ, *Para sanar, fortalecer y embellecer los cuerpos*, México, Instituto Mora, 2016.

NANCY LIZBETH LÓPEZ SALAIS¹
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

22

Obreras del tabaco contra la explotación



En el México decimonónico, grupos de mujeres desafiantes y transgresoras que trabajaban en la industria del tabaco dieron su lucha por reivindicaciones laborales y sociales. A pesar de los intentos por socavarlas, dejaron una huella que otras mujeres retomarían años más tarde.

¹ Los hechos aquí narrados están basados en documentos históricos de archivo sobre el ramo del tabaco y fuentes primarias como prensa de la época, así como en fuentes secundarias sobre la historia obrera. Sin embargo, debido al formato literario, algunos pasajes y personajes han sido ficcionados.



Era el año 76 de un siglo convulso de un día caluroso de mayo en la capital porfiriana, en una de sus calles centrales algunas mujeres y otros curiosos pararon su andar al escuchar el clamor de las palabras de una mujer que, con el entrecejo fruncido y el puño en alto, proclamaba:

¡El hombre no puede ser superior a la mujer, puesto que ambos son de una misma materia, del hombre se hace un libre pensador; de la mujer una esclava! Consideremos cuán interesante es la educación de la mujer, y luego examinaremos sus obras y apreciaremos su genio sublime. No queremos ni buscamos libertinaje como algunos creen, queremos la ilustración de la mujer, su educación, su lugar que merece en el banquete social. Yo amo igualmente la libertad y la igualdad; no las concibo divididas, las creo como condiciones esenciales de la justicia. Yo, que habito en un país libre como México, que la ley es igual para todos; yo, ciudadana de la república, en el hogar me encuentro bajo el amparo de la ley que mide a todos por igual, reclamo mis derechos y los de mi sexo, ya que se nos pretenden quitar por unos cuantos. La naturaleza con sus leyes es igual en sus beneficios y en derechos. ¿Por qué las leyes sociales no lo son? ¿La misión de la mujer está sólo en el hogar, en la familia, en el hospital de caridad y en el lecho moribundo? No, y mil veces no. Si el hombre se ha creído señor de la mujer en la antigüedad, en el progreso no existen más que iguales obreros infatigables

en la lucha. Precisa es la emancipación de la mujer, camina, trabaja sin descanso, ¡por sacudir un yugo de siglos enteros que la han privado de un derecho que desde su origen se le concedió!

El discurso se imprimió en las páginas de *El Hijo del Trabajo* bajo la autoría de Juana, La Progresista, el 22 de mayo de 1876, y se vendió como pan caliente. Los comensales de las fondas escucharon atentos el reclamo de Juana en la voz de Pedro, El Cuentista, que diario iba de fonda en fonda leyendo el periódico a cambio de unas monedas, mientras que en las mesas del restaurante Tívoli de San Cosme, la clase media masculina leyó el periódico entre mofas y olor a café. En otros horizontes, siguiendo la tradición de sus ancestros en las cigarreras cubanas, don Felicio visitó, como cada jueves, uno de tantos espacios tabaqueros para dar lectura a notas chuscas, noticias y poemas a las operarias que se encontraban concentradas torciendo los dedos para lograr el enrollado perfecto del papel. Pero ese día, el famoso “lector de tabaquería”, como se le conocía, comenzó a leer en voz alta el osado discurso de Juana, y como si alguien les hubiera leído la mente, las obreras interrumpieron sus menesteres para prestar atención con cierto asombro y asintiendo con disimulo.

El discurso de Juana fue único por su pensamiento vanguardista y libertario en favor de las mujeres y sus derechos, algo inexistente para esa época, y aunque no hay registros sobre ella, su discurso delata su inclinación por la lucha obrera. Juana pudo ser una obrera como muchas otras que irrumpieron en el espacio público y en la prensa con sus protestas y discursos en favor

i Hombres y mujeres obreros de la Tabacalera Mexicana, retrato de grupo, ca. 1905, inv. 5361, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.

ii Etiqueta de la fábrica de cigarros La Niña, ca. 1900. Archivo General de la Nación, fondo Felipe Teixidor/2742.



de la mujer y exigiendo mejores condiciones laborales. En esos años, la ciudad de México atestiguó múltiples episodios en los que las mujeres fueron todo, menos unos ángeles serenos y débiles.

Y es que la marcha hacia el progreso de nuestro país tuvo un correlato en la vida precaria de las obreras en las fábricas capitalinas durante el siglo XIX. En las siguientes líneas repasaremos algunos episodios importantes en la historia de la lucha de las obreras, en específico las tabacaleras, ya que destacan en las fuentes históricas como las primeras en hacerse ver y escuchar fuerte y claro en un mundo que intentaba callarlas y reducir su existencia al hogar.

NO HAY MAL QUE DURE CIEN AÑOS...

Desde tiempos de la colonia, muchas mujeres andaban por las calles de la capital de Nueva España forjando y llevando a domicilio el nuevo invento del cigarrillo, que, según cuenta el historiador Guillermo Céspedes, fue el resultado del ingenio de un señor llamado Antonio Charro, quien encontraría en este enrollado producto la fortuna que esperaba desde niño. La novedad fue que, a diferencia del puro, el cigarrillo era más sencillo de liar y transportar, no requería de manos expertas, lo que representó una oportunidad de trabajo para

La ciudad de México en esos años atestiguó múltiples episodios en los que las mujeres fueron todo, menos unos ángeles serenos y débiles.

las mujeres pobres y sin experiencia, ya que la legislación gremial sólo admitía varones. El gusto de ganarse la vida sin horarios y sin descuidar a sus hijos terminó con el estanco del tabaco por parte de la corona española, cuando estipuló que toda producción y venta de esta materia prima era de su propiedad. Un buen día de 1769 se fundó La Real Fábrica de Puros y Tabaco, primera en su tipo en toda Nueva España que, entre varias mudanzas y un siniestro, quedó ubicada en lo que ahora se conoce como La Ciudadela de la ciudad de México.

La fábrica real, a diferencia de los gremios, empleó mayoritariamente a mujeres en lugar de los hombres, bajo el argumento de que eran más cuidadosas, honestas, menos dadas a la revuelta, al robo y a los vicios; no obstante, poco



antes de concluir el siglo XVIII, Gertrudis Barrios y otras obreras inconformes con las condiciones, tratos, horarios y estrictos reglamentos de la fábrica, se organizaron para cambiar la precariedad del nuevo sistema de trabajo y planearon un motín que se vio frustrado por la indiscreción de un párroco que, en medio de una confesión, le había sido revelada la intención de las forjadoras y denunció de inmediato el plan a las autoridades de la fábrica. Las inconformes fueron despedidas por “alborotadoras”, remarca en su investigación el historiador Arturo Obregón. Gertrudis nunca imaginó que ese y otros episodios de ese tipo serían el germen de una historia de rebeldía y desobediencia que continuaría a lo largo del turbulento siglo XIX.

Hacia los años setenta del régimen de Díaz, la situación económica del país cambió al compás del arribo de capitales e inversiones extranjeras que dinamizaron la economía mexicana, permitiendo así la creación de la primera línea ferroviaria que iba de la capital a Veracruz. La expansión de los transportes y las noticias de oportunidades de trabajo desterró del campo a muchos hombres y mujeres que, en busca de oportunidades de trabajo, migraron a la capital. La estación de trenes Buenavista, por ejemplo, recibió a mujeres de todas las edades que buscaban un lugar de trabajo en alguna fábrica o como empleadas en alguna casa. La ciudad se ensanchó más allá de sus antiguas fronteras los últimos 20 años del siglo XIX y nuevos barrios como la Guerrero, la Morelos, la Bolsa, el Rastro, Santa Julia, la Candelaria, Hidalgo, Peralvillo y La Viga se agregaron a la traza urbana.

Calles y avenidas del centro de la ciudad y sus alrededores protagonizaron el nacimiento y reapertura de fábricas, sobre todo de la industria de los cigarros. A diario, las forjadoras se despertaban al cantar del gallo para acomodarse el pelo como Dios les daba a entender, cubrirse con su re-

bozo y dirigirse a paso redoblado rumbo al callejón de San Antonio (ahora calle Ernesto Pugibet) donde se encontraba la fábrica El Buen Tono, vecina de la plaza y del famoso, desde entonces, mercado de San Juan. A otras se les veía enfilarse sobre la calle Puente de Alvarado en espera de un lugar en la fábrica La Tabacalera Mexicana o alguna otra como La Principal, en la actual calle de Zaragoza; La Rosa de Oro y Del Río, en la calzada de la Teja; así como El Modelo, El César, El Gallito, La Mexicana, El Borrego, El Triunfo, Los Aztecas, La Bomba, La Bola, El Negrito, El Profeta, La Campana, La Sultana y el Moro Muza.

Este desarrollo industrial danzó a un ritmo inversamente proporcional al del bienestar social de sus obreras. Mientras que el presidente presumía un México desarrollado y próspero en el escenario internacional, campesinos y obreros lejos estaban de gozar las mieles emanadas del progreso. Aunque en la parte central de la capital confluía un mar de gente de todos los estratos, lo cierto es que las trabajadoras y sus familias vivían en barrios periféricos y en condiciones insalubres de hacinamiento y pobreza. Después de extensas jornadas de trabajo, el refugio hogareño que las recibía no contaba con sanitario, drenaje, ni agua corriente. Lo que algún día fueron conventos y mansiones coloniales, ahora eran vecindades cuyas habitaciones albergaban familias enteras. Las condiciones laborales eran peligrosas e insalubres. Tanto la prensa como los reglamentos de la época señalan que la jornada laboral promedio para 1892 en la ciu-

dad de México era de 16 horas con 45 minutos de comida, no se abonaban días de descanso ni festivos y a las mujeres se les pagaba mucho menos que a los hombres por considerar que su ingreso era complementario para el hogar.

La relación entre el capital y el trabajo no se encontraba reglamentada jurídicamente de manera precisa ni siquiera en la Constitución de 1857, por lo que los salarios dependían del capricho de los patrones, quienes, en muchas ocasiones, de manera injusta, bajaban el salario y aumentaban las cuotas de cigarros por día y amenazaban con contratar mano de obra cautiva del Castillo de Tlatelolco o de la cárcel de Belem, según lo expresaron desesperadas las mismas cigarreras en un ocuro publicado en *El Correo de las Señoras*, en octubre de 1885.

Las cigarreras estaban inconformes también por los descuentos al jornal que les imponían por la ruptura o extravío de herramientas, además de las revisiones corporales a la salida del turno que, desde su parecer, “vejaba su dignidad” y su moral. A la lista de agravios se sumó años más tarde el desplazo de la mano de obra por las máquinas modernas como las Comas, Bonsak y Decouflé, que hacían miles de cigarros en poco tiempo. Los años ochenta del siglo XIX fueron años de gran agitación social; las jefaturas de policía, las cárceles, los mercados y las fábricas de la ciudad fueron las escenografías de la frustración y la sed de justicia. Tan sólo en 1885 hubo cerca de 17 huelgas en la capital, cuenta Moisés González Navarro en su *Historia moderna de*

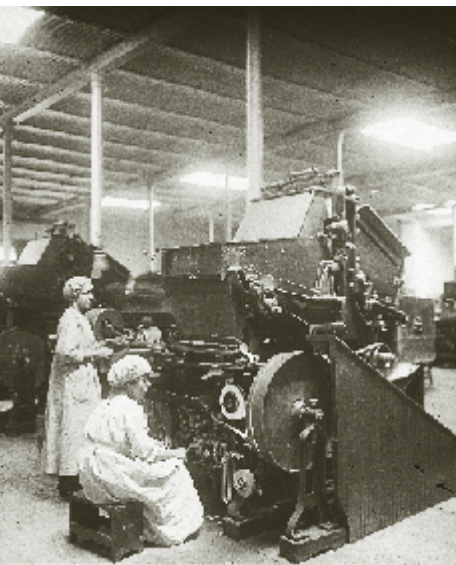


iii

Etiqueta de la fábrica de cigarros La Moderna, ca. 1900. Archivo General de la Nación, fondo Felipe Teixidor/2568.

iv

La Tabacalera Mexicana Basagoiti Zaldo y cía, impreso, ca. 1900. Archivo General de la Nación, fondo Felipe Teixidor/1841.



México, y muchas de ellas fueron protagonizadas por las obreras del tabaco.

CALLADITAS NO SE VEN MÁS BONITAS

Un viernes por la tarde, las cigarreras de la fábrica El Moro Muza salieron de su centro de trabajo con el pago a destajo en monedas de cobre en vez de plata. Molestas pero resignadas, acordaron encontrarse el domingo en el mercado para comprar lo que les alcanzara con la mísera compensación. Al llegar y querer pagar se encontraron con que las vendedoras de pan rechazaron el pago en cobre por su poca valía. Furiosas, las cigarreras increparon a las vendedoras y se armó una rebatinga. Entre migajas de pan y mujeres despeinadas, la gendarmería intervino cuando se le notificó que estaban apedreando un inmueble en la avenida Plateros por la que “pasaban varias mujeres gritando hechas unas furias”, narró el cronista de *El Monitor Republicano* el 25 de diciembre de 1883. Otros tantos sucesos como este pudieron tener lugar en los mercados de El Volador y La Merced, pues al ser puntos de venta de productos básicos y con basta concurrencia de mujeres de clases populares, eran perfectos focos de conflicto.

Los hornos de la frustración y la rabia se fueron calentando paulatinamente. Una mañana de 1887, Federico Álvarez llegó como siempre a la fábrica El Negrito un tanto taciturno, caminó hacia su oficina a paso lento y respiró aquel conocido aire impregnado a olor de papel y tabaco, el suelo de madera crujió al contacto con sus pasos, rodeó su escritorio, se sentó en su silla, miró de reojo el reloj y acomodó sus lentes para disponerse a leer el informe dentro de un sobre firmado por su patrón. Sus manos huesudas sacaron el documento y leyó con rapidez la orden de avisar a las obreras que a partir de ese día se les aumentarían las tareas diarias por el mismo pago. Álvarez no fue el único que en ese mes dio la misma nueva a las cigarreras de otras fábricas, la suerte estaba echada. Unas horas después del anuncio, las cigarreras de El Negrito se juntaron para iniciar un paro, armaron una comisión para alertar a otras trabajadoras y convencerlas de unirse a la huelga. La convocatoria tuvo gran aceptación y varias obreras detuvieron sus labores durante 20 días en las fábricas El Negrito, El Modelo, La Niña, El Buen Tono, El César, La Mexicana, El Gallito, El Borrego, La Sultana, Los Aztecas, El Moro Muza, La Tuya, La Sociedad del Antiguo Estanco y La Bomba. A este paro de labores se le conoció como la Huelga general de las cigarreras.

Por desgracia, el hambre no supo de justicias y algunas cigarreras desistieron de la huelga

v

Trabajadoras de la fábrica de cigarros El Buen Tono manejan maquinaria, ca. 1910, inv. 824664, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

vi

Mujeres trabajan en la fábrica de cigarros El Buen Tono, ca. 1910, inv. 85094, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

vii

El Buen Tono, interiores, ca. 1910, inv. 201691, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

y volvieron a las fábricas. Pero no todo fue en vano, días antes de que terminara la huelga general, reunidas varias obreras, una de ellas –dedicada a los hilados– comentó que estaba en una organización mutua en la que sus integrantes organizaban colectas, bailes y eventos para recaudar fondos y ayudar a quienes lo necesitaran, sobre todo si caían en la enfermedad, lo que despertó el interés de las operarias, porque constantemente padecían enfermedades como tifoidea u otras relacionadas con el sistema respiratorio, producto de la constante inhalación de polvo de tabaco, y no contaban con recursos para pagar asistencia médica. Al fi-

el gusto duraría poco, pues a pesar de que la mutua fue un camino pacífico para paliar sus problemáticas y apoyó a muchas mujeres ante eventualidades desafortunadas, no logró tener un alcance mayor para detener los abusos en las fábricas. Tres meses después de creada la organización, *La Paz Pública*, en una nota del 2 de septiembre de 1888, señaló que Julio Pugibet, dueño de la fábrica La Ideal, había anunciado que les descontaría a las trabajadoras de su jornal para pagar la luz. Más pronto que un rayo, 44 cigarrerías tomaron valor y se presentaron en la oficina y pidieron hablar con el dueño para pedirle que se retractara. Al verlas, Julio Pugibet se puso de pie, les devolvió una mirada furiosa, sacó su mano izquierda de su chaleco, apuntó con el dedo índice hacia la salida y con improperios rechazó sus peticiones sacándolas de la habitación. No hubo otro camino, volvieron a organizarse para irse a huelga junto con las obreras de la fábrica La Sultana, que por los mismos motivos se unieron a la suspensión de actividades.

La situación no se resolvió pronto. Casi seis años después, una mañana los vecinos de la fábrica El Modelo tropezaron en el camino con piedras y avanzaron por la calle entre polvo y vidrio, intrigados instintivamente, levantaron la mirada y observaron los cristales rotos de las ventanas de la fábrica de cigarros, algunos ignoraron que horas antes las torcedoras, ante la amenaza de la introducción de maquinaria, habían apedreado el establecimiento. Entre los observadores hubo obreras que lamentaban “la violenta determinación de sus compañeras”, pues decían

Una tarde de abril de 1895, las operarias de El Premio iniciaron un paro de labores cuando les redujeron el pago de las tareas a 37 centavos en lugar de 50.

nal de la reunión acordaron organizarse y hacer los trámites necesarios en el Congreso Obrero para crear su propia mutua. Luego de un trámite aquí y muchos por allá, la sociedad mutualista Las Hijas del Trabajo quedó conformada un 4 de diciembre de 1887 en la ciudad de México y su presidenta honoraria fue nada más y nada menos que Carmen Romero Rubio de Díaz, a quien se le conocía por sus actividades filantrópicas y quien fundaría también en ese mismo año una estancia de cuidado para los hijos de las obreras mejor conocida como la Casa Amiga de la Obrera.

La fiesta de inauguración se organizó en el Teatro Hidalgo y aquella noche Las Hijas del Trabajo sacaron de sus roperos sus mejores vestiduras para asistir al baile, pero

que todas esas cosas les perjudicaban, y suplicaban a los dueños de la fábrica que no se les considerara “revoltosas” a todas, recordó el periódico *El Noticioso* un año más tarde.

El descontento era general. Una tarde de abril de 1895 las operarias de El Premio iniciaron un paro de labores cuando les redujeron el pago de las tareas a 37 centavos en lugar de 50. Después de intentar hablar con el dueño se fueron a huelga y la agitación estalló cuando un grupo de huelguistas de El Borrego, La Unión Obrera y El Modelo trataron de entrar a la fábrica El Premio para sacar a las trabajadoras que habían aceptado trabajar por 37 centavos por cuota; les gritaron que no les permitirían trabajar hasta que a todas se les pagase lo mismo. El dueño de El Premio las

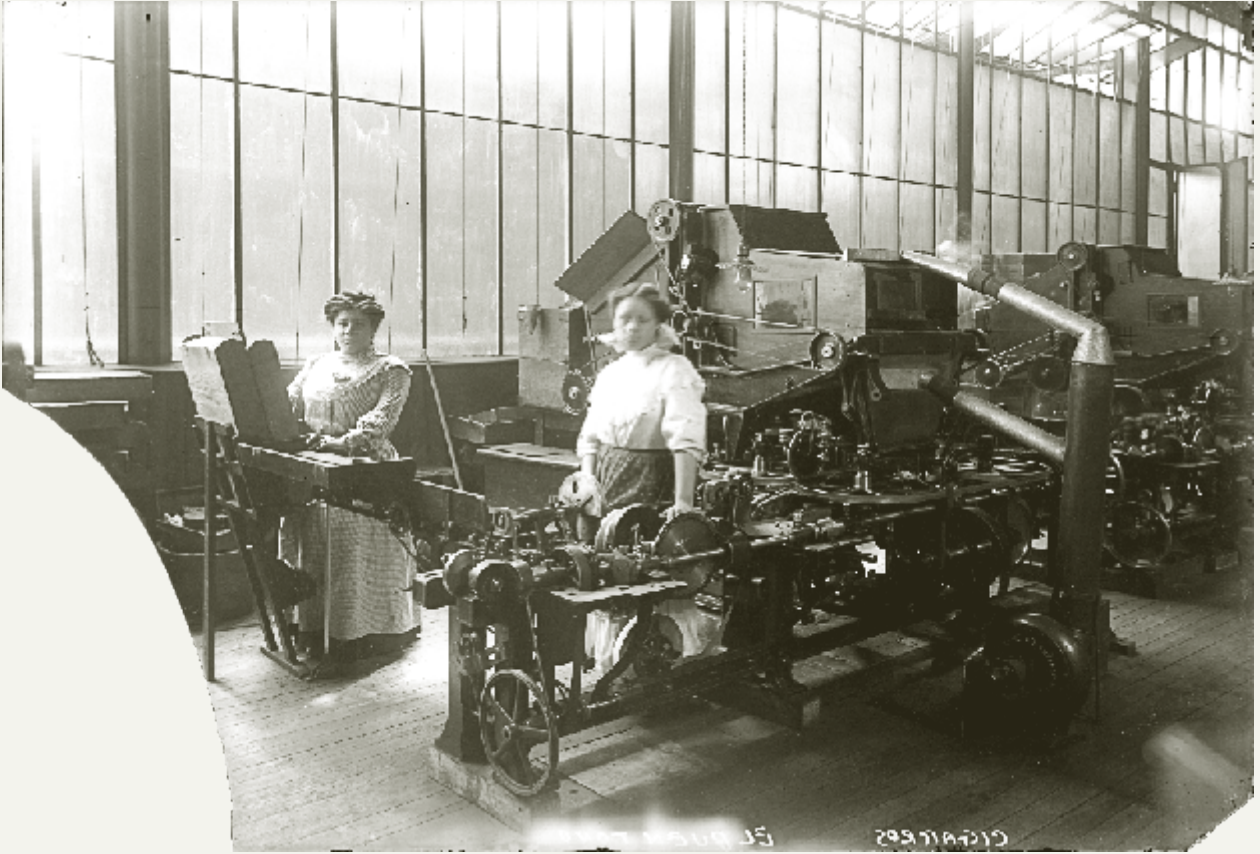


viii
Etiqueta de cigarros El Negro, ca. 1900. Archivo General de la Nación, fondo Felipe Teixidor /2536.

ix
Etiqueta de cigarros El Moro Muza, ca. 1900. Archivo General de la Nación, fondo Felipe Teixidor/2528.

x
Etiqueta de cigarros La Tuya, ca. 1900. Archivo General de la Nación, fondo Felipe Teixidor/2507. Etiqueta de la fábrica de cigarros El Borrego y la Asturiana, ca. 1900. Archivo General de la Nación, fondo Felipe Teixidor/2694.

xi
Fábrica de cigarros El Buen Tono, interior, ca. 1910, inv. 85086, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.



acusó de atacar propiedad privada y las denunció ante las autoridades, quienes, al llegar, consiguieron detener a trece mujeres, no sin antes lastimar a dos gendarmes.

Para sacar a las presas, sus compañeras decidieron hacer un baile de beneficencia que parecía ir bien, todas convivían sin más contratiempos, hasta que la música pausó y se dio la triste noticia de que el hijo de la cigarrera huelguista Cipriana Boadilla había muerto de hambre. La rabia y la impotencia no tardaron en hacer efecto y al día siguiente más de un centenar de mujeres de fábricas de toda la ciudad se dieron cita afuera de las instalaciones de El Premio para apedrearlas en nombre de aquel niño. Se les vio cargar en las enaguas piedras, y tal fue la trifulca, que se llevaron a prisión a varias mujeres imputándoles sentencias de dos meses de cárcel o multas de 50 pesos a cada una. Desde luego, una cifra impagable para ellas.

Don Felicio, El Lector, contó la noticia a las forjadoras de otras fábricas sobre las sentencias publicadas en *El Tiempo* un 8 de mayo y pronto convocaron a una tertulia artística con música afuera de la cárcel para recaudar fondos y pagar la multa de 650 pesos. También la Sociedad Fraternal Militar y el Congreso Obrero hicieron un esfuerzo por pagar, pero de todos modos las cigarreras fueron envia-

das a la cárcel de Belem, ubicada en la esquina de lo que ahora es la calle Arcos de Belem y la avenida Niños Héroes. No fueron las únicas, en el año 1900 la cárcel de Belem había recibido a casi 100 mujeres de la fábrica La Cigarrera Mexicana aprehendidas por haber hecho un paro momentáneo debido a que los propietarios iban a unificar los salarios y, por lo tanto, el jornal de algunas bajaría. La situación ya estaba como agua para chocolate.

Ante esta última situación, las afectadas discutieron con sus compañeras su inconformidad, encolerizadas se envalentonaron olvidando “la debilidad de su ser” y tal fue la querella, que las autoridades de la fábrica llamaron a la gendarmería para que se las llevara. Cabe mencionar que el Código penal del Distrito Federal de 1871 tipificó a las huelgas como delito y castigo de ocho días a tres meses de cárcel y multa de 25 a 500 pesos a quienes pretendieran el alza o la baja de los sueldos o impidieran el libre ejercicio de la industria o del trabajo por medio de la violencia física o moral, muy en conformidad con la política de orden público y *pax* porfiriana. Incluso el propio Congreso Obrero condenó a las operarias huelguistas que, dicho sea de paso, en más de una ocasión optaron por la vía pacífica para resolver sus demandas mediante la petición epistolar al presi-

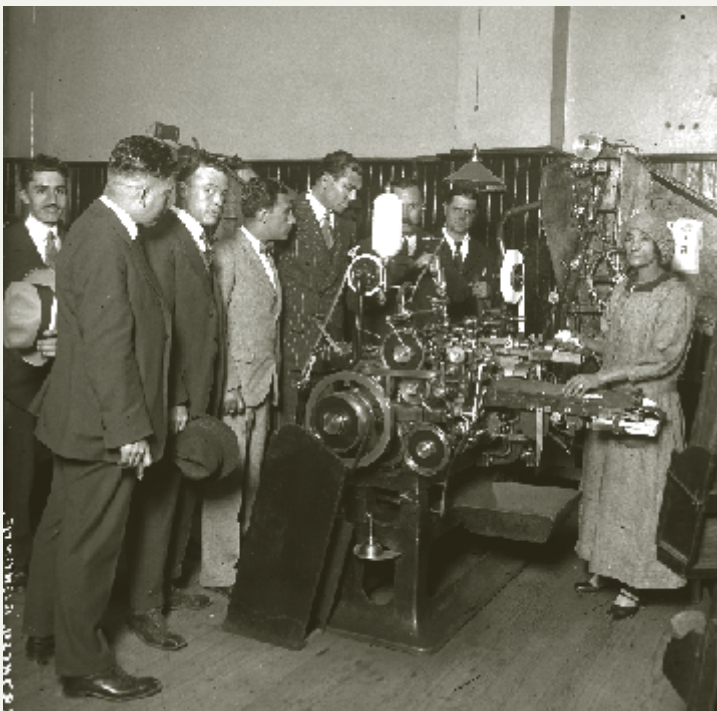
La ciudad de México fue el escenario en el que se suscitó el despertar de las mujeres cigarreras, porque a las demandas por mejores condiciones laborales se sumaron las demandas por la educación y escuelas para mujeres trabajadoras.

dente Díaz y su esposa Carmen Romero Rubio, pero al no tener éxito, la huelga fue el recurso que más las visibilizó.

Dentro de la prisión, las cigarreras fueron bien acogidas y se les denominó “las presas políticas”, según señalan los documentos sobre las presas de Belem de la época. No ocurrió lo mismo afuera, la animadversión de la opinión pública hacia las obreras fue en aumento de manera escalonada después de cada disturbio, de hecho, la prensa les retiró el apoyo al pretender quedar del lado de la ley, a favor de la moral y el comportamiento femenino “adecuado”. La sociedad no miró con buenos ojos a las huelguistas y creó un prejuicio alrededor de la obrera del tabaco. Nadie ofrecía trabajo a las mujeres que habían estado en prisión, pues la transgresión penal, en las mujeres, implicaba siempre una transgresión social mucho más severa que la de los hombres.

Todos los sectores de la sociedad porfiriana tuvieron algo que decir al respecto de “El asunto de las cigarreras”. La opinión pública masculina llenó las notas de los rotativos con argumentos científicistas que apelaban a la

inferioridad natural de la mujer y denostaban con recelo el trabajo de las cigarreras. El mismo hecho de que convivieran en un mismo espacio hombres y mujeres levantaba suspicacias moralinas a las que se sumaban las ideas de que las mujeres decentes no andaban en las calles, no gritaban, no hablaban fuerte, no se quejaban, no violentaban, no hacían borlote; por el contrario, debían estar en sus hogares procurando el bien de la familia, encargándose de formar buenos ciudadanos. Amas y reinas en la casa, pero ante la sociedad atentaban contra la moral, pues al “ser débiles” y pobres eran proclives a “caer en las garras de la prostitución”, subrayaron revistas, diarios, manuales y discursos políticos. El filósofo Ignacio Gamboa alegó que el trabajo las debilitaba físicamente y eso desembocaba en su incapacidad para competir con los hombres en la fuerza de trabajo y tal “fracaso” sólo las llevaría a una “sangrienta marcha al socialismo y así se habrá hecho de la mujer el enemigo más peligroso”. Según este hombre, la mujer que trabajaba era casi un enemigo público. No obstante, sí hubo quienes defendieron el trabajo femenino de liar cigarrillos como una acti-





xii

Personas observan equipo industrial de la fábrica El Buen Tono, ca. 1910, inv. 5430, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

xiii

Mujer opera una picadora de tabaco en la fábrica de cigarros El Buen Tono, ca. 1910, inv. 85092, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

xiv

Etiqueta de cigarros El Triunfo, ca. 1900. Archivo General de la Nación, fondo Felipe Teixidor/1824.

vidad honrada que ayudaba a las mujeres a alejarse de otras formas “poco dignas” de obtener plata para vivir.

El camino de lucha por una vida mejor les dejó a las trabajadoras un sin número de aprendizajes en los que se demostraron, a sí mismas y al resto de la sociedad, que eran capaces de organizarse y hacerse visibles dentro de una sociedad que intentaba borrarlas tras el ideal de una vida decorosa y apacible al servicio de su familia y el hogar, fuera de las discusiones políticas y de la vida pública designadas al hombre. Los paros, los discursos, los apedreos, los ocurros violaron los códigos de la buena conducta femenina y la familia burguesa que tomó mucha fuerza durante el siglo XIX. La conducta transgresora de las obreras representó no sólo un desafío social a su papel de género, también hacia las autoridades de las fábricas y del Congreso Obrero. Demostraron su capacidad para movilizar a otras mujeres y evidenciaron su fuerza, su capacidad de agenda y que no

necesitaban el permiso de un marido o de sus colegas obreros. Los “ángeles del hogar” caídos en desobediencia desafiaron incluso el orden y la paz porfiriana que intentó por todos los medios socavar cualquier tipo de protesta. El espacio urbano de la ciudad de México fue el escenario en el que se suscitó el despertar de las mujeres cigarreras, porque a las demandas por mejores condiciones laborales se sumaron paulatinamente las demandas por la educación y escuelas para mujeres trabajadoras, entre otros.

Los días llegaron y se fueron, las noches estrelladas cayeron despidiendo un siglo de agitaciones para dar luz a otro en el que las cigarreras no dejaron de forjar, pero tampoco de protestar. Su historia y semilla quedó guardada entre archivos, periódicos, recuerdos y notas viejas que verían la luz a manos de otras mujeres que, al igual que ellas, jamás se cansarán de hacerse ver y abrir caminos entre humos de ciudad y tabaco.

PARA SABER MÁS

CÉSPEDES DEL CASTILLO, GUILLERMO, *Tabaco en Nueva España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1992.

GUTIÉRREZ, FLORENCIA Y VANEESA E. TETEILBAUM, “De la representación a la huelga. Las trabajadoras del tabaco (ciudad de México, segunda mitad del siglo XIX)”, *Boletín Americanista*, 2009, en <https://cutt.ly/CNFyHH>

LÓPEZ SALAIS, NANCY LIZBETH, “De la lucha laboral a la lucha política. Una mirada a las mujeres obreras tabacaleras en la ciudad de México en el porfiriato”, tesis de licenciatura, México, UNAM, 2020, en <https://cutt.ly/cNFyn6r>

OBREGÓN, ARTURO M., *Las obreras tabacaleras en la ciudad de México, 1764-1925*, México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, 1982.

SALOMA GUTIÉRREZ, ANA MARÍA, “Las hijas del trabajo. Fabricantes cigarreras de la ciudad de México en el siglo XIX”, tesis de doctorado en Antropología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2001.

MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ

Instituto Mora

32

La rebelión argumedista en Yucatán



En febrero de 1915, Abel Ortiz Argumedo dirigió una rebelión contra los enviados del carrancismo, con el fin, decía, de recobrar la soberanía interna de la entidad sin romper con el poder central. Al mes siguiente, el general Salvador Alvarado, por órdenes de Carranza, aplastó la revuelta que respondía a los intereses de los hacendados locales.



Tras la entrada de las tropas constitucionalistas a la ciudad de México en 1914, Venustiano Carranza procedió al nombramiento de los gobernadores, procurando que estos fueran nativos de la entidad que iban a dirigir. Para hacerse cargo de Yucatán, fue designado el mayor de ingenieros Eleuterio Ávila, nacido en Valladolid, aunque radicado fuera del estado desde hacía muchos años.

Ávila se hizo cargo del gobierno provisional y de la comandancia militar de Yucatán en septiembre de 1914, con el ánimo de “amplia concordia” y la consigna de hacer sentir los “beneficios” de la nueva administración “a toda la familia yucateca sin distinciones odiosas. Se propuso “cuidar de que en ningún momento queden sin las necesarias garantías las vidas y los intereses de nacionales y extranjeros”.

Para avalar el orden en el estado, el nuevo gobernante emitió un conjunto de decretos, pero el que mayor impacto generó fue el relacionado con la libertad de los jornaleros, medida que “atentaba” contra los intereses de los hacendados, pues abolía el peonaje forzado por deudas y anunciaba que los trabajadores serían libres de permanecer o no en las fincas y de



contratarse con quien les conviniera hacerlo. La medida cayó como balde de agua fría y los henequeneros comenzaron a ejercer presión sobre el dirigente, quien finalmente accedió a modificarla, expidiendo circulares que ante tantas rectificaciones culminaron en la inoperancia del decreto original.

No obstante, y pesar del “triumfo” que los hacendados obtuvieron en este rubro, pronto recibieron un revés económico, pues otro decreto ordenó un empréstito, formado con el capital de comerciantes y banqueros, para la adquisición de armamento y pertrechos destinados al ejército constitucionalista; se trataba de un préstamo forzoso de 8 000 000 de pesos que serían cubiertos por todos aquellos que poseyeran capitales mayores a 100 000 pesos.

Venustiano Carranza y su secretario de Hacienda, Luis Cabrera, conocían del potencial económico de Yucatán, por lo cual intentaron prescribir un impuesto adicional a la exportación de la fibra de henequén, como “una contribución de guerra”, establecida directamente por las autoridades estatales, tema que causó rispi- dez con el gobernador Ávila. Tal imposición,

i
Campamento de las fuerzas soberanistas en los límites de Yucatán y Campeche, 1915. Colección particular de Canto Mayén.

ii
Coronel Abel Ortiz Argumedo, gobernador “accidental”. Colección particular de Pérez Domínguez.



34

Carranza y su secretario de Hacienda, Luis Cabrera, conocían del potencial económico de Yucatán, por lo cual intentaron prescribir un impuesto adicional a la exportación de la fibra de henequén, como “una contribución de guerra”.

advirtió Ávila, llevaría al fracaso más absoluto y con el peligro de que la revolución armada se propagara de inmediato a suelo yucateco.

El gobernador manifestó al secretario Cabrera lo siguiente: “Ustedes no conocen allí la idiosincrasia especial del pueblo yucateco. Hay que verla, hay que estudiarla para poderse formar una idea perfecta de lo que conviene hacer”, y añadió que, de no ser “aprobadas” sus sugerencias, solicitaría su relevo y la designación de otra persona para cumplir la orden, la cual, insistía, estaba seguro de que equivalía a “matar a la gallina de los huevos de oro” y se perdería absolutamente Yucatán para la causa.

Al tema de la política financiera se sumó la renuencia de Ávila a renovar la leva y embarcar batallones locales hacia el centro y norte del territorio mexicano. La insistencia federal de que el batallón Cepeda Peraza, acantonado en Mérida, fuera trasladado a Veracruz, provocó su rebelión a principios de enero de 1915, pero pronto fue reprimida por el gobierno local con el apoyo del comandante militar de la plaza, el coronel Abel Ortiz Argumedo.

Ávila fue retirado del cargo, finalmente, y se designó como interino el coahuilense Toribio de los Santos, personaje ajeno a la “patria chica”, pero más dispuesto a acatar los requerimientos del movimiento constitucionalista. Llegó acompañado por personajes ajenos a Yucatán y reconocidos por su elocuencia y radicalismo. Entre las acciones que emprendió, la que más caló en la elite yucateca fue la derogación de las circulares expedidas por su antecesor, que se relacionaban con el ya citado decreto de liberación de los peones del campo. Disgustados, los hacendados argumentaron que a las nuevas autoridades les movía



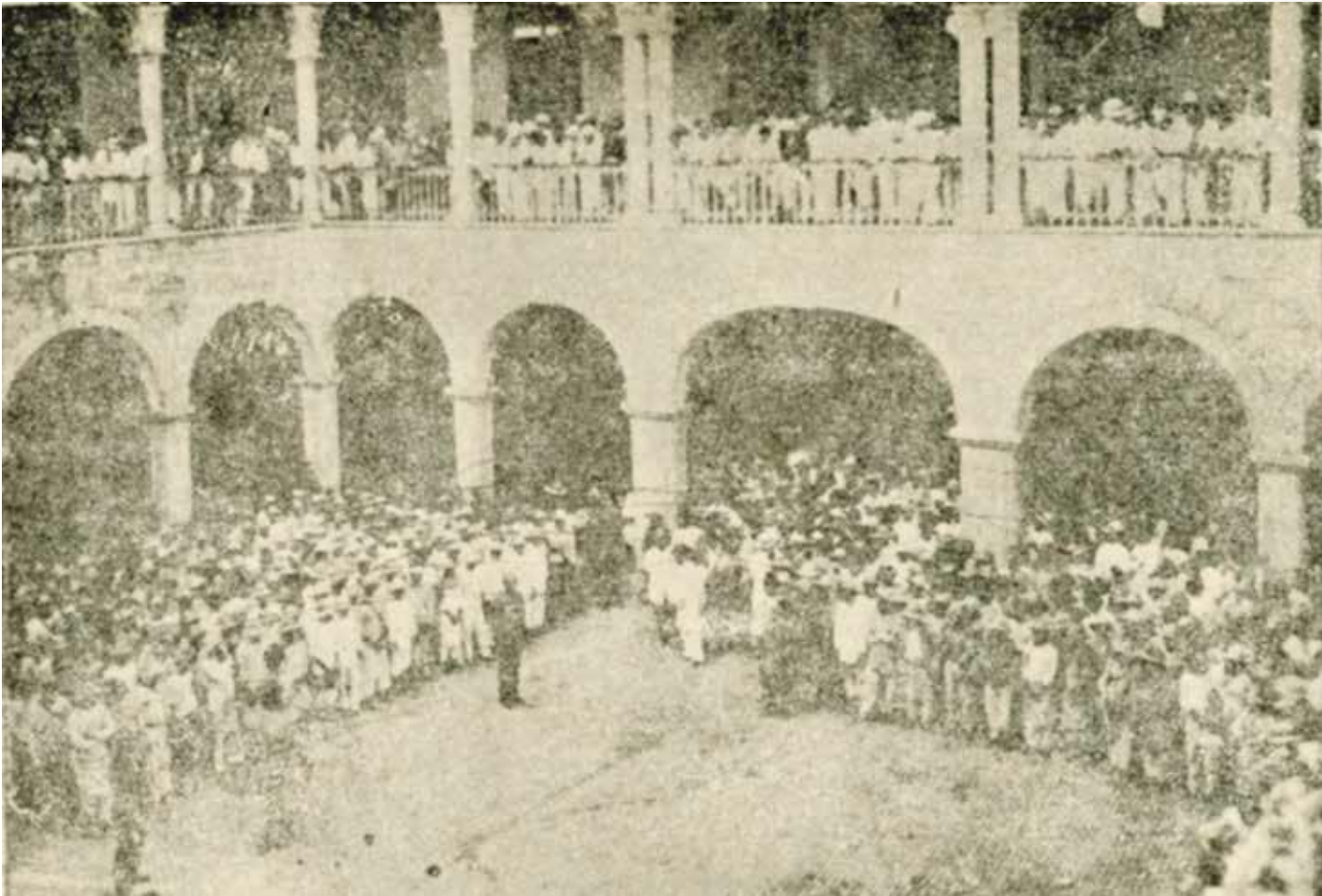
únicamente la codicia, después de que los yucatecos enviaran recursos económicos para la causa revolucionaria. Esta circunstancia, al parecer, había atraído agitadores a la entidad, los que no se cansaban de “proferir insultos y calumnias en contra de los yucatecos, difamando a nuestras mujeres y gritando que la dignidad es algo que desconocemos”.

La presencia de los “fuereños” comenzó a generar un ambiente contrario a todo lo que representaba la revolución y, según las fuentes contemporáneas, los recién llegados no alcanzaron a advertir la profundidad del descontento que estaban creando. Se decía que “la llama estaba encendida y sólo hace falta un soplo que la convierta en hoguera, y ese soplo puede provenir de cualquier incidente que colme la medida de la paciencia y que produzca una conflagración difícil de detener”.

Aprovechando el complejo e intrincado momento, Abel Ortiz Argumedo, comisionado para dirigir la campaña contra los rebeldes del batallón Cepeda Peraza, encontró la oportunidad para organizar un movimiento en contra del gobernador interino, bajo la consigna de “recuperar el gobierno de Yucatán ocupado por el ‘usurpador’ Toribio de los Santos”. En realidad, respondía a los intereses de un sector de la elite yucateca que, a toda costa, buscaba impedir que se ejecutaran las leyes revolucionarias que afectaban de forma directa en sus peculios.

Ortiz Argumedo sostuvo que su levantamiento se sustentaba primordialmente en los agravios que habían recibido los yucatecos por parte de De los Santos y los revolucionarios que le acompañaban. Justificó y articuló la “idea” de la defensa de Yucatán, arguyendo que era indispensable hacer frente al desorden y las arbitrariedades de los “santistas”, para lo cual dejó muy claro que la su-

iii Periódico *La Soberanía de los Estados*, 16 de marzo de 1915. Colección particular de Pérez Domínguez. | iv Coronel Jacinto Brito, comandante de la Brigada del Comercio. Colección particular de Canto Mayén. | v Ignacio Magaloni Ibarra, tesorero general del gobierno “accidental”. Colección particular de Canto Mayén. | vi Ernesto Patrón Villamil, quien apoyó el movimiento soberanista, en traje de campaña. Colección particular de Canto Mayén.



blevación no significaba un rompimiento con el constitucionalismo. Todo apunta a que la respuesta de un amplio sector de la población fue positiva, pues se levantó en armas en contra del gobierno local, lo que propició la huida de De los Santos y sus fuerzas rumbo a Campeche.

El discurso de Ortiz Argumedo era convincente, pues centró sus ataques en contra de los gobernadores “extraños” a Yucatán, alocución que cayó en buen terreno pues, con él, logró aglutinar alrededor de la “causa” a una vasta porción de la sociedad, generando reticencia en contra de todo aquello que proviniese de afuera de la entidad. Sumo cuidado tuvo en advertir que la bandera del movimiento no era el separatismo –tema sensible y delicado–, sino que se trataba de defender la soberanía constitucional de Yucatán.

Viisto desde la perspectiva de la “patria chica”, como han apuntado algunos historiadores, ¿quién podía negarse a suscribir y apoyar un llamamiento con esos propósitos?, ¿quién podía negarse a seguir un movimiento de esa índole e, inclusive, alistarse en las filas militares para combatir por la causa? De ahí que, para apoyar la sublevación de Ortiz Argumedo, se produjo un movimiento visiblemente popular, con arraigo en fuertes sectores de la ciudadanía yucateca.

GOBERNADOR “ACCIDENTAL”

El movimiento “soberanista” conducido por Ortiz Argumedo hizo su entrada triunfal a la

capital del estado el 12 de febrero de 1915. Las “tropas yucatecas” fueron recibidas con “espon-táneas y estruendosas manifestaciones del más ardiente júbilo”. Según las fuentes contemporáneas, “todo” el pueblo acudió a presenciar la llegada del “nuevo caudillo”, quien capitalizó la derrota de los “santistas” y se constituyó en jefe de la rebelión que todos comenzaron a llamar argumedista. En la recepción de sus fuerzas por los habitantes de Mérida, se codeaban “indios con sus delantales y sus coas de cortar pencas, mestizos con sus blancos trajes y taconeantes

Ortiz Argumedo se reunió con los principales militares que secundaron la sublevación para sentar las bases del nuevo estado de cosas en Yucatán, reiterando que no era contrario a Venustiano Carranza. En ese encuentro, se decidió que él se haría cargo del gobierno que dieron por llamar “accidental”. A continuación, se dirigió telegráficamente a Carranza para explicarle los acontecimientos que se habían registrado y expuso las razones por las que se manifestó en contra del gobierno establecido. Señalaba que el pueblo yucateco, celoso del or-

A la llamada en defensa del “honor” yucateco se sumaron también profesio-nistas, obreros, hacendados, periodistas y gentes “de todas las clases sociales”.

alpargatas, empleados, estudiantes, comercian-tes, hacendados, viejos, niños y mujeres que gritaban entusiastas vivas”. El estado parecía estar de fiesta, pues por todas partes se organiza-ron manifestaciones y de todos los pueblos y ciudades se enviaban adhesiones al nuevo go-bierno. De hecho, según las crónicas, la causa soberanista recibió un importante apoyo a la iniciativa de “ir resueltamente al sacrificio de la vida”, con la firme convicción de que “de nada valía la sangre que se derramara y las cabezas que rodaran ante la anhelada soberanía yucateca”.

den y respetuoso con la autoridad, amante de “la libertad sin orgías de libertinaje”, quería el “bienestar sin el pillaje y el robo”, razón por la cual esperaba de la revolución lo que se necesi-taba: “la efectividad de su soberanía, la realidad de su libertad interior, su gobierno propio”, pues la falta de lo anterior había sido causa perenne de los numerosos males de Yucatán.

En el largo comunicado a Carranza, en ningún momento Ortiz Argumedo planteó una ruptura con el constitucionalismo; por el con-trario, refrendaba su subordinación al movi-



vii
Vista del Palacio de Gobierno de Mérida invadido por la multitud popular en espera de la entrada de las fuerzas argumedistas, 1915. Colección particular de Canto Mayén.

viii
Brigada Médica formada por varios estudiantes de medicina, 1915. Colección particular de Canto Mayén.

miento. Aunque, y como era de esperarse, para el primer jefe lo que estaba sucediendo en Yucatán no era otra cosa que una rebelión abierta, reflejo de la desobediencia e indisciplina. Viisto desde otro ángulo, lo que el gobernador “accidental” y sus aliados, los hacendados, pretendían, “era constituirse en el poder político y militar y forzar [lo] a tratar con ellos de poder a poder, que las cosas se hicieran en Yucatán como a sus intereses conviniera y no como el desarrollo que la revolución requería”.

Carranza no respondió y el gobernador Argumedo, atento a ese silencio, tomó medidas precautorias para

Muchos de los jóvenes fueron fusilados. Pero los ajusticiados pudieron haber sido más, de no haberse recibido una contraorden del general Alvarado.

enfrentar las inminentes acciones militares que los carrancistas emprenderían para recuperar el control de Yucatán. En ese contexto, *La Revista de Yucatán* publicó que “Todo Mérida estaba sobre las armas” y que en la capital del estado había gran agitación y preparativos de organización militar. En una de sus ediciones, informaba: “Ha comenzado sus ejercicios militares el batallón de comerciantes.” No obstante, conforme los días fueron corriendo, este mismo medio enmudeció.

El 18 de febrero, Ortiz Argumedo recibió un telegrama de Alvarado en donde le informaba que Carranza lo había designado gobernador y comandante militar de Yucatán, en virtud de lo cual le pedía rendición incondicional, pues de lo contrario procedería con la fuerza de las armas. Ante esta amenaza, el gobernador “accidental” procedió a reconcentrar a las tropas territoriales en la capital yucateca para elaborar un plan de defensa.

El plan de Ortiz Argumedo tuvo pronta respuesta de un sector importante de la sociedad yucatanense, que procedió a adherirse a la causa soberana y defenderse de la perentoria entrada de las tropas alvaradistas procedentes de Campeche.

Para lograr que el gremio de los maestros participara en esta empresa, el director general de Educación Pública se dirigió a los inspectores escolares solicitándoles invitar a los profesores a alistarse en los diversos batallones de voluntarios, a fin de apoyar la labor de “defensa del honor yucateco, amenazado desgraciadamente por un grupo de malos mexicanos”. Para encender el “sentimiento patriótico”, se les señaló que no bastaba con que cada uno de los maestros se alistara en un batallón y concurrie-

ix

Un campamento de las fuerzas soberanistas en las inmediaciones de la villa de Halachó, Yucatán, 1915. Colección particular de Canto Mayén.

x

Campamento argumedista en campaña. Colección particular de Canto Mayén.



se a recibir la instrucción militar necesaria, sino que era preciso, además, que todos y cada uno de ellos hiciera una labor “de conquista de las voluntades tibias de aquellos ciudadanos que, por falta de cultura, no esté en posibilidad de comprender todo el alcance de la situación actual y de orientar por tanto su actividad” de forma serena. Se trataba, en suma, de encauzar el criterio popular “por el buen sendero e inyectar después energías por medio del ejemplo”. La divisa sería: “Morir con honra vale más que vivir con oprobio.”

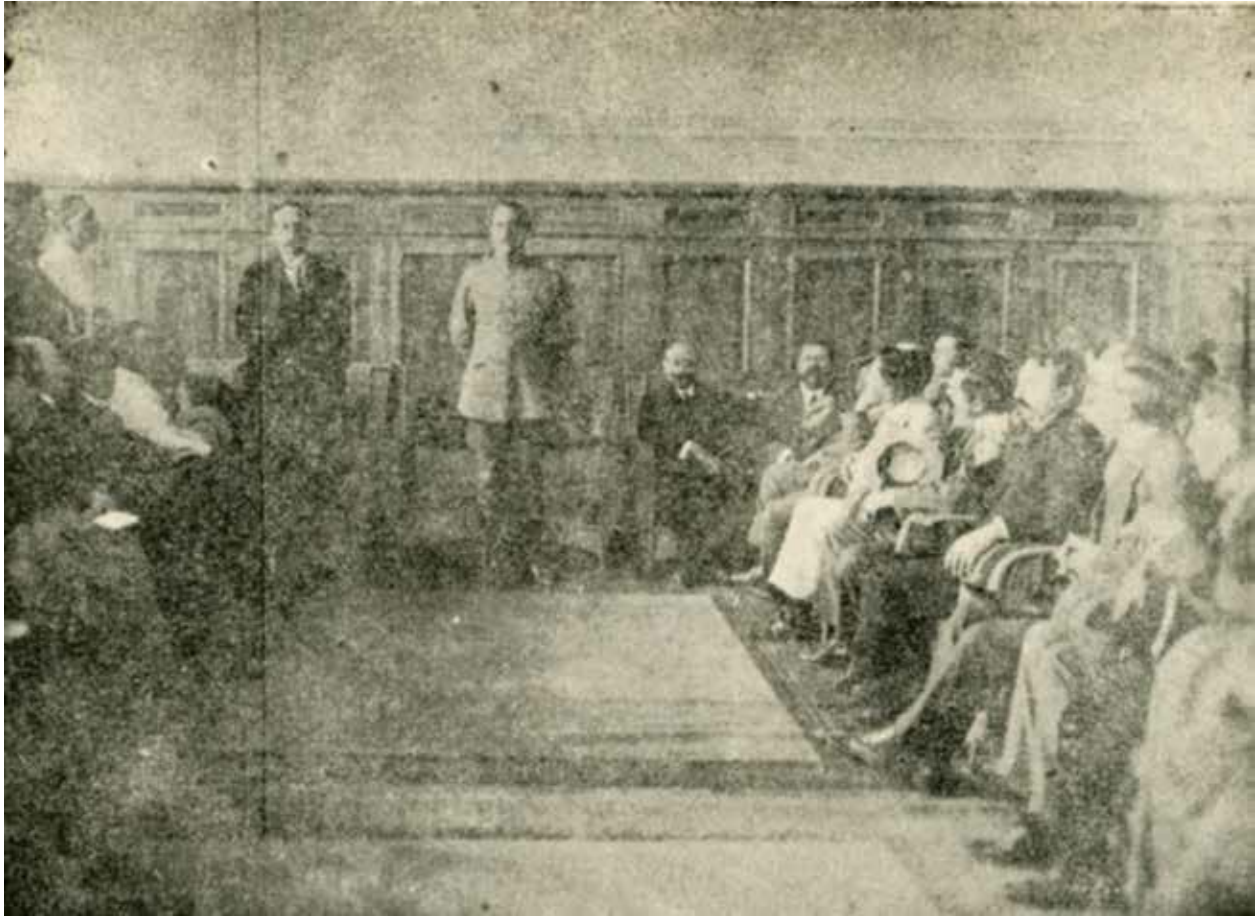
El exhorto al contingente educativo tuvo inmediata respuesta, pues profesores de diversas escuelas manifestaron a Ortiz Argumedo que, animados por la percepción y el sentimiento de peligro inminente para la patria, se ofrecían de manera espontánea para salvarla de los “desprovistos de amor a la patria de Quintana Roo y Cepeda”. Señalaban que, aunque no podían ofrecer pericia militar, sí podían ofrecer el entusiasmo y la energía, y proponían se formara una brigada especial de profesores con el nombre de Eligio Ancona, que tendría el “grande honor de derramar su sangre por esta patria bendita”, pues tenían el orgullo de haber con-

grado los mejores años de sus vidas a “infiltrar en la conciencia de la niñez los principios de la moral y es nuestra voluntad, que en estos momentos solemnes, con nuestro ejemplo, darles la mejor y más brillante lección de civismo”.

A la llamada en defensa del “honor” yucateco, se sumaron también profesionistas, obreros, hacendados, periodistas y gentes “de todas las clases sociales” que acudieron a “apuntarse” en los registros del batallón de voluntarios del comercio, y se afirmaba que iban llenos de entusiasmo a ofrecer sus vidas al servicio de la causa de la soberanía de Yucatán, conscientes de la gravedad de lo que hacían y no empujados por ninguna propaganda “histórica”. La también llamada brigada del Comercio estaba compuesta por más de 300 plazas, con jóvenes de quince a 25 años, provenientes de lo “más florido de nuestra sociedad”. Un importante número de estudiantes del Instituto Literario se sumó a la causa.

Pese a que el llamado a la defensa de la soberanía parecía tener éxito, Ortiz Argumedo continuó buscando una solución pacífica, razón por la cual se dirigió a los presidentes de la Liga de Acción Social, la Cámara Agrícola de Yuca-



**xi**

Al centro, Ortiz Argumedo en el Palacio de Gobierno de Mérida. Colección particular de Canto Mayén.

xii Brigada del comercio Periódico *La Soberanía de los Estados*, 16 de marzo de 1915. [detalle]. Colección particular de Pérez Domínguez.

tán, la Cámara de Comercio, el Centro de Dependientes y al jefe de la Sección de Inmigración y Trabajo, a quienes manifestó tener noticias de que en el vapor estadounidense Morro Castle, que se encontraba en el puerto de Progreso de paso hacia a Veracruz, viajaban dos personajes cercanos a Carranza, Carlos Douglas y Eliseo Arredondo, por lo que resultaba conveniente dar a conocer, a través de ellos, el verdadero carácter del movimiento que derrocó a De los Santos y la situación que reinaba en Yucatán, así como los propósitos de su gobierno. Lo importante era que supieran del “espíritu público y el carácter de los sucesos que en ese momento absorbían la atención y todas las energías del gobierno y del pueblo yucateco”. Sin embargo, la iniciativa no tuvo éxito.

Ahora bien, para sostener el movimiento soberanista se necesitaban recursos económicos con los cuales no contaba el gobernador “accidental”, lo que lo llevó a solicitar un anticipo de contribuciones a hacendados y comerciantes. Asimismo, a través de un decreto, informó a la población que, por las excepcionales circunstancias y la necesidad de generar recursos extraordinarios para los

gastos que demandaba la defensa de la soberanía estatal, había establecido una contribución especial sobre la producción de la fibra de henequén, apoyada incluso por la mayoría de los productores. Con lo obtenido, el gobierno argumedista planeaba la adquisición de pertrechos de guerra en La Habana, Cuba.

Pese a los esfuerzos para hacerse de armas y mantener el movimiento soberanista, éste se hallaba destinado al fracaso, porque carecía de la capacidad militar para enfrentar a las tropas del general Alvarado, quien contaba con más de 7 000 hombres, armamento suficiente, caballería e, incluso, dos aviones que garantizaban sobradamente su victoria.

A principios de marzo, *La Revista de Yucatán* informó sobre el avance de las tropas de Salvador Alvarado, diciendo que venía “asesinando, saqueando, destruyendo haciendas e incendiando pueblos”, noticias que fomentaron un clima de odio en contra del general sinaloense. Las fuerzas rebeldes, con un poco más de 1 000 hombres mal armados, tuvieron los primeros enfrentamientos con los soldados de Alvarado en la hacienda Pocboc y Blanca Flor, en donde la superioridad alvaradista los hizo replegarse hacia Halachó, en los límites con el estado de Campeche. El resultado fue la derrota

y el consecuente aprisionamiento de muchos de los integrantes de la Brigada del Comercio, jóvenes voluntarios pertenecientes a familias yucatecas pudientes y campesinos mayas que habían sido reclutados a través de la leva.

Las crónicas de la devastadora derrota del “ejército” yucateco hablan de la desigualdad de condiciones de los contendientes. Muchos de los jóvenes fueron fusilados. Pero los ajusticiados pudieron haber sido más, de no haberse recibido una contraorden del general Alvarado.

En suma, la efímera rebelión argumedista pretendió actuar de manera excepcional dentro del proyecto validado por el Plan de Guadalupe, que abanderaba los principios constitucionales. Empero, no sólo no prosperó, sino que fue abatida drásticamente por las fuerzas del general Salvador Alvarado quien, el 15 de marzo de 1915, entró triunfante a la capital yucateca para hacerse cargo del gobierno.

Frente a la inminente derrota, Ortiz Argumedo giró instrucciones para que fueran extraídas del Banco Peninsular todas las reservas, mismas que pidió trasladar al tren en el que partiría con rumbo al oriente del estado. Luego, saldría huyendo desde El Cuyo en una embarcación con destino a La Habana y después a Canadá. Nunca fue aprehendido.



PARA SABER MÁS

ALVARADO, SALVADOR, *Pensamiento revolucionario*, Mérida, Instituto de Seguridad Social de los Trabajadores del Estado de Yucatán, 1980.

MOLINA FONT, JULIO, “Halachó 1915”. *La revolución en Yucatán. Testimonios de Julio Molina Font y Salvador Alvarado*, Mérida, Yucatán, Gobierno del Estado de Yucatán, 2010.

PÉREZ DE SARMIENTO, MARISA, *¿Y antes de Alvarado?*, Mérida, Yucatán, Universidad Autónoma de Yucatán/Patronato Pro Historia Peninsular, 2016.

ARTURO GARMENDIA

42

La visita de André Breton a México



Arropado por Diego Rivera, en su ansiada visita al país en 1938, el padre del surrealismo hizo un recorrido de cuatro meses que lo llevó por diversos estados, acompañado, entre otros, por el muralista y León Trotsky. A su regreso a Europa contribuyó con elogios y recomendaciones para difundir a México entre su círculo intelectual.



André Breton recordaba que desde que era adolescente había querido visitar México, motivado por la lectura de un popular folletín de moda en aquellos tiempos, titulado *El Indio Costal*: “México era un país que, en mi mente, siempre había asociado con la idea de la lucha con la liberación”. Este deseo se reavivó al conocer las experiencias entre los tarahumaras del escritor, actor teatral y cinematográfico y precursor en el uso de las drogas (el peyote) Antonín Artaud. Su deseo se hizo realidad en 1938, cuando el Ministerio de Relaciones Exteriores le patrocinó una estancia de cuatro meses en este país para dictar una serie de conferencias sobre el arte y la literatura francesas.

Nacido en Normandía en 1896, André Breton era un poeta influido originalmente por el simbolismo francés, movimiento que abandonó para ponerse a la vanguardia, cediendo el paso a una nueva forma de pensar y de crear. *El Manifiesto del surrealismo*, que publicó en 1924, definía esta nueva corriente como un “automatismo psíquico puro por el cual se pretende expresar, ya sea verbalmente, por escrito o de cualquier otra manera, el funcionamiento real del pensamiento en ausencia de todo control ejercido por la razón; fuera de cualquier preocupación estética o moral”. El objetivo era anular las fronteras entre realidad e imaginación, pues en el mundo que él concibió “lo imaginario es aquello que tiende a volverse real”. Para dar cumplimiento a este programa, los surrealistas crearon una serie de técnicas o procedimientos como la libre asociación de ideas, la escritura automática, los cadáveres exquisitos, el *collage*, y exploraron nuevos territorios como el subconsciente y el mundo de los sueños. Louis Aragon, Paul Éluard, Robert Desnos, Antonin Artaud y Georges Bataille se sumaron al llamado desde las letras; Max Ernst, Salvador Dalí, René Magritte, Joan Miró y muchos otros lo hicieron desde la pintura. Luis Buñuel y Salvador Dalí incorporaron el cine al movimiento



Al arribar al puerto de Veracruz, Breton y su esposa Jacqueline se dieron cuenta de que la embajada francesa en el país no había puesto demasiada atención a su visita: no contaban con alojamiento ni viáticos y consideraron conveniente regresar a su patria en el mismo barco en el que llegaron. Diego Rivera, que estaba ahí para recibirlos, se hizo cargo de la situación. Los trasladó a la ciudad de México y los alojó en una de las casas que el arquitecto O’Gorman había construido para él y Frida en el barrio de San Ángel, toda vez que, en ese momento, en la Casa Azul, tenían otro huésped ilustre, León Trotski.

El hospedaje al que fueron conducidos los Breton era una de las casas más modernas de la época. Se trataba de dos pequeños cubos de cristal, unidos por un pequeño pasillo sin barandal a la altura del techo. Ahí, una sirvienta indígena preparaba las comidas para las familias en el jardín sobre una fogata, bajo los árboles, donde en completa libertad corría un oso

❶ Man Ray, *Je ne vois pas la cachéé dans la forêt* [detalle], ca. 1929. Flickr commons. | ❷ André Bretón, 1929. Tomado de monoskop.org/Monoskop | ❸ André Breton, *Portrait d’André Breton aux lunettes*, entre 1924 et 1929, Wikipedia commons. | ❹ Retrato de André Bretón en la ciudad de México, 1938. Fotografía de Manuel Álvarez Bravo. © Archivo Manuel Álvarez Bravo, S.C. | ❺ André Bretón y León Trotski de paseo por México, 1938. Fotografía de Fritz Bach.



hormiguero gigante (mismo que fue designado inmediatamente como *nahual* –animal totémico– de Bretón). “La vida con Diego y Frida Rivera no podía ser más fascinante”, reconoció Breton.

Breton se sintió de inmediato identificado con el recio y jovial muralista, pero sobre todo quedó prendado de Frida Kahlo. Impresionado por las violentas y alegóricas pinturas que combinaban una iconografía mexicana con los motivos de un Bosco la declaró surrealista. A ella, sin embargo, Breton le pareció pomposo, arrogante y latosamente intelectual. “El problema con el señor Breton es que se toma demasiado en serio” –le comentó a sus amigos– y “me dijo que yo era surrealista, cuando yo misma no sé lo que soy”. En cambio, sintió mayor simpatía por Jacqueline Landa, la mujer de Breton.

El surrealista trató de apearse a su papel de embajador cultural francés y habló brevemente en la inauguración de una exposición pictórica y dictó una conferencia en la Universidad Nacional Autónoma de México sobre “Las transformaciones modernas en el arte y el surrealismo”. A ella debían seguir otras nueve intervenciones, pero el rector de la UNAM y el pasmo burocrático subsecuente, más el enrarecimiento del ambiente político por las consecuencias de la expropiación petrolera y el levantamiento del general Cedillo, lo impidieron. Ni la UNAM, ni la embajada francesa ni el gobierno mexicano se dieron prisa por retomar sus actividades, por lo que Breton quedó libre para explorar el país, bajo la guía de Diego Rivera.

Juntos visitaron diversos pueblos en la periferia de la ciudad, para localizar en iglesias semiderruidas maravillosos *exvotos*, herencia de varias generaciones de artistas populares, que Breton comenzó a guardarse bajo el saco. Decía no sentir escrúpulos por ello, dada su antirreligiosi-

dad. Otro objeto de su codicia eran las figurillas prehispánicas que los campesinos les vendían por unas cuantas monedas. Y ambos sentían preferencia por las representaciones eróticas, una muestra de las cuales todavía puede verse en el museo Anahacalli erigido por el muralista.

ARTE Y SURREALISMO

De regreso a la ciudad de México, a mediados del mes de mayo, Breton hace la presentación en la premier de *Un perro andaluz* en el Palacio de Bellas Artes. El poeta Efraín Huerta le dedica un artículo pleno de ironía:

En fin, que los mármoles del Palacio, no mentimos, se cuarteaban de pavor, de asombro y piedad. ¿Qué va a pasar aquí, se preguntaban, con tanto señor, medio señor y señoras intelectuales? ¿Qué clase de bicho raro es ese perro del que tanto se habla? [...] Luego aparecen André Breton y su cabellera. Pronuncia varios lugares comunes sobre el surrealismo –¿por qué el surrealismo no había de tener también lugares comunes?– [...]

“Un filme sensacional”, esto es lo que piensa la gran mayoría del público que ha visto *Un perro andaluz*. ¿Qué podemos hacer para contradecir a estos adictos a la novedad, a cualquier novedad, aunque ésta lastime sus más lastimosas convicciones? Este público imbécil que califica de “maravilloso” y “poético” este filme, que es sólo una pasional invitación desesperada a perpetrar asesinatos...

Una película crispante, en suma, todavía aceptable, Salimos al mundo primaveral. En un prado de la Alameda Central, con las pupilas rotas y el desengaño a cuestras, un modesto perrillo racional ladra soezmente a la luna.

Huerta no fue el único en mostrarse escéptico sobre la importancia de la visita del surrealista; incluso la afirmación del visitante de que México era el país surrealista, fue vista con suspicacia, toda vez que la izquierda mexicana en ese momento tenía gran influencia de la URSS. Breton asiste a banquetes y ofrece entrevistas a los diarios, primero más o menos hostiles, pero unánimemente antisurrealistas después del escándalo de la proyección de *Un perro andaluz*, de Buñuel y Dalí.

Breton se sintió de inmediato identificado con el recio y jovial muralista Diego Rivera, pero sobre todo quedó prendado de Frida Kahlo.

La fecha más importante del periplo de Breton en nuestro país fue el 25 de junio, cuando se presentó en el Palacio de Bellas Artes para leer la ponencia “Perspectivas del surrealismo” y protagonizar una lectura de poesía junto con Xavier Villaurrutia, quien hizo la traducción.

ARTE, POLÍTICA Y TURISMO

Desde la década de 1920 Breton había preconizado que el surrealismo no sólo era un movimiento artístico, sino también político, pues pretendía acabar con el pensamiento burgués y “cambiar” al mundo. En consecuencia, había constraído a sus seguidores a que se afiliaran al Partido Comunista Francés. No obstante, a la muerte de Lenin y con el arribo de los Juicios de Moscú que permitieron a Stalin a desembarazarse de Trotsky, la situación había cambiado. El revolucionario ruso exilado en Noruega fue rescatado por Diego Rivera, quien consiguió que Lázaro Cárdenas le diera asilo e incluso enviara desde Michoacán un tren para conducirlo a la ciudad de México.

Una de las intenciones de la visita de Breton al país consistía precisamente en entrevistarse con Trotsky, en busca de conformar una Federación de Artistas Independientes europea, americana y latinoamericana. Trotsky mismo recibiría la visita de Breton con gran interés. Cada vez más ais-

lado, sabía que Breton tenía un valor estratégico como uno de los pocos intelectuales franceses que abiertamente lo había respaldado en todo momento. Al tanto de la cuestión, Rivera propició el encuentro entre ambos que resultó muy afortunado. Como después dijo Trotsky: “no podía ser sectario en asuntos ideológicos cuando los aliados eran tan difíciles de encontrar”.

Iniciaron así una serie de conversaciones, difíciles de conciliar, dada la limitada comprensión de cuestiones estéticas por parte de Trotsky y las carencias de Breton en asuntos políticos, pero la buena voluntad los hizo avanzar.

Para facilitar la conversación y dar gusto a los impulsos turísticos de Breton, dispusieron visitar en caravana distintos puntos de la geografía nacional. Los viajes se realizaban en varios coches, algunos de ellos ocupados por la escolta personal del revolucionario ruso. A nadie se le escapaba que la policía secreta soviética tenía órdenes de matarlos a él y a su familia. Incluso dos meses antes del arribo de Breton a México, su hijo, León Sedov, había sido asesinado en una clínica de París.

Durante los meses de junio y julio, Breton y Trotsky exploraron Toluca, Cuernavaca, Tenayuca y otros pueblos llenos de sabor mexicano e indígena. Visitaron el volcán Popocatepetl y subieron las pirámides de Xochicalco. Una noche, en un pueblito, Trotsky aprovechó la presencia de sus invitados para darse una rara licencia: ir al cine. A pesar de las amonestaciones de Rivera, Trotsky -en compañía de su esposa Natalia-, Breton, Jacqueline y una docena de guarda-



vi

Jacqueline Lamba, Diego Rivera, León Trotsky, André Bretón y un guardaespaldas de Trotsky en la ciudad de México, 1938. Fotografía de Manuel Álvarez Bravo. © Archivo Manuel Álvarez Bravo, S.C.

vii

André Bretón, Diego Rivera y León Trotsky en la ciudad de México, 1938. Fotografía de Manuel Álvarez Bravo. © Archivo Manuel Álvarez Bravo, S.C.

**viii**

André Bretón y León Trotsky de paseo por México, 1938. Fotografía de Fritz Bach.

ix

Diego Rivera, León Trotsky y André Bretón, en la ciudad de México, 1938 [detalle]. Fotografía de Manuel Álvarez Bravo. © Archivo Manuel Álvarez Bravo, S.C.

espaldas y sirvientes, vieron un *western* de tercera categoría con sumo placer.

Trotsky y Breton también dieron rienda suelta a su pasión por la naturaleza; hicieron caminatas por el campo, pescaron ajolotes, cazaron mariposas...

Fue todo muy feliz –recordó Jacqueline–. Ambos pescaban con las manos. Se quitaban los zapatos, se arremangaban los pantalones y caminaban en el agua, que las más de las veces estaba helada. Recuerdo sus conversaciones sobre la belleza de las mariposas. Fue una completa sorpresa para André, quien ciertamente no esperaba de Trotsky que estuviera interesado en las mariposas.

Por su parte, Breton se salió de sus casillas cuando Trotsky se refería a su perro favorito como su “amigo” y le preguntó a Breton si no le parecía que el animal tenía “una apariencia humana”. Desconcertado Breton comentó que llamar “amistoso” a un perro era tan disparatado como decir que un mosquito era “cruel” o un cangrejo “reaccionario”. Pero Trotsky se aferró a su posición, para concluir finalmente, con una risa, que sólo una tercera criatura, “mitad perro, mitad hombre” podía zanjar la cuestión. Breton siguió molesto por el incidente, y a su regreso a París le contó a Luis Buñuel: “¿Puedes creer que alguien como Trotsky pudiera decir una cosa tan estúpida? ¡Un perro no tiene apariencia humana! ¡Un perro tiene una apariencia de perro!”

Dispuestos a aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba a Breton en el país, los líderes de ambos movimien-

Durante los meses de junio y julio, Breton y Trotsky exploraron Toluca, Cuernavaca, Tenayuca y otros pueblos llenos de sabor mexicano e indígena.

Desde luego, no fue una relación idílica, y la ira de Trotsky explotó finalmente, en el curso de un viaje a Guadalajara. Los detalles de la discusión nunca se han revelado, pero el hecho es que, en medio del trayecto, el auto de Trotsky se detuvo abruptamente y de él descendió confundido y disgustado Breton, que fue a reunirse al vehículo que conducía a Frida y Jacqueline. Durante los días que permanecieron en Guadalajara no se reunieron una sola vez.

tos hubieron de reconsiderar su situación y decidieron reunirse en Pátzcuaro para producir un manifiesto, mediante el cual llamarían a artistas e intelectuales de todo el mundo a fundar asociaciones bajo el rubro de “arte independiente y revolucionario”. Rivera se unió al proyecto y se dirigieron a Michoacán para desarrollar una serie de conversaciones sobre arte y política. Sin embargo, los conflictos resurgieron cuando la discusión se centró sobre la

sociedad del futuro. Breton sostenía que ni siquiera una sociedad sin clases sería capaz de eliminar los conflictos, tesis que Trotski se negó a aceptar, afirmando en cambio que en la sociedad del futuro el arte simplemente desaparecería y no habría nadie que quisiera pintar un pedazo de tela. Las *Conversaciones de Pátzcuaro* no siguieron adelante después de la primera noche, pues los conflictos ideológicos prosiguieron y, además, Breton enfermó de laringitis y hubo que regresar a la ciudad de México.

Para zanjar la cuestión, el secretario de Trotski, que había asistido a las discusiones y había tomado notas, produjo un borrador, que fue corregido y aumentado por Breton y luego por Trotski hasta adoptar su forma definitiva. A última hora el líder ruso decidió no firmar el documento y sugirió que fuera Diego Rivera quien lo avalara.

REGRESO

Deslumbrados por sus experiencias en México, los Breton regresaron a Europa. Sus maletas iban repletas de máscaras, cerámica, barrocos marcos ornamentales, muñecas, silbatos, *exvotos*, calaveras de azúcar, cajas de madera y otros ejemplos del arte popular mexicano.

La situación política había cambiado radicalmente. La guerra civil española se inclinaba irremisiblemente en favor de Franco; en tanto Hitler, en poder de Austria, se preparaba para invadir Polonia. Breton comenzó a convencer a otros artistas de su círculo parisino para que se unieran

con él en México. Dedicó el último número de su revista surrealista, *Minotauro*, de 1939, al arte que encontró ahí, la llenó de reproducciones de obras de Kahlo, Rivera y Álvarez Bravo y no paraba de decir que México era el país donde “la realidad había superado el esplendor sobre el arte y política prometido por los sueños”.

A mediados de 1940, Leonora Carrington, Remedios Varo, José y Kati Horna, Wolfgang Paalen y Alice Rahon ya habían seguido el ejemplo de Breton y entablado relaciones con artistas locales como Lola Álvarez Bravo y Gunther Gerzso, quien ya había incorporado imágenes de ensueño en sus lienzos.

Al llegar a México el surrealismo adquirió nuevo vigor y los artistas mexicanos ampliaron su lugar en el mundo. Puede decirse que esto ocurrió en particular con la Exposición Internacional del Surrealismo que abrió en la Galería de Arte Mexicano, dirigida por Inés Amor, en 1940, organizada por el austriaco Wolfgang Paalen, que reunió el trabajo de surrealistas europeos y mexicanos (Dalí, Ernst, Rivera, Varo, Manuel Álvarez Bravo, Jean Harp, Rene Magritte y más) y dio a conocer una de las pinturas más importantes de Frida Kahlo, su obra de 1939, *Las dos Fridas*.

En suma, si bien es discutible catalogar a un país como surrealista (o expresionista, cubista, etc.), lo cierto es que la visita de Breton a México, la difusión que hizo sobre el país en los círculos sociales que frecuentaba y su recomendación a los artistas plásticos de visitar el país en momentos álgidos de la conflagración bélica mundial, contribuyeron a fortalecer a esta corriente artística, una de las más importantes de la vanguardia mexicana.



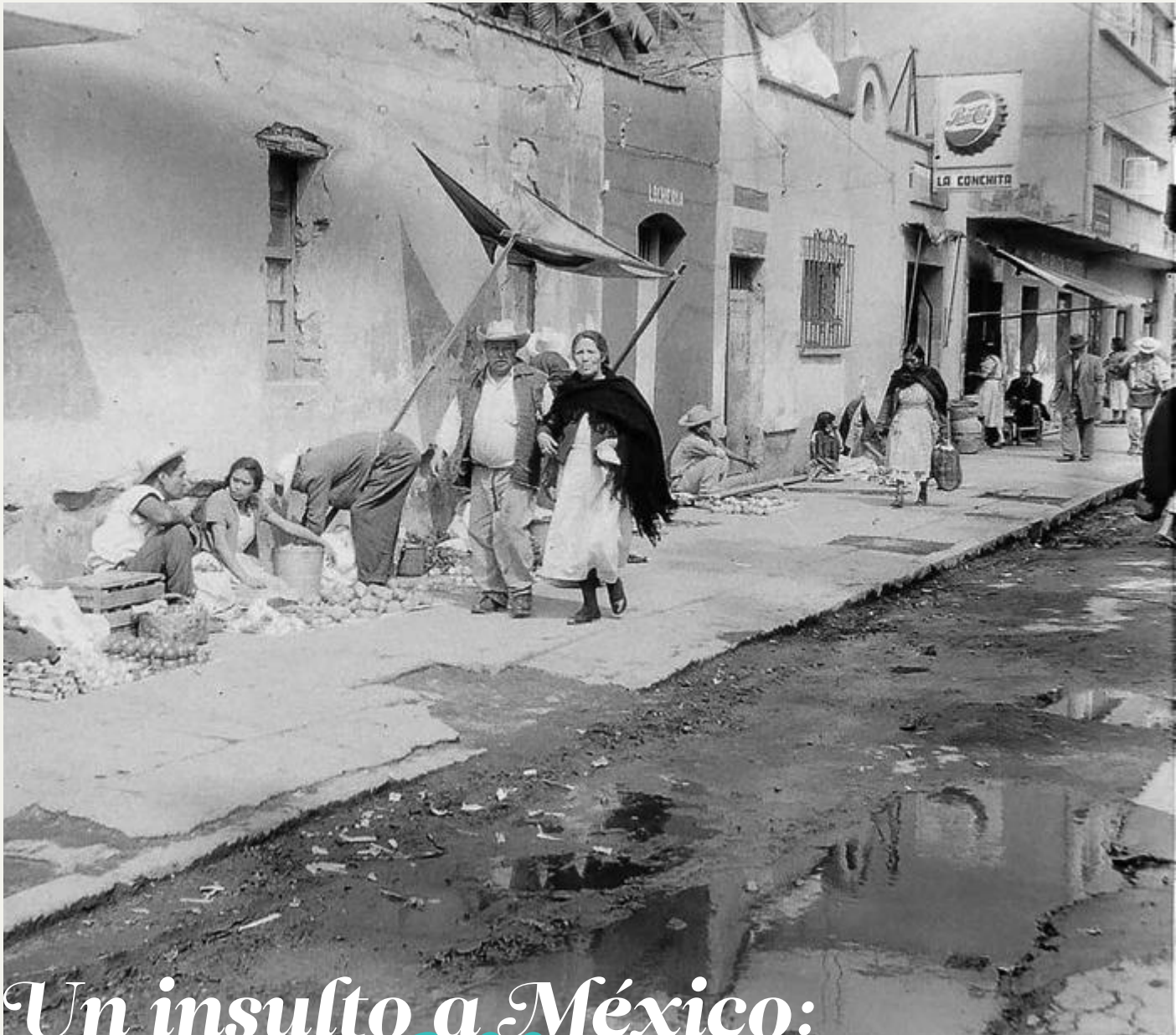
PARA SABER MÁS

BRADU, FABIENNE, *André Breton en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012.

POLIZZOTTI, MARK, *Revolución de la mente. La vida de André Breton*, México, Fondo de Cultura Económica/Turner, 2009.

MARÍA DEL CARMEN COLLADO
Instituto Mora

48



Un insulto a México:
**Los hijos
de Sánchez**

Una obra que es un hito en el análisis de la pobreza en el país es el libro del antropólogo estadounidense Oscar Lewis, que vino a romper la mirada edulcorada que se tenía sobre el denominado “milagro mexicano” de mediados de la década de 1960. Los intentos por acallarla terminaron cuando la Procuraduría General de la República negó que allí hubiese delitos de difamación, perturbación de la paz o ataque a la soberanía.

Un gran alboroto sacudió a la opinión pública a principios de 1965 por la publicación de un libro sobre la pobreza urbana en la ciudad de México: *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana*. Se trataba de la segunda edición de un texto cuya primera tirada se había agotado rápidamente. En medio de la autocomplacencia sobre el supuesto progreso del país durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, la obra cayó como una tormenta en un día soleado. México se preparaba para ser la sede de los Juegos Olímpicos de 1968, y esta distinción era presentada por el *establishment* como un reconocimiento a su desarrollo económico y sus avances sociales. Por ello, un escrito centrado en la pobreza de buena parte de la población urbana de la capital era inaceptable, se le consideró antimexicano y fue todavía más humillante que proviniese de la pluma de un extranjero.

La obra en cuestión, que fue escrita por el antropólogo estadounidense Oscar Lewis, contradecía al llamado “milagro mexicano”, el cual suponía que, dado el crecimiento sostenido de la economía por más de dos décadas, México ingre-

saría pronto al selecto grupo de los países desarrollados. La historia de la familia Sánchez –un apellido usado para resguardar su identidad–, que padecía las limitaciones económicas y psicológicas de la pobreza, constituía una imagen adversa que muchos mexicanos evadían, especialmente el gobierno, los medios de comunicación y sus prosélitos. No faltó quien dijera que lo publicado era una invención.

La guerra fría fue el ambiente en el cual afloró esta polémica. Un periodo en el cual se confrontaban el socialismo y el capitalismo alrededor de dos bloques, el oriental, bajo la égida soviética, y el occidental, liderado por Estados Unidos. México estaba alineado con los países capitalistas e, inmerso en la lógica bipolar, se aferraba al nacionalismo para mantener su identidad y defenderse del avance del socialismo en la región, encarnado en Cuba y en las guerrillas de Venezuela y Colombia. El nacionalismo de estos años tenía una fuerte carga xenofóbica; se veía con desconfianza lo que viniera de fuera, sin importar de qué bloque proviniese, pero el pensamiento socialista era rechazado, especialmente por considerarlo

i
Escenas de vendedores ambulantes en colonias populares de la ciudad de México, ca. 1955. Archivo General de la Nación, fondo EDDG, 89/1.

ii
Bernard Gotfryd, Óscar Lewis, retrato, ca. 1970. Library of Congress, Estados Unidos.



una ideología “exótica”, peligrosa, algo foráneo e inadmisiblemente, entre otras cosas, por su internacionalismo. México se sentía amenazado por igual tanto por el espionaje soviético de la KGB como por el ejercido por Estados Unidos a través de la CIA y el FBI. En este contexto, el grupo en el poder fomentaba los valores tradicionales relacionados con la familia, el amor a la patria, el respeto a las jerarquías y lo que ellos definían como “decencia” y “moralidad”, y todo lo que rompiera con esta visión era amenazante. Los más conservadores intentaban controlar el cuerpo de las personas, en especial el de los jóvenes, diciéndoles cómo era decoroso vestirse, bailar, qué filmes podían ver, cómo debían relacionarse con el sexo opuesto, no veían bien al rocanrol en inglés –por sus letras atrevidas–, y consideraban la homosexualidad como una enfermedad, una desviación que debía corregirse.

La intolerancia a la crítica, propia del autoritarismo, marcó al gobierno de Díaz Ordaz y tuvo manifestaciones extremas en las represiones a la movilización de los médicos de 1964-1965 y en la masacre de Tlatelolco el 2 de octubre de 1968 para avasallar al movimiento estudiantil, al tiempo que se persiguió a los considerados comunistas. Este clima intransigente, preñado de anticomunismo, no fue propicio para que se aceptara el análisis de un extranjero como Lewis, cuya obra fue publicada por el Fondo de Cultura Económica (FCE), la editorial más emblemática e importante del Estado, dirigida por Arnaldo Orfila Reynal, un intelectual progresista nacido en Argentina. Tanto el antropólogo como el editor, además de ser extranjeros, simpatizaban con las ideas socialistas, consideradas peligrosas por el gobierno, y ello aumentaba el rechazo a *Los hijos de Sánchez*.

Oscar Lewis era un académico dedicado al estudio de la transición del campo a la ciudad. La importancia que cobró la pobreza urbana lo llevó a indagar las consecuencias psicológicas que esta condición generaba. El estadounidense se consideraba un materialista etnográfico y bautizó la metodología que desarrolló con su esposa Ruth Marlow como “realismo etnográfico”. Se trataba de un enfoque interdisciplinario que utilizaba el análisis etnográfico, psicológico y sociológico para comprender los



aspectos culturales asociados a la pobreza. También tomó a la familia como el eje de su trabajo investigativo y grabó las entrevistas de sus informantes en cinta magnetofónica a partir de 1956, lo cual fue toda una innovación en el trabajo de campo antropológico. Esto le permitió que, al momento de publicar sus estudios, pudiera utilizar la voz de sus sujetos de estudio, facilitando la transmisión de los aspectos psicológicos de su vida.

La metodología de Lewis integraba test psicológicos, entrevistas a profundidad, exámenes físicos y observaciones sobre la vivienda. Aseguraba que aquella le permitía acceder a áreas de la personalidad individual que habían sido descuidadas por la antropología y utilizó un grupo numeroso de estudiantes, antropólogos, sociólogos, psicólogos y asistentes para hacer su trabajo.

Oscar Lewis era un académico dedicado al estudio de la transición del campo a la ciudad. La importancia que cobró la pobreza urbana lo llevó a indagar las consecuencias psicológicas que esta condición generaba.

Su primer libro –donde ya había abandonado el enfoque romántico sobre los campesinos y abordado las resistencias al cambio entre los pobres urbanos y rurales– se refirió a la vida campesina en Tepoztlán, Morelos, y fue publicado en 1951 bajo el título *Life in a Mexican village. Tepoztlán restudied*. Siguió explorando esta temática y editó, en 1961, *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, en donde adoptó la biografía familiar como eje temático. Entonces acuñó el término “cultura de la pobreza” para referirse a las resistencias al cambio y a los rasgos asociados a las carencias económicas.

Cuando realizaba esta investigación se topó con la familia Sánchez, con don Jesús y sus dos hijas y dos hijos, quienes eran el tipo de informantes que buscaba. En sus vidas encontró los rasgos principales de la “clase baja mexicana”. Dividió su obra en una introducción, escrita por él, y cuatro partes y un epílogo; la primera y el último corresponden al testimonio de Jesús, el padre de familia, y las otras tres partes se dedican a los relatos de sus cuatro hijos: Manuel, Roberto, Consuelo y Marta. El libro se apoya fundamentalmente en los testimonios de la familia, tanto los grabados como los provenientes del diario de campo de Lewis. El autor se preocupó porque se diera al texto una estructura dramática. Está narrado en primera persona, utilizando la técnica narrativa de la autobiografía, y gracias a la confianza que construyó el antropólogo con sus informantes, éstos le con-



taron múltiples aspectos y detalles de su vida cotidiana, de manera que el libro utiliza un lenguaje más cercano a la literatura y se aleja del árido estilo académico.

En cuanto *Los hijos de Sánchez* se publicó en inglés, francés y español se convirtió en un éxito de librería. Lewis logró que su obra rebasara el ámbito universitario y llegara a un público muy amplio, lo que vio como una forma de denunciar la pobreza. En 1961, la edición inglesa fue colocada entre los diez libros más influyentes de la década por la revista *Time*; en tanto que, en Francia, recibió el premio al mejor libro extranjero en 1963. En México, como dijimos, la primera edición se agotó a gran velocidad en 1964, y cuando salió la segunda, en 1965, se armó todo un revuelo mediático.

El lenguaje abierto y sin tapujos utilizado por los Sánchez describió los aspectos más íntimos de su vida y evidenció el maltrato físico y emocional que sufrieron los hijos de don Jesús por parte de su padre y, en el caso de las mujeres, además, por parte de sus parejas. El registro lingüístico utilizado confundió a algu-

51



iii
Interior de una vecindad en el centro de la ciudad de México, ca. 1960. Archivo General de la Nación, fondo HMCN/2535 A.

iv
Niños al interior de una vecindad en el centro de la ciudad de México, ca. 1960. Archivo General de la Nación, fondo HMCN/2535 A.

v
Interior de una vecindad en la colonia Morelos, ca. 1976. Archivo General de la Nación, fondo HMCN/2537/2/A.

nos de los críticos que no sabían si tratar a la obra como literatura o como un texto científico. En la biografía colectiva de los Sánchez se apreciaba la violencia imperante contra las mujeres y los hijos, la violencia entre pandillas en la vecindad, la insalubridad, el hacinamiento, las privaciones económicas, la utilización de palabras vulgares en el habla cotidiana, el ejercicio de una religiosidad popular –alejada de la jerarquía católica–, la falta de apego al matrimonio y la manera como se ejercía la sexualidad. Todo esto resultó muy escandaloso para

promesa de acabar con la pobreza, lo que irritó sobremanera a la familia revolucionaria y a sus seguidores. Rafael Solana, escritor de la revista *Siempre!*, publicó una de las primeras críticas al libro. Señaló que éste dañaba la imagen internacional del país, que Lewis había traicionado a la nación que le brindó hospitalidad y que había elegido una familia abyecta que no utilizaba el lenguaje usual de los mexicanos, con lo cual denigraba a quienes le habían abierto las puertas. También acusó al antropólogo de influir en sus informantes –dos de los cuales emigraron al

Lewis señaló que la revolución mexicana no había cumplido con su promesa de acabar con la pobreza y esto irritó sobremanera a la familia revolucionaria y sus seguidores.

las “buenas conciencias”, quienes no dudaron en tachar al libro de pornográfico y de asegurar que dicha familia no existía, que Lewis había desfigurado su información para vender más libros. Para los defensores del ideal de familia tradicional, los Sánchez no eran una verdadera familia mexicana, pues no se regía por los valores morales que ellos le atribuían.

En la introducción, Lewis señala que la revolución mexicana no había cumplido con su

norte como braceros– para que declararan su admiración por Estados Unidos porque el nivel de vida era mejor que en México.

El presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (SMGE), Luis Cataño Morlet, quien también fungía como juez del Tribunal Supremo de Justicia del Distrito Federal, retomó estas críticas en una sesión a la cual asistió el presidente Díaz Ordaz en febrero de 1965. Los miembros de esta organización deci-



vi

Lavaderos al interior de una vecindad en el centro de la ciudad de México, ca. 1960. Archivo General de la Nación, fondo HMCN/2535 A.

vii

Escaleras y pasillos al interior de una vecindad en el centro de la ciudad de México, ca. 1960. Archivo General de la Nación, fondo HMCN/2535 A.





dieron demandar judicialmente a Lewis por haber escrito un “libro obsceno y denigrante para nuestra patria”, el cual violaba la Ley de Imprenta y había incurrido en el delito de “disolución social”, la acusación preferida para encarcelar a los presos políticos. En la demanda se enfatizaba el lenguaje soez y obsceno utilizado por el autor, las “escenas impúdicas” que describía y las “opiniones calumniosas, difamatorias y denigrantes contra el pueblo y el gobierno de México”.

A partir de esta denuncia la polémica se apoderó de los medios. *El Nacional* desempeñó un papel importante como portavoz del gobierno. Ahí se expresaron algunas de las críticas más virulentas; acusaron al texto de soez, pornográfico, vulgar, un atentado contra la decencia, escrito por un extranjero que buscaba socavar la política independiente del país frente a Estados Unidos. Andrés Heneñosa, quien también escribía en ese periódico, se distanció de los críticos y subrayó que lo que había molestado no era que se describiera la pobreza, sino que lo hiciera alguien de fuera.

La Alianza de Izquierda Revolucionaria de la Escuela de Economía de la UNAM organizó una conferencia sobre *Los hijos de Sánchez* en marzo de 1965. Cataño Morlet defendió su denuncia contra Lewis, a quien acusó de ser agente del FBI. Ante la rechifla generalizada del auditorio, señaló que quienes lo criticaban defendían la intervención estadounidense en la guerra de Vietnam. Por su

parte, Ricardo Pozas Arciniega, Rosario Castellanos y Francisco López Cámara defendieron la obra, la libertad de expresión y denunciaron a las “nuevas inquisiciones”. López Cámara se refirió al libro como “un gran documento humano” y reprodujo la entrevista que grabó la noche anterior con Manuel Sánchez, quien lo buscó para decirle que todo el material del libro era verídico, que la familia no era culpable de la situación en que vivían y hacía un llamado a las autoridades para que acabaran con “el sistema de vida que llevan los de abajo”.

En la sección cultural de la revista *Siempre!* y en el periódico *El Día* se expresaron la mayoría de los defensores de la obra. El grueso de los periodistas criticó la postura de la SMGE por violar la libertad de expresión. Los escritores Fernando Benítez y Alberto Domingo defendieron al libro porque describía una situación lacerante, la pobreza en la que vivían muchos mexicanos y que, al decir de Benítez, algunos no querían ver utilizando unos gruesos lentes oscuros, como los del líder eterno de la CTM, Fidel Velázquez. Domingo señaló que lo que buscaban las críticas era debilitar al FCE por su postura progresista y utilizaban la “yancofobia” y el anticomunismo como medio para lograrlo; también denunció la persecución de la prensa amarillista contra la familia que se había visto obligada a salir del anonimato para defender la veracidad de sus palabras.

La Procuraduría General de la República falló en

contra de la demanda el 6 de abril de 1965. Compareció Arnaldo Orfila, diciendo que la obra no hacía apología de delitos ni de vicios, que los informantes no ofendían al país con sus dichos, que la discusión sobre la obscenidad era algo que llevaba siglos debatiéndose y que, por unos cuantos párrafos, no podía tacharse al libro de indecente. La procuraduría señaló que la obra no perturbaba la paz ni afectaba la soberanía nacional, tampoco ultrajaba la moral y las buenas costumbres, y que no existía el delito de difamación.

Tras el fallo judicial la tranquilidad fue retornando a la opinión pública, pero persistió el resabio nacionalista, xenófobo y anticomunista, el cual se manifestó al pedir a Orfila que renunciara a la dirección de la editorial por indicación del secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, integrante de la junta de gobierno del FCE, el 6 de noviembre de 1965. No se podía tolerar que esta casa de publica-

ciones fuese dirigida por un extranjero de izquierdas en un régimen abiertamente anticomunista. En respuesta a este desprecio, un grupo de intelectuales hizo donaciones para fundar una nueva editorial privada: Siglo XXI, que sería dirigida por Orfila Reynal hasta su muerte. Años después de este escándalo, en 1980, como un reconocimiento a su labor, se le confirió la condecoración del Águila Azteca, máxima presea que otorga el gobierno mexicano a un extranjero.

Las palabras usadas para descalificar a Lewis, e indirectamente a Orfila, describen muy bien el perfil de una derecha intolerante inserta en el gobierno de Díaz Ordaz. Vocablos como “limpieza”, “patria”, “cruzada nacional”, “moral”, “pornográfico”, “indecente”, “licencioso”, “obsce- no”, “soez”, “impúdico”, exhiben su perfil cuasi religioso que se amalgamaba con el nacionalismo xenofóbico y anticomunista que privó en la década de 1960.

La procuraduría señaló que la obra no perturbaba la paz ni afectaba la soberanía nacional, tampoco ultrajaba la moral y las buenas costumbres, y que no existía el delito de difamación.

viii

Vendedores ambulantes en colonias populares de la ciudad de México, ca. 1955. Archivo General de la Nación, fondo EDDG, 89/1.

ix

Niños en un pozo de agua al interior de una vecindad en el centro de la ciudad de México, ca. 1970. Archivo General de la Nación, fondo HMCN/2535 A.



PARA SABER MÁS

COLLADO, MARÍA DEL CARMEN, “Los hijos de Sánchez: xenofobia y nacionalismo”, *The Latin Americanist*, 2017, en <https://cutt.ly/yN-M6fU6>

LOMNITZ, CLAUDIO, “Prólogo”, en Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana. Una muerte en la familia Sánchez*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012, pp. 9-24.

PÉREZ ROSALES, LAURA, “Emociones, razones y tribunales. El caso de *Los Hijos de Sánchez* y Arnaldo Orfila” en Jane Dale Lloyd e Ilán Semo (coords.), *Aproximaciones a la arqueología de las emociones*, México, Universidad Iberoamericana, 2018, pp. 325-378.

ÁNGELA LEÓN GARDUÑO
Centro de Investigación en Ciencias Sociales
y Humanidades-UAEM

56

Privilegio y exclusión: el abastecimiento de agua en Toluca

El suministro de agua es un privilegio que beneficia a unos pocos, especialmente con poder económico, sobre unas mayorías excluidas y obligadas a exigirlo. Ocurrió desde el siglo XVI y continúa hasta nuestros días.

57

La compra de agua embotellada se ha convertido en una práctica habitual entre los mexicanos. De acuerdo con la OMS y la UNESCO, actualmente se consumen 273 litros anuales per cápita, lo que ha convertido a México en el mayor consumidor a nivel mundial. Las razones sobran. Nuestro país no cuenta con la infraestructura adecuada para asegurar el abasto de agua a toda la población. Aunado a ello, el problema de saneamiento suele generar cortes en el suministro y un deterioro de las tuberías que daña la calidad del líquido. Ante la incapacidad del Estado para garantizar el derecho al agua potable, las familias optan por almacenarla en grandes depósitos que se contaminan con facilidad. En el caso de los hogares que sí cuentan con su abastecimiento regular, la mayoría decide no beberla directamente de la llave porque temen que sea insalubre. En su lugar, muchos hierven el agua o adquieren filtros domésticos para purificarla. Mientras que otros millones se han convertido en fieles consumidores del líquido que es envasado por empresas transnacionales y purificadoras locales. Sin embargo, el problema del abastecimiento de agua para consumo humano no es nuevo. De hecho, tiene profundas raíces en el pasado.

DEL MANANTIAL AL CONVENTO

En 1624, fray Antonio Vásquez de Espinosa expresó que en la villa de Toluca del Marquesado del Valle se hacían los mejores jamones y tocinos de Nueva España, así como gran cantidad de jabón. La villa era pequeña. Apenas tenía 200 vecinos españoles y, en conjunto, un número más alto de indios, mestizos, mulatos y negros que vivían en los pueblos y barrios aledaños a la cabecera. Además de ser conocida por sus embutidos,

Toluca era famosa porque su clima, tipo de suelo e hidrología favorecían la crianza de ganado mayor y menor y la siembra abundante de maíz. Este hecho propició que hacia 1660 su población fuera creciendo, hasta llegar a los 5 000 habitantes a finales del siglo XVIII y a casi 9 900 durante la segunda mitad del XIX.

Desde su fundación, en la década de 1560, la población buscó la manera de obtener agua



i

A quiet little lake in the Alameda (park) of Toluca, Mexico, fotografía estereoscópica, ca. 1919. Library of Congress, Estados Unidos.

ii

Claudio Linati, *Costumes mexicains. Aguador, porteur d'eau*, litografía a color, ca. 1828. Colección particular.



iii

Miguel Mata Reyes, *El aguador o tortugo en la alameda*, óleo sobre tela, ca. 1850, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura- INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

iv

Abel Briquet, *Vistas mexicanas*, 86. *Toluca Alameda, Toluca Park*, ca. 1890. DeGolyer Library, Southern Methodist University, Flickr Commons.



para la explotación agrícola-ganadera y la realización de otras labores productivas y domésticas. En un inicio, las lluvias abundantes y la poca profundidad de las aguas del subsuelo bastaron para que se abasteciera directamente del río Verdiguél –que corría por la zona norte de la villa–, así como de manantiales, ojos de agua temporales y, sobre todo, de pozos cercanos a los brotes de agua. Sin embargo, a medida que el número

de habitantes creció fue necesario diseñar un suministro basado en acueductos, cajas, fuentes y alcantarillas que permitieran conducir y recolectar el agua dulce. En ese entonces, el río ya comenzaba a contaminarse debido a la cría de cerdos y a la presencia de obreros choriceros, molinos, tenerías y jabonerías que arrojaban sus desechos al caudal. Además, se creía que los pozos contenían salitre nocivo para la salud.

A partir de la segunda mitad del siglo xvi los ayuntamientos de las principales ciudades intervinieron en el manejo y abasto del agua.

como Puebla, Valladolid o la ciudad de México, a partir de la segunda mitad del siglo xvi los ayuntamientos de las principales ciudades intervinieron en el manejo y abasto del líquido. Ello permitió que un porcentaje de los habitantes pudiera gozar de mercedes de agua particulares para uso doméstico o comercial. En el caso de Toluca, su organización político-jurisdiccional influyó notablemente en la manera en que se concibió la pro-

pedad, concesión y suministro del agua.

Al formar parte del Marquesado del Valle, su población española tenía prohibido elevar el asentamiento urbano a categoría de ciudad e integrar un ayuntamiento. Esto influyó en que sus habitantes no pudieran recibir agua en sus hogares, pues se otorgaron las mercedes a estancieros y ganaderos. Como resultado, la autoridad civil nombrada por el marquesado delegó la responsabilidad del abasto público a dos comunidades de religiosos, los franciscanos y los carmelitas, a

Aunque el problema de abastecimiento era común en otros asentamientos de la época,



v
Cruces y Campa, *Aguador*, fotografía en Eugenio Courret, *Types d'Amérique du Sud*, 1863-1880. Gallica, Biblioteca Nacional de Francia.

vi
Patente de aguador en Toluca, 1884, Archivo Histórico Municipal de Toluca, sección especial, caja 19, exp. 95.

quienes dio mercedes a cambio de garantizar el servicio. A su vez, el derecho sobre el agua, de la cual no eran propietarios, los facultó para otorgar licencias y permisos temporales a particulares, quienes no podrían disputarles el control.

Este no era un hecho casual. Desde el inicio de la época virreinal, las instituciones religiosas se habían encargado de realizar tareas públicas imprescindibles para mantener el orden social, entre ellas el diseño de proyectos para llevar agua a la población. Aunado a ello, los espacios conventuales requerían del recurso para alimentar a sus

animales y regar sus huertas y hortalizas. El resto, los llamados sobrantes, debía ser distribuido gratuitamente al público a través de derrames, alcantarillas y fuentes. En la villa de Toluca esta labor fue encomendada al convento franciscano de Nuestra Señora de la Asunción (1592). Y, muchos años después, al convento de La Purísima Concepción de los Carmelitas Descalzos (1698).

El convento franciscano se ubicaba al interior del casco urbano y se abastecía de un manantial localizado al poniente de la ciudad. El agua era conducida a través de un acueducto cerrado y subterráneo que recorría alrededor de cinco kilómetros desde su origen, en lo que después sería la hacienda de La Pila. Una vez en el recinto, su abastecimiento se garantizó mediante la construcción de pilas y fuentes que se comunicaban con el derrame principal. Todas ellas fueron colocadas muy cerca del asentamiento español. En el caso del convento carmelita, este se surtía con los derrames de un manantial que concluía su trayecto en el río Verdiguél. Para ayudar con la distribución de agua, los carmelitas construyeron una sola pila desde la cual abastecían a los habitantes de la zona norte, la población de los barrios marginados.

A pesar de que los religiosos estaban comprometidos con su labor y buscaban el bien público, razón por la cual se negaron a otorgar licencias particulares, ninguno de los conventos podía garantizar la provisión de agua potable a toda la población. El problema se hallaba en las condiciones de su infraestructura hidráulica y en su ubicación. La cañería de barro que conducía el agua desde sus edificios se dañaba constantemente. Las pilas y fuentes eran insuficientes y no se abastecían con regularidad. Además, se localizaban muy cerca del convento o de la plaza central, donde sólo los más pudientes podían utilizarlas. En consecuencia, los vecinos de las periferias solían recurrir al acarreo de las aguas sucias del río y de los pozos, optaban por romper las cañerías que alimentaban al convento carmelita o se aventuraban a robar el líquido de los puntos abiertos del acueducto.

ENTRE LA HIGIENE Y LAS INMUNDICIAS

A mediados del siglo XVIII, el desarrollo del urbanismo ilustrado dio pauta para reformar el orden del espacio e implementar medidas de salubridad pública y embellecimiento de las ciudades. Aunque no hubo un cambio drástico en

61

los hábitos higiénicos, pues su evolución fue paulatina, sí se transformó la percepción respecto a la importancia del agua y el aire, pues se les consideró portadores de elementos nocivos y patógenos cuando entraban en contacto con las inmundicias. Conforme el agua limpia se convirtió en una necesidad colectiva, las autoridades civiles se dieron a la tarea de implementar mecanismos que permitieran encauzar los desechos y las aguas sucias fuera de los centros urbanos. Algunas de estas medidas consistieron en empedrar y alumbrar calles, restaurar los jardines, recoger la basura, así como construir atarjeas y fuentes públicas.

Aunque la villa de Toluca no contaba con un ayuntamiento encargado de realizar estas labores, sus autoridades civiles y religiosas buscaron la manera de prevenir el consumo de aguas sucias y de mejorar el sistema de abastecimiento de agua. Así, los franciscanos alertaron sobre la contaminación del río Verdigué, que ya entonces se había agravado por la presencia de tenerías, tocinerías y curtidurías, el descenso de basuras de la plaza pública, el paso de animales que dejaban sus excrementos, el lavado de ropa y hasta el desagüe de las letrinas del convento carmelita. Después de plantear la posibilidad de convertir el río en desagüe de la ciudad, los religiosos proyectaron la construcción de cinco pilas con las cuales pretendían cubrir la necesidad de agua de los barrios, plazas y comercios. En 1785 todas ellas fueron colocadas en los puntos donde corría el líquido antes de su entrada al convento.

En cuanto a las autoridades civiles, si bien la villa de Toluca continuaba bajo jurisdicción del marquesado, en 1791 recibieron la instrucción del virrey Revillagigedo de promover medidas para garantizar la limpieza del agua y el aire. Estas consistieron en evitar el estancamiento de aguas, conducir los desechos de las casas



mediante caños subterráneos y abrir zanjas inclinadas para el descenso de desperdicios. A pesar de ello, las disposiciones para abastecer de agua dulce a la población continuaron siendo insuficientes. En un intento por mejorar esta dificultad, a inicios del siglo XIX las autoridades civiles construyeron un sistema de alcantarillado diseñado para almacenar el agua del manantial de La Pila y distribuirla en diferentes puntos de la ciudad. Además, ordenaron la reparación de ca-

Las cuentas municipales eran tan limitadas que los individuos continuaron ofreciéndose a financiar la construcción de sus propias fuentes.

ñerías y la edificación de nuevas fuentes. Con el avance del liberalismo llegarían nuevas problemáticas y oportunidades para la ciudad.

PROPIEDAD Y CONCESIÓN

Al jurarse en Nueva España la Constitución de Cádiz de 1812, las autoridades abrieron la vía para que todos los pueblos contaran con ayuntamiento. Como primer órgano del gobierno local, el municipio tendría a su mando un amplio rango de actividades. Entre ellas, regular el precio y abastecimiento de alimentos, mantener la limpieza de las ciudades y garantizar la provisión de agua.

A nivel local, la legislación permitió que en el mismo año de 1812 la villa de Toluca adquiriera el título de ciudad y formara un ayuntamiento que alcanzó su carácter definitivo hasta 1825, una vez declarada la independencia de México. A partir de entonces, la instancia municipal obtuvo el control legal sobre el agua y sus concesiones. No obstante, este cambio suscitó una serie de disputas por la propiedad y abastecimiento del recurso. Naturalmente, las querellas fueron promovidas por los frailes franciscanos, quienes defendían su derecho tradicional de administrar las fuentes públicas y surtir el líquido.

La disputa implicó discutir dónde se ubicarían las fuentes, quiénes concederían las mercedes de agua, qué autoridad vigilaría el abastecimiento público, cómo se mediría la cantidad de agua a repartir, quién repararía las cañerías o con qué legitimidad podrían reclamar el suministro del líquido a sus principales proveedores –los dueños de la hacienda de La Pila–. Además, mientras los religiosos consideraban haber defendido el agua como un bien público, acusaban al Ayuntamiento de querer beneficiar a unos cuantos vecinos y lucrarse con la concesión de licencias para aumentar las finanzas municipales.

Estos conflictos estuvieron acompañados de un interés creciente de los particulares por obtener licencias. Aunque ya entonces conocían la importancia higiénica de conducir el

agua hasta sus hogares, la mayoría de los mercedados pretendía utilizar el recurso en beneficio de sus negocios y comercios. Con el fin de lograr su cometido, los solicitantes se comprometían a financiar la construcción de fuentes para uso público. Estas debían ser colocadas en los patios centrales de sus casas y mantenerse limpias. Su obligación como beneficiarios era permitir que el vecindario ingresara para surtir de agua.

A partir de la década de 1830, cuando Toluca fue nombrada capital del Estado de México, los dueños de casas y comercios ubicados en el corazón de la ciudad solicitaron cada vez más licencias de agua para uso privado. Pero, dado que la cantidad de mercedes concedidas era mínima respecto a otros centros urbanos, el convento franciscano continuó fungiendo como abastecedor. Mientras tanto, el Ayuntamiento luchaba por ordenar y otorgar los permisos legales, pues la mayoría de los vecinos no sabía a qué instancia dirigirse para solicitarlos y ello generaba confusión.

EL AGUA COMO SERVICIO

Al iniciar la década de 1850 el crecimiento de la ciudad fue ampliando la necesidad de extender el sistema de distribución. No sólo había aumentado la población, sino que los comerciantes demandaban el líquido para impulsar sus negocios. Quizá por ello, y atestiguando la decadencia del convento, los particulares finalmente reconocieron la autoridad del Ayuntamiento como proveedor. Fue entonces que los religiosos aceptaron compartir su función y, sobre todo, solicitar la autorización del organismo local para otorgar licencias. En ese sentido, la aprobación de la Ley Lerdo del 25 de junio de 1856 –bajo la cual el gobierno federal ordenó subastar los bienes de la Iglesia y las corporaciones civiles– no determinó la plena administración del municipio sobre el abasto del agua, pero sí fortaleció su poder.

En poco tiempo, la adjudicación de mercedes a particulares aumentó de quince beneficiados en 1849, a 77 en 1864. La mayoría para uso





productivo, pues los solicitantes eran dueños de tocinerías, tenerías, panaderías, molinos, zahúrdas, mesones, huertas, baños y lavaderos. En cuanto al abastecimiento público, el Ayuntamiento se ocupó de construir y dar mantenimiento a las 21 fuentes de la ciudad, reparar las cañerías, atender las demandas de la población y resolver las querellas con los propietarios del manantial.

La relación del Ayuntamiento con los particulares fue cada vez más estrecha, aunque no necesariamente cordial. En un inicio, las cuentas municipales eran tan limitadas que los individuos continuaron ofreciéndose a financiar la construcción de sus propias fuentes. No obstante, la intervención del gobierno estatal cambió la relación entre las autoridades locales y la población, así como la visión sobre el acceso al agua.

ii

Casimiro Castro, *La fuente del salto del agua*, litografía a color en México y sus alrededores, México, Imprenta de Debray, 1869. The New York Public Library.

En 1861, el gobernador ordenó al cuerpo municipal instalar una red de tubería de cobre en toda la ciudad, pero especialmente en las calles donde nunca habían tenido suministro. Debido a su costo, el sistema ya no podría ser financiado por los principales comerciantes de la capital. Se requerían recursos públicos que provendrían de dos vías: los ingresos recaudados con las licencias y el cobro de un impuesto por el uso del “derrame”. Es decir, una cantidad de 24 pesos anuales que pagaría todo particular durante el tiempo que se realizara la obra. Además, el decreto ordenaba cobrar una cuota de quince pesos anuales, de forma permanente, por el servicio de abastecimiento. A cambio, las autoridades se comprometían a llevar agua hasta el interior de las casas.

La nueva política convirtió al Ayuntamiento en un administrador del abastecimiento y a este en un servicio por el que había que pagar. Ello implicó adoptar un sistema de recaudación que generó protestas entre la población. Si bien los comerciantes y empresarios no opusieron resistencia, los vecinos menos acomodados se negaron a pagar ambas cantidades. Desde su visión, el Ayuntamiento les imponía un servicio que de todas formas ellos mismos podían satisfacer al acudir a las fuentes públicas. Así, el número de mercedes sólo aumentaría hasta la década de 1880, cuando las ideas higienistas se popularizaron.

DESPERDICIO Y ESCASEZ

El reto más grande del Ayuntamiento consistió en otorgar mercedes a particulares y al mismo tiempo garantizar el abasto público. Como hemos visto, durante la primera mitad del siglo XIX eran pocas las personas que tenían agua en el interior de sus casas. En 1852, la Comisión de Aguas lo apuntó al declarar que mientras “las clases privilegiadas” tenían agua potable, “los domicilios de las clases pobres y menesterosas” ubicados en las afueras de la ciudad, no contaban con “agua limpia y potable”.

Este hecho no era privativo de Toluca. En 1881 los vecinos de la ciudad de México presentaron varias quejas en la prensa denunciando la falta de agua. Otras denuncias hacían referencia al abuso de algunos mercedados quienes, aprovechando su relación con el fontanero mayor –la persona encargada de medir la presión del agua–, se proveían de más líquido del que les correspondía, dejando a otros sin el recurso, a pesar de que cumplían con su contribución. De



ii

Aguador en México, Anatole Bouquet de la Grye Bouquet (1827-1909). Gallica, Biblioteca Nacional de Francia.

igual forma, señalaban que estos abusos provocaban un descenso en el abasto de los sitios públicos. En consecuencia, los vecinos de las periferias debían destinar una parte de sus ingresos al pago de aguadores, o esperar hasta la noche para recoger “unas gotas de agua”, después de haber iniciado pleitos con otros pobladores.

En Toluca, la entrada del Ayuntamiento a la dinámica de abasto de agua trajo consigo innovaciones tecnológicas y la construcción de una nueva infraestructura con la que se sustituyeron materiales y se intentó adoptar un sistema de tuberías conectadas que pretendía ofrecer un suministro abundante, homogéneo y controlado. Sin embargo, el costo de conducir el agua hasta los hogares sólo era accesible para unos cuantos; la mayoría interesados en darle un uso productivo que perjudicaba al interés público. Aunado a ello, cuando se presentaban las temporadas de sequía o es-

casez, la prensa y el Ayuntamiento solían dejar a su suerte a los sectores marginados. Entre 1879 y 1880, por ejemplo, la ciudad de Toluca pasó por una de las sequías más importantes de la época. El periódico *La Soberanía del Pueblo* lo sugirió al publicar una columna con la demanda de un grupo de vecinos. Los quejosos pedían al Ayuntamiento remediar la escasez de agua. Sin embargo, aunque las fuentes públicas y muchos hogares no estaban siendo abastecidos, el periódico declaró que tenían razones para “no hablar ni una palabra” del Ayuntamiento. Así, exhortaron a los vecinos a dirigirse a otro medio para “manifestar sus quejas”.

Ante lo restringido del sistema y las pocas vías para demandar el recurso, los habitantes de las periferias recorrían grandes distancias en búsqueda del líquido que proveían las fuentes y el río. De día o de noche, hombres y mujeres se formaban esperando obtener agua de los pozos. Algunos para uso doméstico y otros, como los aguadores, para su venta. Sin embargo, estos lugares también eran espacios donde las mujeres lavaban su ropa mientras platicaban de su día a día o donde los hombres se bañaban mientras alimentaban a sus animales. Todo ello bajo el riesgo de ser violentados, asaltados o de contraer enfermedades.

siglo xvi. Históricamente, su suministro ha contribuido a definir la jerarquía de los espacios urbanos y, en consecuencia, a exacerbar la desigualdad. Así, mientras existen asentamientos cuyos habitantes tienen el recurso al alcance de sus manos, la población de las periferias aún debe recorrer largas distancias para acarrear el líquido. En relación con su calidad, el asentamiento de las industrias, el proceso de urbanización, la descarga de materiales tóxicos y los sistemas de producción agroindustriales son factores que han agudizado la contaminación del agua desde, al menos, la década de 1970. Ante este panorama, el reto actual consiste en emprender alternativas que permitan gestionar su suministro de manera equitativa y sustentable. Para ello, se requieren acciones individuales, pero, sobre todo, comunitarias. Y, lo más importante, exigir la implementación de políticas públicas locales, estatales y federales, encaminadas a prevenir y sancionar las tragedias ambientales provocadas por la industria nacional e internacional.

El pasado y presente del abasto del agua nos recuerda que aún hay mucho camino por recorrer en la búsqueda por garantizar que su consumo se respete como un derecho humano. Además, es fundamental que

Las cuentas municipales eran tan limitadas que los individuos continuaron ofreciéndose a financiar la construcción de sus propias fuentes.

EL SUMINISTRO

Como hemos visto, el abastecimiento y contaminación del agua son problemas que se remontan, por lo menos, hasta el

todas las generaciones comprendan la importancia de cuidar un recurso imprescindible para el desarrollo de la vida humana y la conservación de los ecosistemas en el mundo.

PARA SABER MÁS

ARÉCHIGA CÓRDOBA, ERNESTO, “El médico, el aguador y los acueductos: aprovisionamiento de aguas potables en la ciudad de México” en Alicia Salmerón y Fernando Aguayo (coords.), *Instantáneas de la ciudad de México. Un álbum de 1883-1884*, México, Instituto Mora/UAM, 2013, vol. 2, pp. 91-108.

CAMACHO PICHARDO, GLORIA, “Las fuentes de agua en la ciudad de Toluca (1824-1850) o de cómo se introdujo el agua a las casas: ¿higiene o confort?” en Diana Birrichaga Gardida (coord.), *La modernización del sistema de agua potable en México 1810-1950*, México, El Colegio Mexiquense, 2007, pp. 59-75.

CASTAÑEDA GONZÁLEZ, ROCÍO, “Esfuerzos públicos y privados para el abasto de agua en Toluca (1862-1910)” en Blanca Estela Suárez (coord.), *Historia de los usos del agua en México. Oligarquías, empresas y ayuntamientos (1840-1940)*, México, CONAGUA/CIESAS/IMTA, pp. 107-182.

IRACHETA CENECORTA, MARÍA DEL PILAR, “Abastecimiento de agua, salud y medio ambiente en la ciudad de Toluca (último tercio del siglo xviii-primer mitad del siglo xix)” en María Teresa Ventura et al. (coords.), *El agua en las regiones, miradas históricas y perspectivas contemporáneas*, Puebla, Instituto de Estudios de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego”-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013, pp. 105-131.

GUADALUPE VILLA G.
INSTITUTO MORA

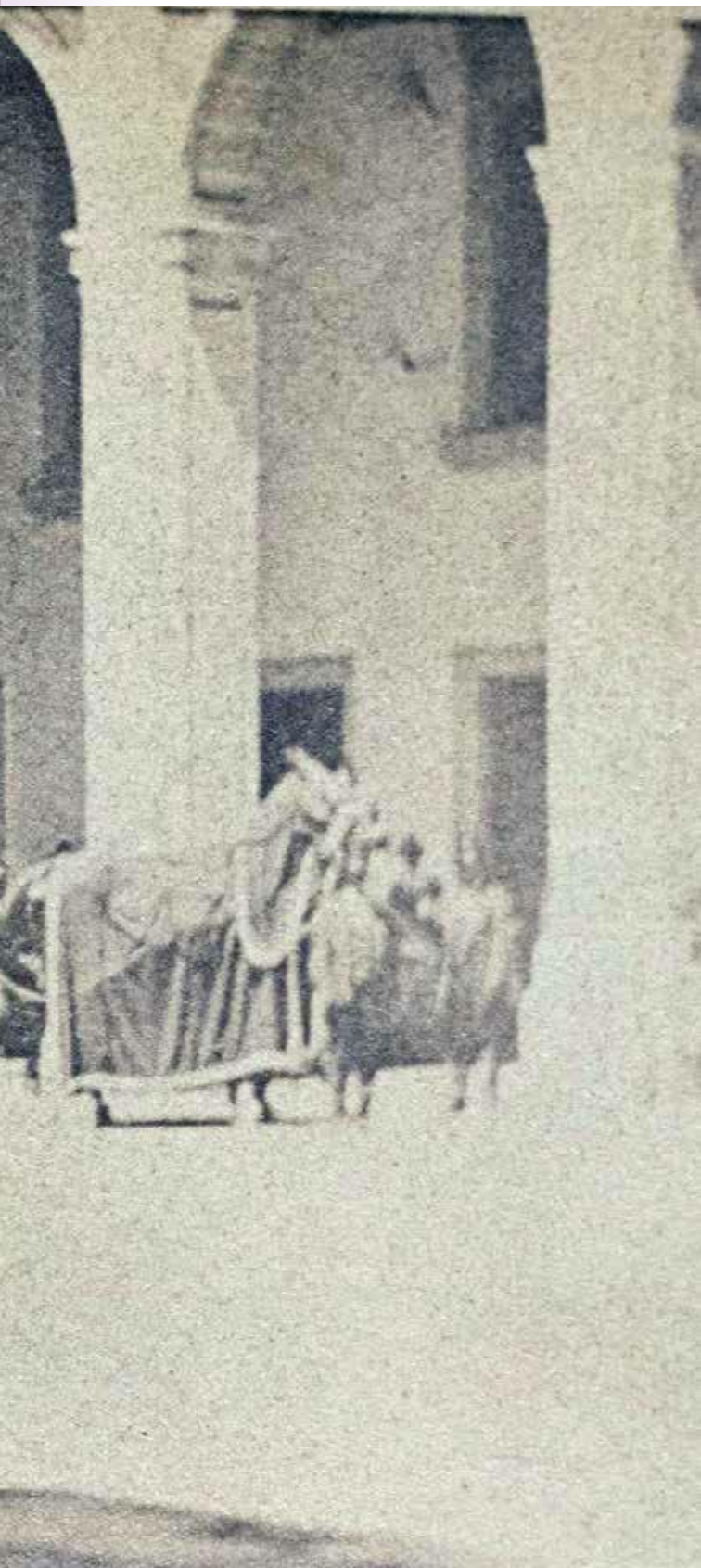
66

A black and white photograph of a horse-drawn funeral carriage in front of a building with large arches. The carriage is pulled by several horses and has a large, ornate structure on top. The scene is set in front of a building with large, arched windows or doorways. The overall atmosphere is somber and historical.

Honores fúnebres a

Benito Juárez en Toluca

Recuperamos aquí el discurso que se pronunciara en el Congreso mexiquense para recordar al presidente el 27 de julio de 1872, tras su sorpresiva muerte.



La repentina muerte del presidente Benito Juárez causó una gran conmoción entre los mexicanos. Un día después de su deceso, fue fijado en lugares públicos el bando que daba noticia del trágico suceso. En todo el país se dispusieron honras fúnebres y homenajes en memoria del Benemérito. En la capital de la república, la bandera nacional se izó, rematada con crespones, a media asta. La fachada de los edificios de gobierno fue cubierta con cortinajes tricolores adornados con garzas negras. Los empleados de las oficinas vistieron de negro, el comercio cerró sus puertas y las fuerzas armadas lucieron brazalete negro.

En Toluca se designó una comisión de nueve ciudadanos –el número definía simbólicamente los días de guardar luto– para viajar a la ciudad capital, como parte de la comitiva de honor que acompañaría la inhumación del presidente.

La capital del Estado de México pasó nueve días de riguroso luto y en el último de ellos el gobernador constitucional corrió un exhorto para que los habitantes asistieran a la “Solemnidad cívica, para honrar la memoria del ilustre C. Benito Juárez, que tendrá lugar en el Teatro Principal el día 27 del presente a las siete y media de la noche.- Toluca, julio 25 de 1872.”

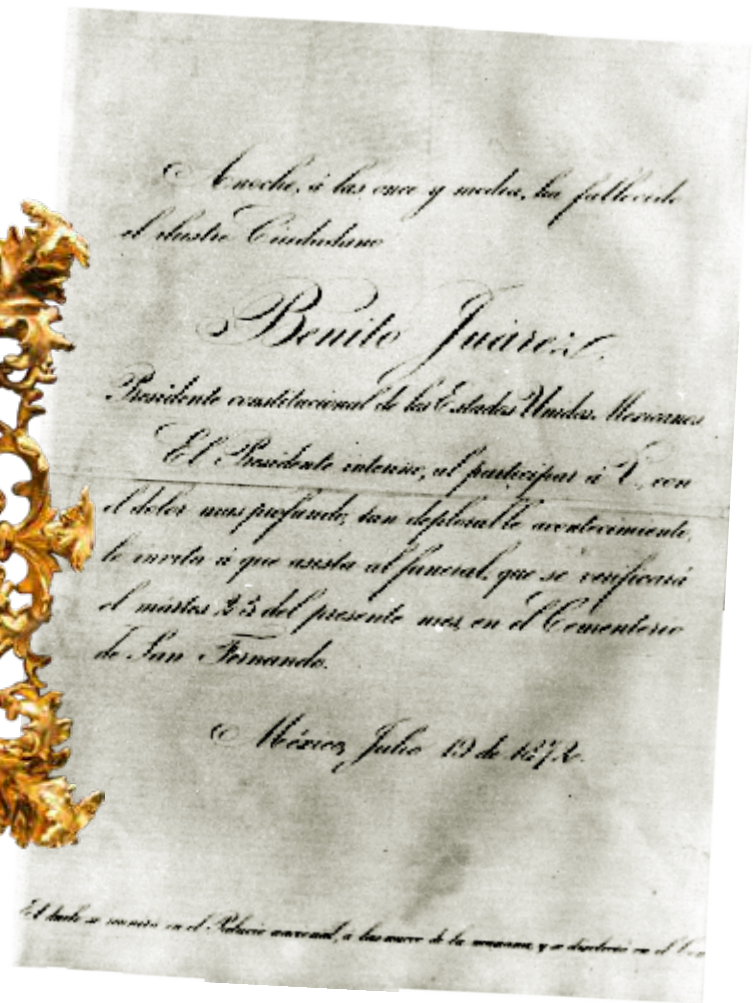
Llegado el día, el interior del teatro lucía palcos y galerías cubiertos de tela blanca con anchas franjas negras, rematadas con coronas de ciprés y encino. Las columnas fueron cubiertas de género negro, lo mismo que el palco principal, destinado a la comitiva oficial.

De acuerdo con las crónicas periodísticas, en el centro del primer plano, se levantaba “majestuoso e imponente” un catafalco de tres cuerpos rematado por un busto laureado de Juárez, profusamente iluminado con numerosas velas. A la derecha e izquierda del catafalco se alojaban respectivamente la Sociedad Filarmónica y el Orfeón Popular.

Uno de los cronistas señaló que “por más popular que se pretendió fuera el acto, hubo siempre la ‘aristocracia del dolor’. Todo el frente de las plateas y aun de la galería,

i

Carroza fúnebre de Benito Juárez, tarjeta de visita, 1872. Biblioteca Ernesto de la Torre Villar-Instituto Mora.



ii. Antonio Eznaurrizar, *Benito Juárez*, acuarela sobre marfil, 1868, Museo Nacional de Historia. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | iii Participación de la muerte y funeral del presidente de la república mexicana Benito Juárez, 1872, inv. 626453, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | iv Esquela luctuosa de Benito Juárez, reprografía, 1872, inv. 419498, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH. | v *Benito Juárez*, litografía en Evert Augustus Duyckinck, *Portrait gallery of eminent men and women of Europe and America*, Nueva York, Johnson, Wilson and Co., 1873, vol. II. Columbia University Libraries

estaba ocupada de señoras enlutadas y lo demás del teatro, por hombres igualmente vestidos de negro.” El señor gobernador arribó al teatro acompañado de una numerosa comitiva, formada por empleados, funcionarios y vecinos distinguidos de la capital.

El folleto dedicado a la *Solemnidad Cívica con que el Estado de México honró en su capital la memoria del ilustre Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, C. Benito Juárez* (1872), describe la programación musical llevada a cabo por la Sociedad Filarmónica, la cual abrió y cerró la ceremonia con la marcha fúnebre *Ione*, del músico italiano Errico Petre-

lla (1813-1877). El programa incluyó: *Invocación a Dios*, del compositor mexicano Julio Ituarte (1845-1905), cantada por el coro del Orfeón Popular; *Misere-re del Trovador*, de Giuseppe Verdi (1813-1901); *Himno apoteosis a Juárez*, compuesto para la ocasión por el connacional Leonardo Canales; *Plegaria de los Lombardos*, de Verdi; *Coro de Pirro*, aria de la ópera del mismo nombre escrita por Canales, y la *Marcha Fúnebre*, del pianista y compositor austriaco Sigismund Thalberg (1812-1871). Discursos y un recital de poesía, completaron el programa.

Vástago de una familia pobre de cuyos auxilios quedó privado en edad temprana, formó por sí solo su brillante porvenir.

La disertación que aquí se reproduce fue pronunciada por el diputado de la legislatura del Congreso del Estado de México, licenciado Ruperto Portillo.

“C. Gobernador:

En medio de este fúnebre aparato, en este lugar donde veo reunidas a tantas personas contemplando con el corazón conmovido este triste túmulo, enmudece la lengua y no se encuentran palabras que puedan explicar el dolor profundo que ha causado a los buenos mexicanos la muerte del Benemérito C. Benito Juárez.

Tan fatal acontecimiento ha dejado un inmenso vacío, no sólo entre nosotros, que le amamos como a la patria por ser el símbolo de su autonomía, sino entre los libres de todo el orbe que veían en Juárez al denodado caudillo de la libertad.

¿A qué fin señores nos reunimos en este lugar? Venís todos impulsados del mismo sentimiento, contristados por el dolor mismo a derramar vuestras lágrimas; pero también a recibir algún consuelo oyendo los justos elogios, los merecidos homenajes de respeto y admiración que tributan al padre adorado sus hijos agradecidos.

A tan justa demostración de sentimiento no podría permanecer indiferente la diputación permanente del Estado.

Por eso es que por mi humilde conducto recibís las protestas de su más sentido pésame.

Inmensa es en verdad la pérdida que acaba de sufrir la patria con la muerte del más ilustre de sus hijos. Corta fue su carrera política, pero ¡cuán dignamente la llenó!

Cuando la providencia se digna escoger entre la multitud los varones extraordinarios que destina a cambiar la faz de las naciones, les comunica a la vez el poder material y el poder inteligente de la humanidad, mostrándoles a raros intervalos en la escena del mundo, y en circunstancias que al efecto prepara la elevación o ruina de las sociedades existentes.

Tal fue Benito Juárez. Vástago de una familia pobre de cuyos auxilios quedó privado en edad temprana, formó por sí solo su brillante porvenir.

Los grandes hombres son agentes pasivos de las circunstancias, y al mismo tiempo los agentes activos de su propio genio.

¡Qué energía de voluntad!

Juárez, con la conciencia de su genio avasalla las dificultades que se opusieran a su paso, y con una constancia propia sólo de su enérgico carácter, recibe y fecunda en su alma virgen las cimientos de la educación; y siguiendo en los

planteles de Oaxaca una carrera brillante, el digno hijo del pueblo ve coronados sus afanes, obteniendo el honroso título de abogado.

Este rasgo de su vida es bastante para darlo a conocer. Su educación estaba terminada, pero no sólo en el estudio de su profesión, había recibido también y fecundado con cuidadoso afán las cimientos de la libertad y del progreso.

No me propongo seguir paso a paso a Juárez en todos los actos de su vida. Todos los sabéis, todos habéis visto su rutilante estrella opacada algunos instantes, aparecer después con nuevos y más brillantes fulgores en el firmamento.

Todos sabéis que Juárez fue el atrevido iniciador de la Reforma. Su célebre Ley Orgánica de Tribunales, fue el primer golpe del ariete asestado en su base al coloso de los privilegios del clero y del ejército.

Dado el primer paso en tan espinoso camino, nada detiene a este hombre extraordinario en su propósito, ni la inconsecuencia de Comonfort presidente entonces de la república que da el golpe de Estado, ni el momentáneo triunfo del partido del retroceso.

Derrotadas por todas partes las huestes liberales, Juárez no desmayaba; retirado en medio del peligro al puerto de Veracruz, ahí opone la razón a la injusticia, las célebres Leyes de Reforma a las armas fraticidas de los



jurados enemigos del progreso, y conmoviendo al país hasta en sus cimientos, se desploma el edificio de la revolución reaccionaria, y huyen sus caudillos, deslumbrados con la esplendente llama de la civilización.

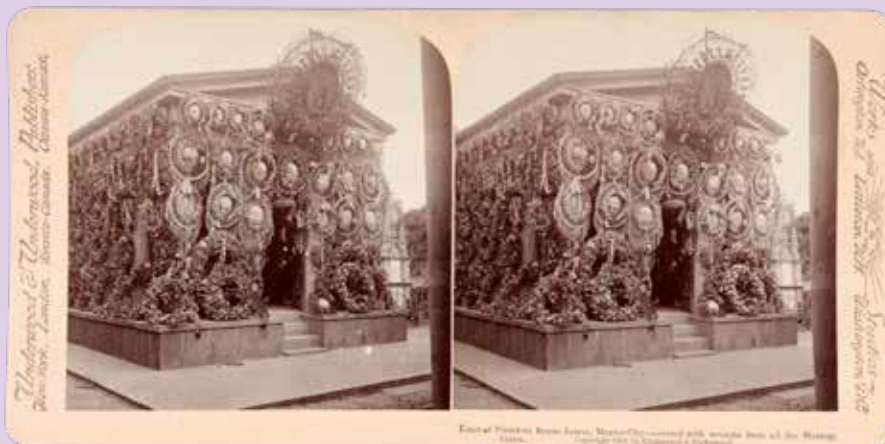
La nacionalización de los bienes eclesiásticos, la independencia de la Iglesia y el Estado, el matrimonio civil, la excomunión, la libertad de cultos, he aquí los sublimes principios de reforma. ¡Gloria al caudillo denodado que nos dio patria, libertad y reforma!

Juárez, sin duda, no puede engalanarse con las glorias de los militares que en mil combates obtuvieron la pléyade de héroes de la Reforma, pero tiene la suya que le es propia, casi exclusiva, tal vez menos brillante pero más sólida, sí, más grande. ¡Jamás desconfió de la salvación de su patria, fue su reformador y salvó la independencia de México!

Juárez no había llegado aún al culmen de la gloria. Faltábanle otros combates en su azarosa vida, el destino le preparaba nuevos triunfos, y otros lauros debían ceñir su frente inmortal. La patria tuvo nuevos días de luto, la conquista se presenta con su lúgubre acompañamiento de desolación y muerte bajo el hipócrita pretexto de una intervención, y México ve coronado en el palacio de Moctezuma a un príncipe extranjero.

Cuando después de haber surcado el ámbito dilatado de los mares adelantábase sereno Cristóbal Colón al conti-

Juárez no desmayaba; retirado en medio del peligro al puerto de Veracruz, ahí opone la razón a la injusticia, las célebres Leyes de Reforma a las armas fraticidas de los jurados enemigos del progreso.



vi

Tomb of president Benito Juárez, Mexico City, fotografía estereoscópica, ca. 1901. Library of Congress, Estados Unidos.

vi

Detalle de la herrería en la tumba de Benito Juárez en el panteón de San Fernando. Fotografía de Norberto Nava, 2022.

vi

Tumba de Benito Juárez en el Panteón de San Fernando. Fotografía de Norberto Nava, 2022.

nente americano, de repente silva el viento, fulguran los relámpagos, ruge el trueno, rómpense las jarcias, pierde el tino el piloto y va el bajel a estrellarse contra los escollos o sepultándose bajo las ondas. Pero mientras que rezan arrodillados los marineros, impávido Colón y confiado en sus altos destinos, ase el timón, gobierna el buque a través la tormenta y lóbregas tinieblas, y sintiendo que toca la proa las playas del Nuevo Mundo, grita con retumbante voz: ¡Tierra!, ¡tierra!

Tal así, cuando la nave del Estado se extraviaba con áncoras rotas y destrozadas velas cuando hasta los más patriotas temblaban por el porvenir de la patria sojuzgada por el extranjero, y el triunfo de la intervención era inminente, Juárez de pie en la proa desafía la estampida del rayo y sosegando a los aterrados pasajeros, conduce la nave a la tierra prometida.

¡Qué trabajos en su larga peregrinación por los remotos límites del territorio nacional! Abandonado hasta de los más ardientes patriotas, acompañado de unos cuantos héroes, nada le arredra, nada es capaz de domeñar su voluntad de hierro, y firme con la conciencia de su deber, arrostra los peligros, sufre con abnegación los más crueles desengaños y alentado el valor y nobles esfuerzos de los mexicanos, camina en alas de la gloria de triunfo en triunfo, hasta obtener el más espléndido que registran los anales del mundo.

Maximiliano de Habsburgo con el prestigio de su real prosapia, ayudado por el ejército francés, orgulloso con los triunfos de Magenta y Solferino, no pudo resistir al hu-

milde hijo del pueblo que no tiene más armas que la justicia de su causa, y sucumbe al fin en el Cerro de la Campanas.

Después... sois testigos de los nobles esfuerzos de Juárez por reconstruir el país, por consolidar la paz, y restablecer el imperio de la ley. Y a pesar de que en los últimos años sufrió el tormento de verse combatido por sus mismos partidarios, fiel a sus principios de libertad, respetó siempre los sagrados derechos del pueblo, y sostuvo su autoridad sin descender a los rencores de partido y murió con el consue- lo de haber restablecido casi enteramente la paz en la república.

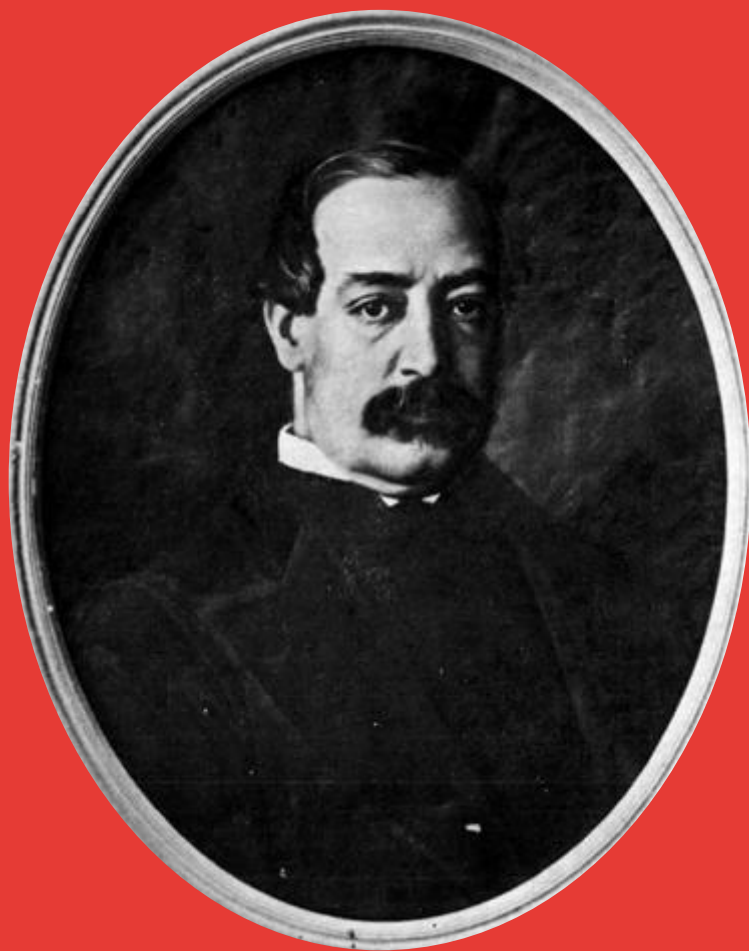
Respetó la libertad del pensamiento sufriendo con sublime abnegación las injurias vertidas en la exaltación de los partidos: jamás abusó de sus triunfos, vivió entre el pueblo y murió en su seno, humilde y cifrando su orgullo en la pureza de su raza y como dice un escritor insigne “no le conmovieron ni las tempestades de las vicisitudes, ni las armonías de la felicidad”. Fue la roca acariciada por el mar en calma y azotada por las tormentas; siempre impenetrable.

¡Oh! Ya que al destino plugo hundirnos en la desesperación, arrebatándonos al más insigne de nuestros hermanos, respetemos su memoria, no con vanas demostraciones de sentimiento, sino siguiendo su noble ejemplo y sírvanos de consuelo que, si su cuerpo ha vuelto a la tierra, su memoria de hoy más, será eterna como el cielo, pues la muerte le ha franqueado las puertas del templo de la gloria.”



RICARDO ROMÁN HERNÁNDEZ VARGAS
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

72



Arangoiti, el arquitecto olvidado

Estudió en Europa y, cuando regresó a México, trabajó para Maximiliano, pero su obra se reconoce por diversos proyectos para los cuales fue llamado, como la catedral y varios edificios gubernamentales en Toluca, los monumentos a Guerrero y Colón, el Hotel Gilow y la casa de la familia Escandón, en la plaza de Guardiola.

Al revisar la biografía mexicana del siglo XIX, gran parte de estas obras se dedican a políticos y militares, mientras que son escasas las que se ocupan de personajes del mundo del arte, sobre todo de arquitectos. Uno de ellos es Arangoiti, reconocido entre los precursores de la arquitectura en el país.

José Ramon Alejo Rodríguez Arangoiti nació el 31 de agosto de 1831, siendo el tercer hijo de una importante y destacada familia de militares médicos, ingenieros y arquitectos. En 1840, a la edad de nueve años, ingresó al Colegio de San Gregorio. Su infancia se da en el contexto de los gobiernos santaniastas y en la primera debacle nacional, constituida por las intervenciones francesa y española, además de la independencia de Texas –su padre participó dentro de esta campaña contra los rebeldes tejanos–. A los 16 años, en 1847, cuando se producía la invasión de Estados Unidos, ingresó al Colegio Militar en el castillo de Chapultepec, pero no duró mucho tiempo.

En efecto, en 1850 ingresó al curso de arquitectura de la Academia de San Carlos donde permanecería los siguientes cuatro años. Allí ganó el concurso que le permitió viajar a Europa en 1854 y recibir una beca de manutención de 50 pesos mensuales para una estancia no mayor de

seis años. Sin embargo, sin que se sepa cómo se las arregló, permaneció en el viejo continente una década. Durante ese tiempo realizó estudios en la Universidad de Roma y en la Escuela de Bellas Artes de París.

Rodríguez Arangoiti regresó en noviembre de 1864, cuando Maximiliano de Habsburgo gobernaba como emperador. Se ofreció entonces como catedrático en la Academia Imperial de San Carlos, donde el director, José Urbano Fonseca, había emprendido una completa reorganización del plan de estudios y le ofreció varias clases. Sin contar todavía con un nombramiento oficial, en febrero del año siguiente comenzó a impartir los cursos de Aplicación de geometría descriptiva a las construcciones de madera, y Fierro y arqueología. Para su fortuna, la beca de 50 pesos que recibía en Europa le fue restituida a su llegada al país.

LAS PRIMERAS OBRAS

Hizo por entonces algunos cambios para ganar reconocimiento: alentó el mito de que era vetera-



i Felipe S. Gutiérrez, *El arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti*, 1883, reproducción en E. García Barragán, "La parroquia de San José de Iturbide", *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, UNAM, núm 52, 1983, México, p. 129. | ii Antonio García Cubas, *Escuela de Bellas Artes*, litografía en *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos* (detalle), México, Debray y Sucesores, 1885. | iii Antonio García Cubas, *Escuela de Bellas Artes-salón de Pinturas Modernas*, litografía en *Atlas pintoresco e histórico de los Estados Unidos Mexicanos* (detalle), México, Debray y Sucesores, 1885.



no del 47 y se hacía llamar por su apellido materno, Arangoiti, con la intención de tener una imagen más grata y universal ante el ojo público. Mandó a imprimir papelería con su nombre y repartió sus fotografías para darse a conocer.

Ya como profesor de San Carlos, concursó entre 21 proyectos para la construcción del monumento a la independencia nacional en la

Chapultepec, de las casas del emperador en Cuernavaca, del castillo de Miramar y los monumentos dedicados a Colón, Hidalgo, Guerrero e Iturbide. En varios casos no hizo nada, pero donde sí tuvo mayor participación fue en el castillo de Chapultepec, donde se ocupó de la remodelación del alcázar, el ala norte de la Villa de Gálvez –nombre con el que antiguamente se designaba al castillo por haber sido construida por José de Gálvez–, así como la arquería sur y el acceso a la plaza de armas. Le correspondería también desarrollar la gran puerta oriente, la escalinata hacia los salones de recepción, el edificio del cuerpo de guardia, una cochera y la capilla. Maximiliano le pidió en 1866 que realizara el proyecto para una casa en los Ahuehuetes de San Juan, en Azcapotzalco.

Cuando el emperador dispuso la creación de un museo de historia natural, arqueología e historia de México, le encomendó realizar el inventario, embalaje y el traslado de las colecciones del antiguo Museo Nacional. Debió organizar también los miles de volúmenes provenientes de las bibliotecas de los conventos suprimidos por las Leyes de Reforma, que se hallaban almacenados y con los que se contaba para formar la biblioteca del museo. Sin embargo, el rigor con el que procedió para conservar la integridad de las piezas y

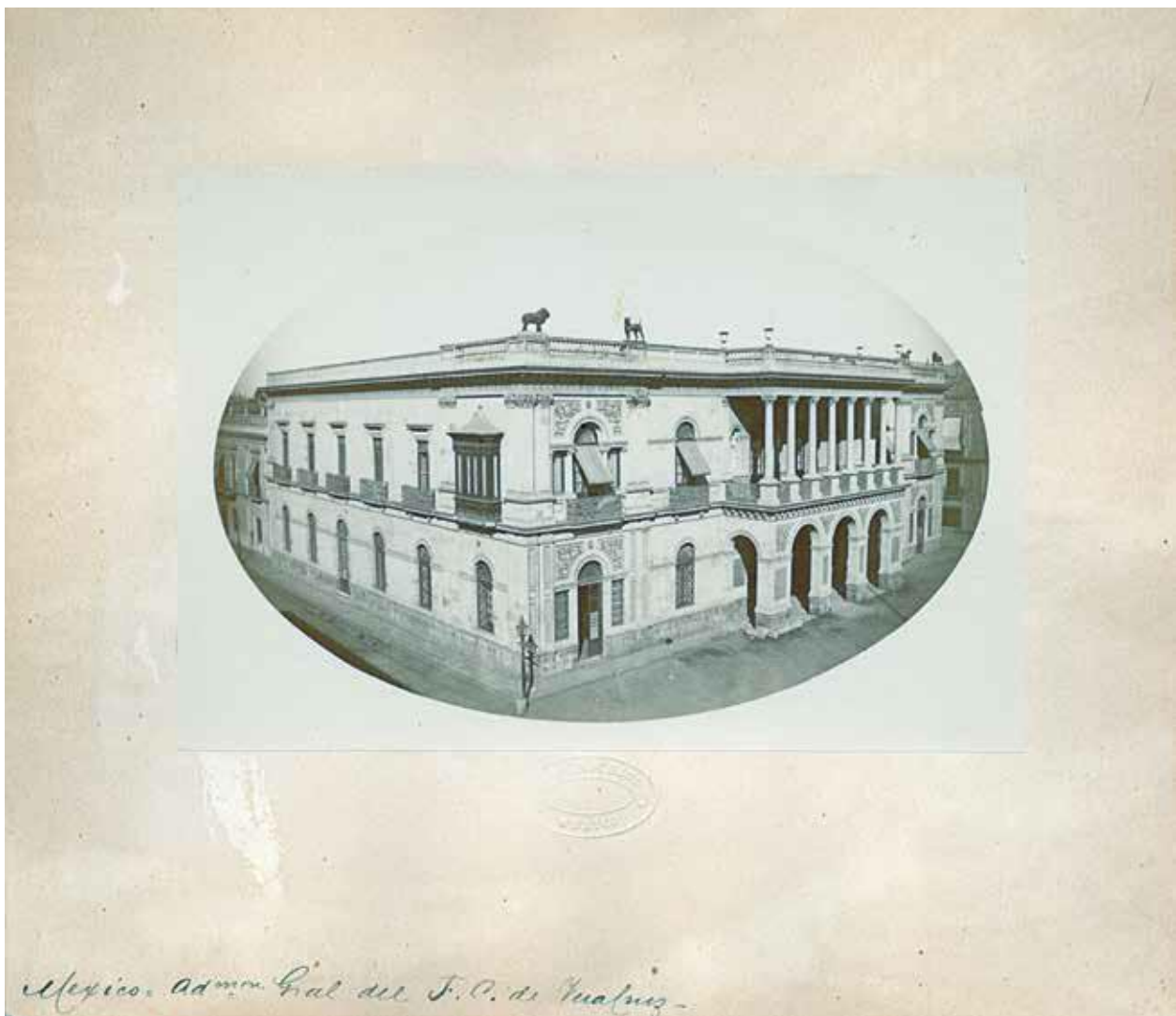
Participó entre los 21 proyectos concursantes para la construcción del monumento a la independencia nacional en la Plaza Mayor de la capital. Su proyecto resultó ganador.

Plaza Mayor de la capital. Su proyecto resultó ganador, como se anunció el 16 de septiembre de 1865. De todos modos, la obra no se construyó y el modelo fue destruido en un siniestro que sufrió la Cámara de Diputados.

En febrero de 1865 recibió su primer encargo del gobierno de Maximiliano. Se trataba de dirigir a un pequeño grupo de alumnos de la Academia en un levantamiento topográfico oficial de la ciudad de México. El mismo año se le nombró ingeniero responsable del mantenimiento del palacio de gobierno, del castillo de

su negativa de continuar con el proyecto mientras no estuvieran correctamente inventariadas y embaladas, desagradaron a Maximiliano. En enero de 1866 se consideró excesivo el plazo invertido y los costos generados por la operación, por lo que el proyecto fue suspendido.

Las obras encargadas por el emperador le requerían tanto trabajo, que Rodríguez Arangoiti tenía que ausentarse con frecuencia de su labor docente en San Carlos. Sin embargo, se dio tiempo para colaborar en el primer plan de estudios de la carrera de arquitectura y en definir los meca-



iv
Obelisco a los niños héroes frente al castillo de Chapultepec. Fotografía de J. F. Molina, 2012. Wikimedia Commons.

v
Julio Michaud, *Edificio del marqués de Guardiola o casa de los perros en la primera calle de San Francisco, casa de los perros, ca. 1880*, inv. 464834, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

vi
Abel Briquet, *Guardiola square, ca. 1896*. AGN, Propiedad Artística y Literaria, núm. 70.



**vii**

Abel Briquet, *Statue of Christopher Columbus*, ca. 1896. AGN, Propiedad Artística y Literaria, núm. 165.

viii

Hotel Gillow, centro histórico de la ciudad de México. Fotografía de Yoel Residente, 2020. Wikimedia Commons.

nismos de evaluación a que deberían sujetarse aquellos ingenieros que, sin haber realizado estudios en el plantel, solicitaran la revalidación oficial de sus conocimientos. Sin embargo, ante el alto nivel de exigencia que pretendía, fue cesanteado como sinodal.

Para entonces, el segundo imperio se tambaleaba. Napoleón III le había retirado su apoyo y su ejército dejó de sostenerlo. Las tropas republicanas avanzaban hacia el centro del país: Maximiliano era sitiado en Querétaro y Leonardo Márquez en la ciudad de México. El 2 de mayo de 1867, José Urbano Fonseca exhortó a empleados y profesores de la academia a unirse a las fuerzas leales al emperador, pero Arangoiti se negó de la siguiente manera: “No me es posible prestar este servicio a la patria. Dos años he sacrificado mis trabajos a favor del imperio y no se me ha retribuido, como consta en el Ministerio de Fomento y en la junta de la Lista Civil. Por otra parte, ya hace siete meses de sueldo que no se me pagan; y teniendo familia que mantener me

es imposible prestar mis servicios.”

Era probable que se percatase de que el imperio estaba por caer y no quisiera empeorar las consecuencias adversas que le traería haber trabajado para Maximiliano. En efecto, el triunfo de la república significó el fin de su carrera pública y, sobre todo, una gran reducción de sus ingresos. Un año después fue perdonado por las nuevas autoridades, dado que no se lo consideraba un peligro político.

LOS ENCARGOS

Resuelto a dejar la docencia, Arangoiti decidió abrir su propio estudio en un antiguo convento franciscano. Los encargos, sobre todo de particulares, se le multiplicaron durante los años de la República Restaurada y el primer gobierno de Porfirio Díaz. Encontramos así el monu-

El monumento a Colón fue encargado por el empresario Antonio Escandón, para lo cual Arangoiti aprovecharía los bocetos de Manuel Vilar y la escultura que este realizó.





mento a Guerrero en la plaza de San Fernando, que proyectó entre 1867 y 1870, junto con el constructor Eduardo Davis y el escultor Miguel Noreña, que había sido solicitado durante la decimotercera exposición de la Academia Imperial de San Carlos, como un homenaje a los 34 años de la muerte del héroe insurgente. El monumento a Colón fue encargado por el empresario Antonio Escandón, para lo cual Arangoiti aprovecharía los bocetos de Manuel Vilar y la escultura que éste realizó, lo mismo que el proyecto del monumento sepulcral de Francisco Zarco, solicitado por su familia a manera de memorial, pero que nunca se construyó.

En octubre de 1869, el joyero inglés Tomás Gillow le pidió la obra de lo que sería el Hotel Gillow –junto con el ingeniero Juan Manuel Bustillo–, en la antigua casa profesa de los jesuitas, en la esquina de las actuales calles de Isabel la Católica y 5 de Mayo. Ese año también

proyectó la fuente o caja de agua de la Tlaxpana, en la esquina de Puente de Alvarado y Rosales, por encargo de la Secretaría de Fomento, así como la casa de los Escandón en la plaza de Guardiola, conocida como de “Los perros”, por tener una escultura de éstos como remate.

A partir de 1870 el cabildo de Toluca lo invitó a hacerse cargo de la remodelación de los edificios principales de la ciudad. Así lo hizo durante la siguiente década. Uno de sus trabajos más notables en Toluca fue la catedral, cuya construcción se inició en 1870 y continuó después de su muerte, bajo la responsabilidad de Luis G. Anzorena. A la par, construyó el palacio de gobierno y el palacio municipal en parte de los terrenos que ocupaba el cementerio del convento de San Francisco. Son también obras suyas el palacio de justicia y la escuela de artes y oficios para varones. Salvo la catedral, todas estas construcciones acabaron siendo demolidas en años posteriores.

Entre tanto, construyó también la iglesia de San José de Iturbide en Guanajuato y en la ciudad de México se le encargó la remodelación del panteón Francés de la Piedad, además de que diseñó y construyó las casas números 4 y 8 de la calle Ayuntamiento, la número 7 de la calle San Francisco (hoy Madero) y la casa de la esquina de avenida Hidalgo y Soto.

Arangoiti representó distintas corrientes artísticas europeas. Si bien fue partícipe de la recuperación de la corriente neoclásica y sus variantes, también tuvo influencia del neogótico y el *art nouveau*.

El advenimiento del porfiriato se reflejó en la vida de Arangoiti, ya que constituyó una

de las últimas, y la mayor, de las oportunidades para el arquitecto.

En la Exposición Nacional de 1876 en Filadelfia, la primera de las grandes exposiciones universales que tuvo lugar en un país fuera de Europa, que celebraba el primer centenario del nacimiento de Estados Unidos de América y a la cual asistieron más de diez millones de visitantes, Arangoiti realizó el proyecto de un edificio del cual sólo se han encontrado bocetos.

Después siguió su declinación, caracterizada por un aislamiento progresivo y el debilitamiento de su salud. De tal modo, el 20 de marzo de 1882, falleció de una hemorragia intestinal.



ix
Catedral de Toluca. Fotografía de José Antonio Rovira, 2006. Wikimedia Commons.

x
Parroquia de San José Iturbide, Guanajuato, México. Fotografía de Juan Carlos Fonseca Mata, 2019.

PARA SABER MÁS

ARCINIEGA ÁVILA, HUGO ANTONIO, “El arquitecto del emperador: Ramón Rodríguez Arangoiti en la Academia de San Carlos, 1831-1867”, tesis de doctorado, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2003, p. 589.

DREWES, MICHAEL, “Otra aproximación a Carl Gangolf Kaiser (1837-1895), arquitecto de la corte del emperador Maximiliano”, *Anales del instituto de investigaciones estéticas de la UNAM*, 2000, en <<https://cutt.ly/3MeuZiH>>.

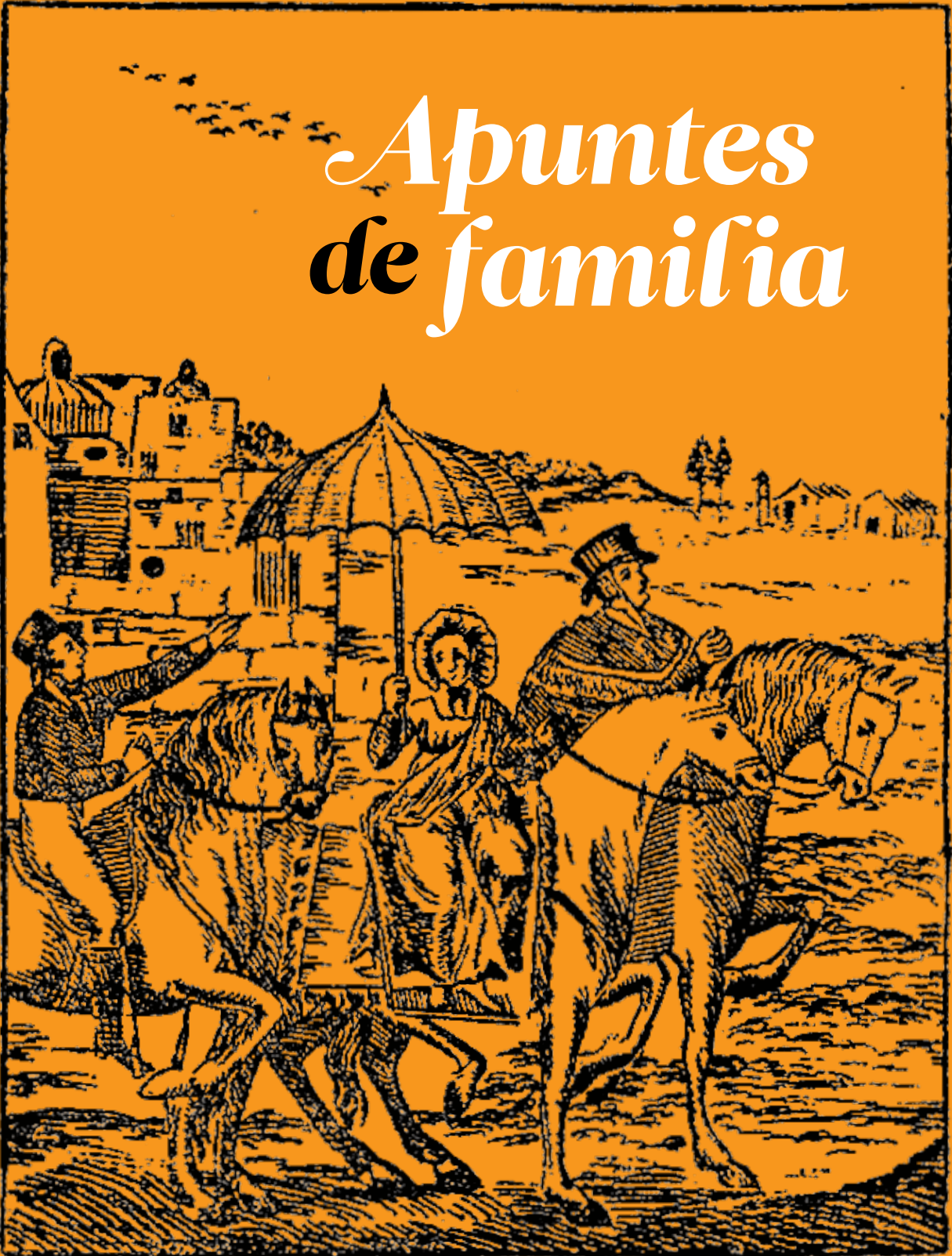
GARCÍA BARRAGÁN, ELISA, “La Catedral de Toluca”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM*. 1983, en <<https://cutt.ly/vMeuHQB>>.

PUENTE ESTRADA, MIRIAM GUADALUPE, “Restauración de proyecto de una Chertosa en la cima de un monte del arquitecto Ramón Rodríguez Arangoiti”, tesis de licenciatura, Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM, 2007, pp. 9-43.

SILVIA L. CUESY

80

Apuntes de familia



Mi hermana nació en una cueva, y a veces ese era el motivo de reclamo a mis padres y de rencor y envidia conmigo, que nací en una casa. Humildosa, sí, pero al fin casa.

—¿Yo qué culpa tengo? —Le repetía cada vez que nos lo echaba en cara.

Después de ese reproche se detonaban viejos pesares en el corazón de mamá y papá. Las carencias y sufrimientos de aquellos tiempos aciagos asomaban en los ojos de ambos como si fueran nubes de terciopelo negro. Pero a veces, muy pocas, los reclamos de Genoveva, en lugar de nubes cargadas de lágrimas, traían a las miradas de mis padres un sol resplandeciente de orgullo patrio.

—Lo volvería a hacer mil veces, viejo. ¿Y tú?

—Sólo si me prometes que no tendremos una hija que nos atormentará con quejas a la menor provocación de su cabecita loca. —Reía mi padre con la transparencia apacible que lo caracterizaba.

En realidad, Genoveva y yo nunca logramos saber la verdad acerca de ese nacimiento tan parecido al de Jesús. Nuestros padres a veces lo desmentían para calmar a Genoveva: “Que no, esas son habladerías, también tú naciste en una casa.” Pero frente a las amistades, ni lo negaban ni hacían alarde de él como por ahí solía hacerlo la gente, cual si se tratara del advenimiento del mesías, y terminaba yo siendo la reprendida por aludir a ese pasaje de San Lucas cuando mi hermana y yo peleábamos. A mí nada me quita de la cabeza que fue puro cuento urdido por mi padre y por la insurgencia para hacer ver a los mandos virreinales que mi madre era una pobre víctima y dejaran de ensañarse con ella y de perseguirla. Después se volvió leyenda. Jamás sabré si el asunto del parto en la cueva fue cierto o no. Genoveva está muerta y yo soy tan solo una anciana viuda que no tendría cómo averiguarlo, porque ni a estirpe llego ni a familiares en esta lejanía veracruzana. Pero si algún parecido tuvo mi madre con la virgen no fue precisamente la dulzura, sino la gran preocupación por los desamparados, por dar protección y cobijo a quienes la providencia les negó una mejor vida. Una virgen revolucionaria, fiera como su nombre; una



i

La heroica ciudadana Ma. Leona Vicario, litografía en Joaquín Fernández Lizardi, *Calendario para el año de 1825*, México, Imprenta de Mariano Ontiveros, 1825.

ii

Blasón de Hidalgo, textil, ca. 1805, Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

mujer que no escatimó ni esfuerzos ni caudal para luchar por el país que la vio nacer; aunque ella decía que no fue tanto y que bastaba con ver los documentos probatorios de su herencia.

¡Ay, mi padre se sacaba de la manga tantas cosas! Como la de escribir al virrey pidiendo clemencia por su esposa con el alegato de que había sido secuestrada del Colegio de Belem, donde la tenían presa, por seis hombres que la llevaron a la fuerza a Chilpancingo. No en balde era abogado. ¡Tamaño despropósito! Cuando todos sabíamos lo feliz que

Participaba con denuedo en la sociedad secreta de Los Guadalupe, pero un día su nombre apareció en un documento confiscado a un correo apresado rumbo a Tlalpujahuá.

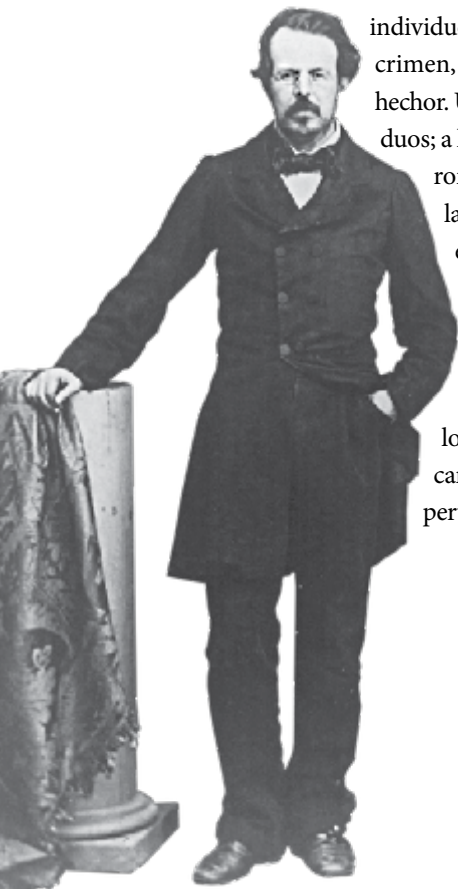
Nada me cuesta trabajar, Andrés, siempre y cuando lo obtenido sea para obras pías; pero hay gente que se pasa de lista...

82

ella se sintió al verse liberada gracias a sus misteriosos hermanos de la insurgencia. Aunque resguardada primero en una guarida infecta cercana a la capital, luego la condujeron largas jornadas a lomo de mula o a pie por los vericuetos de la sierra al encuentro con mi padre en aquella población del sur.

Belem: otro nombre bíblico en la vida de ella. Días antes del supuesto secuestro los vecinos vieron rondar, de sol a sol, por los Arcos de la Cañería, frente al colegio, a individuos extraños y desconocidos, luego lo dijeron y hasta salió en la prensa. Mientras uno o dos recorrían la calle, a trocete de caballo, otro permanecía, desmontado y comiendo algún bocado comprado a los pregoneros ambulantes, sombreándose bajo alguno de los arcos. Por sus ropas, unos con manta de jerga y otros con capas de colores, y en los sombreros cosidas moneditas de oro y plata y una diminuta escarapela, hubo quien los confundió con

individuos de *la acordada*, la temible sala del crimen, que quizá andarían tras algún malhechor. Un día, el grupo ya era de seis individuos; a las cinco de la tarde todos se apostaron en la arcada, frente al colegio, y, a las siete de la noche, tres irrumpieron en la portería del inmueble. Mi madre contaba que todo fue tan rápido que los detalles no le llegaban a la cabeza; de pronto ya iba en un caballo rodeada por sus liberadores; los reconoció precisamente por la escarapela de la sociedad oculta a la que pertenecía, y su corazón siguió latiendo,



iii

Guillermo Prieto, ca. 1850. Library of Congress, Estados Unidos.

vi

Doña Leona Vicario, óleo sobre tela, ca. 1865, Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura- INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

pero de alegría. Al principio pensó que era un funesto ardid de las autoridades para acabar con su vida, pero rápido se supo salvada. Participaba con denuedo en la sociedad secreta de Los Guadalupe, pero un día su nombre apareció en un documento confiscado a un correo apresado rumbo a Tlalpujahuá; fue denunciada, enjuiciada y confinada en el Colegio de Niñas de San Miguel de Belem y vigilada día y noche, hasta para hacer de las aguas...

Además de las quejas, Genoveva acostumbraba las burlas: que Guillermo me mandara sonetos con la criada, o me mirara como bobo cuando subía a alguna tertulia a nuestras habitaciones en el segundo piso fueron sus favoritas un tiempo. El joven, protegido por mis padres, llegó a vivir con su mamá a los bajos de la casa, a los quince años, en la entrada por la calle de Cocheras. La señora nunca salía pues su temprana e intempestiva viudez la dejó fuera de su sano juicio, pero él con frecuencia departía con nosotras, y su ingenio inteligente estaba a la altura del de mis progenitores.

—Llegará usted muy lejos, joven Prieto —le dijo mamá una tarde, aludiendo a su perspicacia y a la preparación e ideales del chico.

—Con que llegue yo calzado y vestido a final de mes me daría por bien servido, doña Leonita —respondió mostrando su pobre y roída vestimenta y las suelas agujereadas de sus zapatos.

Él sabía que el corazón benefactor de mi madre resolvería esa carencia. Más entusiasmada que rápida corrió a escoger una muda de ropa de mi padre para dársela a su tutelado. Con el rabillo del ojo, sin chiSTAR, mi padre vio partir una camisa de Irlanda, unos pantalones negros de paño, su chaqueta rayada de casimir y el único chaleco de seda que tenía, reminiscencia de aquellas épocas en que ambos vestían como gente de la alta sociedad, clase a la que una vez habían pertenecido. Si hubiese tenido calzado con hebillas de oro, mi madre igualmente se las habría entregado, pero aquellos tiempos habían quedado atrás...

A mamá le divertía el arrobamiento de Guillermo por mí, pues recordaba aquel amor a primera vista que los unió a ella y a mi padre con un vínculo indestructible pese a las borrascas sorteadas a lo largo de su matrimonio. Borrascas ajenas al férreo amor compartido pero ligadas a los ideales que ambos profesaban por la independencia de la patria. Su intuición maternal le decía que el jovencito me era totalmente indiferente en los terrenos románticos: su torpeza me hacía reír, siempre traía restos de sopa en el chaleco o saco, todo se le caía de las manos... Yo jamás me fijaría en alguien así.

—¿Cómo se las ingenia usted, Guillermo, para tropezar con mesas y sillas, o con alguna persona, aunque no estén en su camino? —le preguntó un día con una sonrisita burlona.

—Ay, doña Leonita, vaya usted a saber que descompostura traigo en la cabeza... De eso se quejaba mi madre; quizá por eso está como está y no por la pérdida de mi señor padre...

Por un tiempo nos fuimos a vivir a la hacienda de San Francisco Ocotepéc y dejamos de tratarlo tan estrechamente como en los meses posteriores a su llegada; lo veíamos en nuestras visitas a papá en la capital, pero Guillermo estaba ya más interesado en participar en las pláticas, de temas políticos o literarios, con los amigos de mis padres, o en el cotilleo con vecinos o compañeros de trabajo, que en sus antiguas amiguitas. Más adelante cambió de domicilio y sólo sabíamos de él a través de su fama que día a día iba en ascenso, tal como lo vaticinara “doña Leonita”.

Con frecuencia a ella se le subía el nombre a la cabeza y, después de unos breves instantes de discernir sobre algo, daba el zarpazo de una decisión:

—Andrés, las niñas y yo nos vamos a vivir a la hacienda indefinidamente —le avisó a mi padre una mañana de domingo al regresar de misa de diez y encontrarlo en la biblioteca. Aquí la remodelación de las casas ha consumido nuestro dinero y los inquilinos, ya ves, algunos son tan pobres, dejan poco para cubrir la hipoteca. Y el general Santa Anna, que sí tenía caudal, y además era el presidente, se hizo rosca a la hora de pagar las últimas tres mensualidades y se escurrió sin decir ni pío. Nada me cuesta trabajar, Andrés, siempre y cuando lo obtenido sea para obras pías; pero hay gente que se pasa de lista...

Urgía explotar más la hacienda de San Francisco Ocotepéc, por los rumbos de Apam, para obtener de ella mejores frutos e ingresos para pagar la hipoteca que aún pesaba sobre las propiedades que el gobierno de México le entregó a mi madre en restitución de los bienes confiscados



años atrás por su militancia a favor de la patria libre. Mi padre era ya un destacado personaje de la vida política e intelectual de México y no tenía tiempo para ocuparse de la propiedad, pero tampoco los ingresos suficientes como para cubrir los gastos de la casa y de tanta obra pía emprendida por su esposa. En otra ocasión anunció nuestra partida como si hubiera tenido alguna revelación al orar en la iglesia de Santo Domingo, frente a la casa. Genoveva y yo nos miramos sorprendidas. Comprendimos la razón del arrobamiento de mi madre al recibir la comunión: parecía flotar en medio de un luminoso y virginal rompimiento de gloria. Esta vez nuestra estancia fue más larga...

Bajo su tutela seguimos nuestros estudios habiendo concluido, hacía tiempo, la instrucción básica. Por las noches leíamos y discutíamos con ella las obras que llevamos de México: desde luego en el repertorio estaban las obras que tanto la habían influenciado desde jovencita. *Las aventuras de Telémaco*, de Fenelon, era una de sus preferidas, incluso había vuelto a retomar su traducción del francés al español por su deseo de difundir las ideas de que todos los bienes deben ser colectivos. Jamás vio sus propiedades como suyas en exclusiva, y por eso hacía tanta obra a favor del prójimo, porque este era asimismo propietario de sus bienes. Veía inmoral atesorar mientras la gente que nos rodeaba carecía de lo esencial. Entre otros temas, a veces nos refería algunas anécdotas sobre su activismo insurgente,

que no había sido gran cosa, aseguraba; las sacaba a colación cuando sus diminutos pies le dolían: “Fue tanto lo que caminé a pie de joven, entre montes y cañadas, que ahora me reclaman y se niegan a llevar la carga de este cuerpo regordete.” Pero era más lo que sabíamos por otras bocas que por ella misma o por mi padre, que fue uno de los destacados pensadores de aquel movimiento. Una insólita vez, una sola, cuando ella nos habló de sus tempranas ideas, mencionó a un tal Octaviano sumida en una especie de ensoñación. Genoveva y yo no chiñamos al ser sorprendidas por la aparición de un personaje desconocido hasta entonces; lo más fácil hubiese sido interrumpir y preguntar. Pero su rostro se iluminó con un aura delatadora, y mi hermana y yo acordamos en un intercambio de pupilas escucharla sin interferir en el relato.

–Las mismas cualidades intelectuales y libertarias de Octaviano las adiviné en vuestro padre y por eso también me enamoré de él.

Fue un comentario breve pero revelador. Enseguida cambió de tema, pero eso “también” hizo que Genoveva y yo empezáramos a averiguar con la familia de Toluca en la primera oportunidad que tuvimos. ¡Nuestra madre comprometida en matrimonio con Octaviano! No supimos qué causó nuestro llanto, si la sorpresa o la idea de doña Leona



damos el asunto con mamá, pero su rostro se transformó en piedra y continuó sumida en sus labores. Entendimos: ese tema no era de nuestra incumbencia. Desde entonces, cuando la veíamos amorosa o enojada con nuestro padre no podíamos evitar pensar que esos mimos o reconvenciones se los pudo dar a otro hombre.

La ayudábamos a lidiar con los problemas propios de la hacienda: robo de borregos, rendimientos pobres y la acompañábamos a socorrer a los necesitados cuya manutención siempre superaba la cifra obtenida con la venta de las cosechas o la producción de pulque. Era un círculo de nunca acabar...

–¿Y qué conseguimos las mujeres después de la guerra y de liberar a la patria? –lanzó la pregunta, sin destinatario alguno, después de un prolongado silencio poco antes de concluir la cena.

–Eso, precisamente, amorcito, tener una nación independiente –le contestó mi padre que estaba de visita en la hacienda por una semana–. De nuevo leyendo a Feijóo, ¿verdad?

–¿Y nuestra libertad, cuándo, por Dios, cuándo? Si hubiésemos obtenido algo no estarías aquí para atender asuntos de la hacienda con el prefecto de Toluca pues, aunque se trata de mis bienes, tú, como mi marido, los tienes que venir a resolver, Andrés. Sí, desde jovencita lo leo, bien lo sabes. Releo a Feijóo y no advierto por ninguna parte que alguien, después de tantos años, le haya hecho caso al bendito monje... ¿Cuándo las mujeres se-

remos iguales a los hombres?

–Poco a poco, doña Serafina, poco a poco –mi padre hacía alusión al seudónimo usado por ella, entre otros, al firmar sus documentos, dirigidos a los miembros de aquella organización clandestina a la que pertenecieron–. Ya les tocará a otras generaciones...

–Si usted lo dice, Señor Don Número Cero, el sabelotodo... el siemprequédecir...

En ocasiones le salían comentarios ácidos ante la serenidad de mi padre. Los miembros de dicha sociedad secreta solían firmar como Señor Número Diez, Once, etcétera. Cuando Leona aludía al número Cero era tanto como decirle a mi padre: “tu opinión no vale, eres un cero a la izquierda en este tema.”

¿Cuándo las mujeres seremos iguales a los hombres?

enamorada de otro hombre que no fuera don Andrés. ¿Celos, enojo?, ¿qué sintió nuestro corazón? No lo supimos, pero se parecía a la fina herida hecha en el corazón por una astilla de cristal. Una prima nos contó que las consejas familiares, dichas a media voz, contaban que el tal Octaviano había marchado a España. Los rumores decían que había obtenido un cargo allá para que le sirviera de tapadera, y desde la metrópoli ayudar a la causa independentista de Nueva España en las Cortes de Cádiz. Pero él nunca volvió pese a que quedaron firmadas en la ciudad de México las capitulaciones matrimoniales en las que ambos habían pactado los términos económicos en que, ya casados, manejarían sus bienes y deudas pasadas, presentes y futuras. Con cautela, después de ese desvelamiento, Genoveva y yo abor-

Después de un tiempo y de estabilizarse un poco las finanzas, y de haber socorrido a los necesitados, volvimos a la capital pues su salud había mermado.

Los parientes de Toluca la querían, incluso la protegieron muchas veces, pero había en ellos cierto rencor hacia la que consideraban la oveja negra de la familia. La participación de mi madre en el movimiento libertario, haya sido tanta como lo afirman algunos escritores o tan poca como ella asegura, les significó a mis papás vivir bajo constante y estrecha vigilancia, ser sospechosos de infidencia y ser llamados a declarar en varias ocasiones. La abuela paterna de mamá la dejó fuera del testamento al ver que dinero que llegaba a manos de su nieta, dinero que iba a dar a los pobres o a la causa con la que la familia no simpatizaba. Tal fue el caso de una imprenta que mamá sufragó y los cañones que se fundieron gracias a los armeros que sedujo y envió a Tlalpujahua. Era la pariente incómoda, la que los ponía en entredicho, entre la espada y la pared, a ellos jurados realistas. Sin embargo, era sangre de su sangre...

En 1836, descontenta con las Siete Leyes, la Constitución conservadora, decidió volver a Ocotepac. Lo hizo sola.

Pero su quebrantada salud y la próxima boda de Genoveva la hicieron regresar pronto.

Muy seguido, en mis sueños o duermevelas alucinadas, se me aparece... Mientras intento frenar mi encabritado corazón y enfriar los sudores pegajosos en todo mi cuerpo, el recuerdo de mi madre se diluye en mi cabeza. No logro asir su rostro redondito, en vano intento atrapar la luz intensa de sus grandes ojos negros o alegrarme al sentir su calor suavcito al abrazarme. No hay ninguna historia, nada concreto en esas visitas desvariadas que, de cuando en cuando me hace, sólo hilachos deshilvanados me presentan a una bestia salvaje: Leona cachorra, Leona joven, Leona cazada, Leona presa, Leona en la huida, Leona peregrinando por la sierra, Leona hambrienta, Leona preñada, Leona aullando el parto, Leona amamantando, Leona estoica, Leona enflaquecida, Leona lamiendo heridas, Leona debilitada, Leona sedienta, Leona con su cría, Leona perseguida, acechada, Leona enamorada, Leona protectora, Leona vigilante, Leona digna, Leona protectora, Leona solidaria, Leona escarnecida, injuriada, maltratada. Leona acosada, Leona desesperada, Leona convertida en carnada, Leona atrapada, Leona montaraz, Leona fiera... Leona enferma, Leona muerta... Leona...

vii

Pelegrín Clavé, *Andrés Quintana Roo*, óleo sobre tela, 1851, Museo Nacional de San Carlos/Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2022.

viii

Juan O'Gorman, *Retablo de la Independencia*, fresco sobre aparejo, 1961, Museo Nacional de Historia, Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



MARÍA DEL CARMEN COLLADO

Instituto Mora

86



Álvaro Obregón tranquiliza a los estadounidenses

En dos entrevistas que le realizara Sophie Treadwell en 1920, tras el asesinato de Carranza, el general trata de calmar la ansiedad de los estadounidenses ante la situación de sus inversionistas en México, rechaza la prohibición de consumir alcohol y comenta conservadoramente sobre el voto de las mujeres y la necesidad de unificar el ejército.



Sophie Treadwell, periodista corresponsal del *New York Tribune*, feminista y prolífica escritora de obras teatrales y novelas, viajó a México y realizó dos entrevistas al general Álvaro Obregón, en mayo y junio de 1920. Ella era considerada una experta en asuntos mexicanos, temas que le interesaron posiblemente por su ascendencia paterna; su abuela fue mexicana y su padre creció y vivió muchos años en este país. En el ámbito periodístico fue famosa por haber cubierto la primera guerra mundial, como la única mujer registrada como corresponsal de guerra. Como no se le permitió trabajar en la línea de fuego, se hizo enfermera voluntaria y publicó artículos sobre la manera en que la guerra afectó a las mujeres.

Treadwell entrevistó al general Obregón el 29 de mayo de 1920, 20 días después de que éste hiciera su entrada triunfal a la ciudad de México, luego de la salida de Venustiano Carranza de la capital. El mes de mayo fue especialmente agitado en materia política y reinaba la incertidumbre. Carranza abandonó la metrópoli el 7 de mayo, ante el triunfo inminente del Ejército Liberal Constitucionalista, enarbolando el Plan de Agua Prieta, opuesto a la candidatura de Ignacio Bonillas impuesta por el coahuilense. El 21 de mayo Carranza fue asesinado y su cadáver llegó a la capital el 24, el mismo día en que el Congreso designó a Adolfo de la Huerta presidente sustituto de México. Éste se desempeñaba como gobernador de Sonora y jefe interino del

i
Retrato de Álvaro Obregón, 1920, inv. 424367, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

ii
General Obregón (wearing beard) addresses great crowd in Mexico City, 1920. Library of Congress, Estados Unidos.

ejército de la facción aguaprietista, de manera que llegó a la ciudad hasta el 30 de mayo para tomar posesión al día siguiente. Para entonces ya estaban en la capital Obregón, el gran caudillo de la revolución, el general Plutarco Elías Calles, quien había liderado al ejército de los rebeldes, y Adolfo de la Huerta, el civil del triángulo sonoreense que habría de hacerse cargo de la presidencia por un semestre, con la tarea de convocar a elecciones –las cuales ganaría Álvaro Obregón con gran facilidad–, pacificar al país y tratar de reestablecer relaciones diplomáticas con Estados Unidos.

Pocos días antes de que se realizara la primera entrevista de Treadwell con Obregón, el Subcomité sobre Asuntos Mexicanos del Senado de Estados Unidos, presidido por Albert B. Fall, emitió su informe el 20 de mayo. Su contenido era totalmente injerencista. Pedía que no se reconociera al gobierno de De la Huerta hasta que se consolidara y se comprometiera a respetar los intereses económicos de todos los inversionistas estadounidenses, los petroleros y latifundistas que

se veían amenazados por el artículo 27 de la Constitución, que no se afectaran retroactivamente sus capitales, lo cual equivalía a no aplicarles este artículo ni el artículo 33 de la Constitución, referido a la expulsión inmediata de extranjeros a juicio del ejecutivo, ni tampoco el artículo 130 a los ministros de culto en México. Proponía que se estableciera una comisión para establecer los daños causados por la revolución a los estadounidenses y que, previo al reconocimiento, se firmara un tratado que asegurara todos los intereses de Estados Unidos en el país.

En la segunda entrevista que le hizo a Obregón, tres días después, el 2 de junio, el país comenzaba a pacificarse y la amenaza de que Estados Unidos pudiera intervenir militarmente o apoyara a algún enemigo de los sonorenses se cernía sobre Obregón y su grupo. En estas entrevistas, así como en varios discursos, el caudillo aseguró que no afectaría a los inversionistas extranjeros ni a los mexicanos; necesitaba el concurso de los capitales para la reconstrucción del país. Cuando le preguntan su opinión sobre la ley seca se manifiesta en contra de ella, pese a que estaba vigente en Estados Unidos, y abiertamente afirma que no cree que esta vaya a funcionar. Sobre su postura frente al reclamo feminista de dar los mismos derechos a mujeres y hombres, dijo desconocer el movimiento de las mujeres, dejando patente su postura patriarcal y omitió comentarios sobre el voto femenino recientemente aprobado por el Congreso de Estados Unidos y en proceso de ratificación en los estados de la federación.

El sonoreense parecía moverse con gran cuidado para no desatar mayores presiones y, tal vez por eso, no se refirió al *Informe Fall* en la segunda entrevista, pues De la Huerta ya se movía para enviar una delegación diplomática que trataría de obtener el reconocimiento de la república del norte, cosa que no se logró sino hasta septiembre de 1923, ya durante el gobierno de Obregón, luego de los acuerdos de Bucareli.

A continuación, se reproducen ambas entrevistas, publicadas los días 30 de mayo y 3 de junio de 1930 en *The New York Tribune*, y traducidas al español por Fernanda Lavín.



“Obregón va a cuidar los derechos de los extranjeros”

Obregón vigilará que se respeten los derechos de los extranjeros. El general acordó garantizar paz y protección total a todos los inversionistas en México. Se necesita capital para acabar con la pobreza. El trabajo es el remedio para acabar con el sufrimiento; restricciones graduales a la venta de alcohol.

Por SOPHIE TREADWELL. Cable especial para *The New York Tribune*.

Ciudad de México, 29 de mayo.- El general Álvaro Obregón, representando al nuevo régimen de México, me dijo el día de hoy que el gobierno está listo para garantizar la paz y protección a las propiedades de los extranjeros.

Le pregunté que detallara a qué se refería el gobierno con esto y me dijo: “La primera garantía es la paz. Que ahora tenemos y continuaremos teniendo. Esta ha sido una cruenta revolución por la paz. Las facciones que han traído desorden a México durante los últimos diez años

ahora están unidas en un solo plan y –apretó sus labios– continuarán unidas.”

EL BANDOLERISMO

“La paz es la primera y principal garantía. El nuevo gobierno ofrece a todo el capital extranjero la seguridad de que el bandolerismo está terminado en México y que todas las inversiones



van a contar con la protección del gobierno, que tiene como primer objetivo la paz y que cuenta con suficiente fuerza para mantenerla. No habrá obstáculos por prejuicios o malentendidos anteriores en el camino del desarrollo del capital extranjero en México.”

El general Obregón me recibió durante una larga reunión con el general Plutarco Elías Calles, el nuevo secretario de Guerra y Marina. El general Obregón, en esta tierra de generales, usa ropa sencilla al estilo empresarial estadounidense, pero, de la multitud de uniformes que lo rodean, a pesar de su sencilla forma de vestir, fácilmente sobresale como el más fuerte, el más inteligente y la personalidad más atractiva. Tiene una sonrisa carismática, sabia y amable; ojos astutos, pero no cansados; la complexión de un hombre que está disfrutando la vida, y un cuerpo poderoso.

La entrevista se llevó a cabo en una pequeña habitación vacía en donde tiene sus reuniones de pie todo el día.

“Lo que necesita este país tras conseguir la paz – continuó el general Obregón–, es el capital y la confianza de otras naciones. Nos damos cuenta de esto. Personalmente busco justamente estimular la inversión extranjera

solucionar esto y después el problema de la educación. Lo mismo con la cuestión del alcoholismo. No creo en la prohibición total y repentina del alcohol en México. Creo que se debe hacer una regulación gradual de la bebida. En México la prohibición sólo puede establecerse poco a poco. Personalmente no creo que funcione la prohibición total para nadie. Me preguntaste si cuento con un programa definitivo para ajustar las diferencias de opinión entre el empresariado estadounidense y los intereses petroleros mexicanos. Sí lo tengo, pero no puedo entrar en detalle ahora.”

LAS MUJERES, UN ENIGMA

“¿Que si creo que las mujeres mexicanas deben participar en el trabajo y la política en igualdad de oportunidades que los hombres? No puedo vincularme con el “movimiento feminista” como lo llamaste, porque no entiendo sus bases.”

Le sugerí al general que la base del movimiento

“Busco justamente estimular la inversión extranjera como el medio más rápido y práctico para aliviar la miseria que sufren los más pobres en México.”

como el medio más rápido y práctico para aliviar la miseria que sufren los más pobres en México, una miseria que es consecuencia directa de los últimos años sin leyes ni trabajo, superpuestos a un largo pasado de explotación y opresión.”

LA POBREZA ES UN PROBLEMA

“Las condiciones en las que viven los más pobres de mi país es un problema que data de hace varios siglos y que no puede solucionarse en un día. En primer lugar, busco

era la mujer. Y agregué “Y usted debe conocer a las mujeres, general.”

“Muy poco”, contestó Obregón con una muy enigmática y muy indulgente sonrisa.

Le pregunté sobre qué pensaba del futuro de Ignacio Bonillas, el exembajador mexicano en Washington del gobierno de Carranza, al que este quería hacer presidente de México.

“Vamos a aplicarle el artículo 33 de la Constitución –respondió el general Obregón–. Vamos a expulsarlo del país. Es un ciudadano indeseado.”

¡Pobre Bonillas! Hace poco tiempo era un hombre de poder; hoy permanece apresado en Santiago, totalmente solo y exiliado. Ninguno de sus antiguos amigos se le acerca. Todos los carrancistas lo detestan rabiosamente.

Si todavía hay algún hombre en México que se jacte de ser carrancista, ese hombre seguramente considera a Bonillas el responsable de la caída de la causa de Carranza. “La flor de té” (como lo apodaban) es ahora el chivo expiatorio.

iii

Álvaro Obregón con periodistas en Palacio Nacional, 1920, inv. 423849, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



iv
Álvaro Obregón con miembros de su gabinete y familiares después de la ceremonia del grito en Palacio Nacional, 1924, inv. 42197, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-Méx. Reproducción autorizada por el INAH.





v
 Álvaro Obregón con miembros de su gabinete, entre ellos Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles, 1920. Archivo Casasola, inv. 68566, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.

vi
 Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y miembros del Estado Mayor en Palacio Nacional, 1920, inv. 41824, SINAFO-FN. Secretaría de Cultura-INAH-MÉX. Reproducción autorizada por el INAH.



“Obregón defiende leyes mexicanas que niegan derechos a extranjeros”

Por Sophie Treadwell. Corresponsal especial de *The Tribune*. Derechos de autor, 1920, *The New York Tribune*.

Ciudad de México, 2 de junio- El general Obregón defiende la Constitución mexicana en su forma más actual. En una entrevista privada que tuve con él el día de ayer, mientras se encontraba enfermo, respondió mis preguntas en torno a su actitud hacia elementos de la ley mexicana cuestionados por extranjeros.

DIRIGIDA

A TODOS LOS EXTRANJEROS

Le pregunté cuál era su opinión sobre el artículo 27 de la Constitución de 1917, que determina que los extranjeros, para poder tener derechos de propiedad, deben nacionalizarse como mexicanos. El general Obregón respondió:

“Considero que esta ley es muy sabia cuando se aplica a ciertas regiones del país, particularmente en las fronteras y costas. Esas son las zonas del país en donde los extranjeros comúnmente compran propiedades y en donde su presencia regularmente ocasiona problemas internacionales. Presta atención en el hecho de que la ley es restrictiva no sólo para los estadounidenses, sino también para todos los extranjeros en México.”

En referencia al artículo 33 de la Constitución, que incluye la posibilidad de expulsar del país a cualquier extranjero por el solo juicio del poder ejecutivo, el general Obregón dijo: “Considero que este artículo es razonable porque es aplicado solamente a extranjeros peligrosos.”

Sonriendo, el general se refirió a las acciones tomadas por la república del norte para alejar de las costas a los extranjeros que tuvieron ideologías políticas que encontrara poco digeribles.

REPORTE

DEL SENADOR FALL

El general Obregón advirtió que no había tenido tiempo para estudiar el reporte del senador Fall que analiza las relaciones entre México y Estados Unidos, y que no quería discutirlo a detalle.

De todos modos, en respuesta a mis preguntas sobre su opinión acerca de la comisión conjunta sugerida en el reporte para juzgar los reclamos de ciudadanos estadounidenses a los que se les confiscaron propiedades en México, el general Obregón dijo que estaba sinceramente de acuerdo en la creación de dicha comisión. Añadió que le gustaría poder asistir a la comisión personalmente.

El general Obregón dijo que la formación de un ejército puramente nacional ya se estaba concretando. Añadió que para que el plan funcione las distintas divisiones del ejército ya no van a prestar alianzas a ningún líder o general en particular, como fue costumbre por tantos años en México.

Dijo que la formación de un ejército unido era el resultado directo.

Obregón dijo que las distintas divisiones del ejército ya no van a prestar alianzas a ningún líder o general en particular, como fue costumbre por tantos años en México.

DARÍO FRITZ
BiCentenario



96

Orden en el paraíso

Podría pensarse que este señor de atildados mostachos y anteojos redondos, que León Trotsky y John Lennon popularizarían algunas décadas después de esta imagen de finales del siglo XIX, es de esos que se rodean del caos para vivir en el orden. Pilas de expedientes, libros aquí y allá, carpetas de archivo que parecieran ascender hasta el techo, papeles sueltos que intentan llegar a algún lugar, una lámpara potente para destronar la oscuridad. Y unos estantes de biblioteca deshabitados que, en sus espacios libres, más que invitar a ocuparlos, parecen cómodos con el éxodo. Quien habita en el mundo de las letras, tinteros, libros de tapas duras, páginas cocidas o plumas estilográficas tiene claro que ese es el paraíso del hombre de los cabellos rizados. Nada lo agobia en esa escenografía. La definición de intelectual le viene acertada. Y lo era.

Porfirio Parra tenía título de médico cirujano, pero lo suyo era la filosofía. Maestro de lógica –uno de sus libros se leyó en la Escuela Nacional Prepara-

toria hasta 1930–, fue el segundo personaje ilustre del positivismo detrás de su maestro Gabino Barreda y, por lo mismo, marginado durante un tiempo, pero también novelista y poeta –su oda “A las matemáticas” enseñaba a amarlas, como se ama la poesía y la historia, escribió Enrique Krauze–. Justo Sierra lo hizo uno de los miembros más destacados de su proyecto educativo, luego de pasar por una etapa de olvido ante las críticas, si bien moderadas, al régimen porfirista. Al morir en 1912, la Secretaría de Instrucción Pública dispuso nueve días de duelo, y tanto Madero como Pino Suárez encabezaron su ceremonia fúnebre, lo cual habla de la trascendencia de Parra, considerado un intelectual del porfiriato. José Vasconcelos le escuchó decir: “La extensión de lo que conocemos es un islote en el océano de lo desconocido”, y quedó deslumbrado. Era un hombre “algo atormentado y misterioso”, describió en sus memorias. La mirada en la foto asoma una respuesta. A su entender, y lo decía Vasconcelos, “un genio”.



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA



LIBRERÍA DEL FONDO

JOSÉ MARÍA LUIS MORA

16 mil ejemplares que versan sobre temas de economía, sociología, política, filosofía, antropología, derecho, historia de México e historia de América Latina y Europa. De ambos fondos editoriales, del Instituto Mora y del Fondo de Cultura Económica.

Horario de atención

Lunes a viernes de 9:00 a 20:00 horas

Sábados de 10:00 a 14:00 horas

www.mora.edu.mx

www.fondodeculturaeconomica.com

BICENTENARIO 59

ARTÍCULOS 06—El espionaje durante la intervención francesa. **ARAM ALEJANDRO MENA ÁLVAREZ** | **14**—Cómo se hacía deportes en el siglo XIX. **LAURA SUÁREZ DE LA TORRE** | **22**—Obreras del tabaco contra la explotación. **NANCY LIZBETH LÓPEZ SALAIS** | **32**—La rebelión argumediista en Yucatán. **MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ** | **42**—La visita de André Breton a México. **ARTURO GARMENDIA** | **48**—Un insulto a México: *Los hijos de Sánchez*. **MARÍA DEL CARMEN COLLADO** ¶ **DESDE HOY 56**—Privilegio y exclusión: el abastecimiento de agua en Toluca. **ÁNGELA LEÓN GARDUÑO** ¶ **TESTIMONIO 66**—Honores fúnebres a Benito Juárez en Toluca. **GUADALUPE VILLA G.** ¶ **ARTE 72**—Arangoiti, el arquitecto olvidado. **RICARDO ROMÁN HERNÁNDEZ VARGAS** ¶ **CUENTO 80**—Apuntes de familia. **SILVIA L. CUESY** ¶ **ENTREVISTA 86**—Álvaro Obregón tranquiliza a los estadounidenses. **MARÍA DEL CARMEN COLLADO** ¶ **SEPIA 96**—Orden en el paraíso. **DARÍO FRITZ** ✦

www.revistabicentenario.com.mx

